

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría Investigación en Literatura

Mención en Escritura Creativa

La joven de las cuatro estaciones

Una aproximación narrativa al trastorno de identidad disociativa

Verónica Fernanda Realpe Herrera

Tutor: Pablo Andrés Escandón Montenegro

Quito, 2021



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Verónica Fernanda Realpe Herrera autora de la tesis intitulada *La joven de las cuatro estaciones*. Una aproximación narrativa al trastorno de identidad disociativa, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Máster en investigación en Literatura, con mención en Escritura Creativa en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

24 de noviembre de 2021

Firma: _____

Resumen

Este trabajo tuvo por objetivo crear una novela que articule algunas de las manifestaciones de la lengua de la psicosis, con los diferentes elementos del texto narrativo, para el establecimiento de un nuevo lenguaje ficcional en un personaje con Trastorno de Identidad Disociativa (TID). Entre las fuentes bibliográficas utilizadas, se hizo énfasis principalmente en la obra de Jacques Lacan, psiquiatra y psicoanalista francés, por su trabajo investigativo e interdisciplinario de la lingüística y el psicoanálisis, siendo el primero pilar fundamental para entender a la psicosis no como un trastorno mental más, sino más bien como una estructura psíquica que tiene sus particularidades. En un segundo momento, también desde el psicoanálisis, se realizó una aproximación y análisis breve de tres obras de la narrativa contemporánea, con el fin de entender cómo se ha llevado a cabo el acercamiento a la enfermedad mental a través del discurso utilizado y del manejo del personaje en la ficción. Por último, y gracias al análisis de las obras, se contemplaron a nivel narrativo factores como el personaje, el tiempo, el lugar y el relato, como también tres manifestaciones del lenguaje en la psicosis, para la construcción de la novela, titulada “La joven de las cuatro estaciones”. La novela es concluyente en cuanto a la visibilización del trauma en el TID por medio de la configuración de distintos tipos de lenguaje en las identidades del personaje principal.

Palabras clave: psicosis, TID, psicoanálisis, Jaques Lacan, lenguaje, personaje, ficción, narrativa

Agradecimientos

A mi familia, principalmente a mi mamá, porque sin ella no hubiera afirmado mi gusto por la escritura. Gracias mami por mostrarme mi primer concurso de escritura en el 2010 y apoyarme para que me inscriba. La mención de honor que gané, me sigue motivando para superarme y mejorar mi estilo de escritura.

A mis amigas, Gaby Cárdenas y Carlita Iglesias, grandes personas que conocí en el Taller de Escritura Creativa de la Casa de la Cultura, y que se convirtieron en mis compañeras de vida y escritura. Ustedes vieron esta obra en sus incontables borradores, inclusive antes de que tomara esta estructura de novela; me dieron sus impresiones, críticas y correcciones que estimo y estimaré siempre. Gracias por motivarme y estar ahí para leerme.

Tabla de contenidos

| | |
|--|-----|
| Introducción..... | 11 |
| Capítulo primero La lengua de la psicosis desde la perspectiva lacaniana | 15 |
| Capítulo segundo La lengua de la enfermedad mental desde la literatura | 21 |
| Capítulo tercero El personaje, el tiempo, el lugar y el relato para la construcción de un lenguaje de la enfermedad mental en la novela <i>La joven de las cuatro estaciones</i> | 29 |
| Conclusiones..... | 37 |
| La joven de las cuatro estaciones | 41 |
| Obras citadas..... | 172 |

Introducción

En el prólogo de *Crítica y Clínica* (1996), Deleuze menciona a Proust respecto al problema del escribir para el escritor, ya que este inventa dentro de la lengua una lengua nueva, extrayendo nuevas estructuras gramaticales o sintácticas, es decir, saca a la lengua de los caminos conocidos o tradicionales, y la hace *delirar*. Este *delirio* implica ver y dar sentido a lo que el escritor percibe entre las palabras; no es cuestión de relatar o contar, el objetivo es transmitir aquello que está oculto en los agujeros, en las ausencias de las palabras. Deleuze también habla sobre el *delirio clínico*, donde “las palabras no desembocan en nada, ya no se oye ni se ve nada a través de ellas, salvo una noche que ha perdido su historia, sus colores y sus cantos” (1996, 4). Por tanto, la literatura es salud.

La literatura y la escritura son herramientas más que de cura, de sentido y estructuración de lo que va más allá de las palabras. El *delirio*, asociado también a la psicosis, es exactamente la forma en presencia pura de lo informe, lo inacabado, porque su devenir está más allá de lo que falta, entre los huecos de las palabras, en el vacío. En este sentido, el preguntarse cómo la escritura puede crear una nueva lengua, tratando de dar sentido a la estructura de la psicosis a través de los diferentes componentes de un texto narrativo, da pie a que el escritor pueda plantearse: ¿Cómo se ficcionaliza y *apalabra* (Farré 2016)¹ el discurso del personaje con psicosis en el desencuentro con una lengua que parece estar perdida?

Para Jacques Lacan, el sujeto puede entenderse desde tres estructuras psíquicas: la neurosis, la psicosis y la perversión, cada una con un mecanismo que la define: para la neurosis la represión, para la psicosis la forclusión y para la perversión la negación o la desmentida. En la forclusión, la persona anula en la cadena significante (Evans 2007, 47)² el significante primordial, el Nombre del Padre, aquel que no significa nada por sí mismo,

¹ El término *apalabrar* o *ser apalabrado*, surge como transcripción del neologismo inventado por Lacan para dar cuenta de las relaciones entre el sujeto y el discurso capitalista: un proceso de socialización donde el sujeto entra al orden simbólico, determinado no solo por lo verbal, sino también por las prácticas corporales establecidas por el lenguaje desde el inicio de la vida psíquica.

² En 1957, Lacan propone por primera vez el concepto de “cadena significante”, para referirse a una serie de significantes que se articulan entre sí, constituyéndose como el regulador del Inconsciente. La cadena significante también determinará los efectos de la represión, forclusión y desmentida. Para Lacan, la cadena significante cuenta con dos dimensiones que se cruzan: una de metáforas lineales (idea tomada de Saussure), donde los significantes se combinan según las leyes gramaticales, y otra de metáforas circulares, en donde se habla de una serie de significantes que se vinculan por asociaciones libres, constituyendo el mundo simbólico del sujeto.

teniendo por objeto el introducir la ley a nivel simbólico en el sujeto. El Nombre del Padre es aquel significante que mediará el deseo del sujeto hacia el Otro (Evans 2007, 143)³ para que este lo resignifique, es decir, la persona comprenderá que su deseo no se puede satisfacer completamente porque está mediado por otras instancias que también intervienen en él (Lacan 1957-1958).

El sujeto con psicosis, al no contar con el significante del Nombre del Padre, no es capaz de hacer llegar su deseo codificado al Otro a manera de mensaje, y por ende este Otro tampoco puede devolverle el mensaje articulado al sujeto. Al no producirse esta interrelación, el mensaje se manifestará en una versión pura y quebrada del significante que está ausente, puesto que el mensaje nunca llegó, ni llegará a articularse con el Otro, interrumpiéndose. Es así como, el sujeto con psicosis, no logra encontrarse en el mismo registro simbólico con el Otro, no le es factible invocar a un Tú, sino que más bien tratará de sustituir esta comunicación interrumpida creando otro “lenguaje”, a través de una lengua primordial (Lacan 1957-1958).

Mieke Bal (1990), en su libro *Teoría de la Narrativa*, menciona que “un texto narrativo es una historia que se cuenta con lenguaje; esto es, que se convierte en signos lingüísticos” (15), en este sentido, el texto narrativo no solo está compuesto por la historia, sino también por la forma en que se presentan los acontecimientos de esa historia (la fábula). Por tanto, elementos como: los personajes, el tiempo, el lugar y los mismos acontecimientos, serán aquellos que constituirán el sentido del texto, a través de la utilización del lenguaje. La disposición que se harán de estos elementos con respecto a ellos mismos, producirán diferentes efectos como el convencer, el conmover, lo repulsivo, etc. (Bal 1990), sin olvidar que el papel del lenguaje es servir como engranaje para que se produzca la dimensión simbólica entre todos estos elementos.

En la psicosis, como bien lo explica Lacan, el sujeto al no contar con el significante del Nombre del Padre, pierde la capacidad de la metáfora y por ende de producir el lenguaje tal y como se lo conoce; los elementos enunciados anteriormente en la narrativa, cobran otro sentido en el lenguaje de la psicosis, llegando a producir otro tipo de registro a nivel lingüístico. Un claro ejemplo es el primer y único caso clínico de

³ Lacan trae el concepto del Otro para distinguirlo del otro con minúsculas, es decir, distinguir los registros de lo simbólico de lo imaginario. El Otro es considerado como otro sujeto, “en su alteridad radical y su singularidad inadmisibles, y también lugar del orden simbólico que media la relación con ese otro sujeto”.

psicosis de Sigmund Freud, el presidente Schreber (Chemama 1998)⁴, donde Lacan (1957-1958) evidenció la creación de una *lengua fundamental* a través de voces y alucinaciones que Schreber utilizaba con su propia red de significantes.

El objetivo de esta novela, es apropiarse de este desencuentro con el Otro que se evidencia en la lengua de la psicosis, para manifestar y encaminar a través de los elementos del texto narrativo, esta fuerza creativa de establecer nuevos lenguajes del trastorno mental, haciendo énfasis en el trastorno de identidad tisociativa (TID), antes conocido como trastorno de personalidad múltiple, una de las enfermedades más icónicas y utilizadas en varios medios artísticos para representar la locura, que por su mismo componente de ficción y poca verosimilitud ha sido cuestionada de que en verdad exista.

Como motivación personal y profesional, es importante que la literatura contemporánea siga adentrándose en temas de la psique humana, ya que permite repensar desde otras miradas el lugar en donde se encuentra la salud mental en la sociedad. El hecho de trabajar sobre un trastorno que ha sido tan explotado y comercializado, implica también develar al lector un sufrimiento constante que es opacado por la fascinación de tener múltiples identidades. Si bien el medio cinematográfico lo presenta como algo increíble y digno de admiración, el crear conciencia sobre el trasfondo del origen de las identidades, invita a tomar otras perspectivas sobre lo que se conocía del trastorno y sensibilizarse ante la desinformación que puede causar afectación a personas que conviven día a día con este cuadro clínico.

Para la realización del marco teórico, se emplea un análisis documental de la bibliografía a utilizar, en donde se considerará el aporte de fuentes primarias tradicionales, principalmente de la obra de Jacques Lacan, como actuales. Para la construcción de la novela se hace énfasis en aspectos de la narratología relacionados a la fábula: los actores, el tiempo y el lugar, y también a la del texto (la relación con el lenguaje): estil directo e indirecto.

Para Lacan, las alucinaciones verbales son aspectos claves que se encuentran en la psicosis. A través de estas alucinaciones, la persona con psicosis articula las voces que escucha, sea de manera consciente o inconsciente. Este salir de un modo distinto de la

⁴ En 1911, Freud publica “Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente”, donde analizará el caso del presidente de la Corte de Apelaciones Daniel Paul Schreber, encontrando los fundamentos para su teoría de la psicosis. Freud afirmaba que Schreber “se consideraba llamado a procurar la salvación del mundo y devolverle la felicidad perdida, pero sólo podría hacerlo tras haberse transformado en mujer”. Schreber estimaba que tenía un papel redentor que cumplir, convirtiéndose en la mujer de Dios y procreando un mundo schreberiano, al precio de su emasculación.

palabra es la vía que logra construir el sujeto psicótico para intentar alcanzar lo simbólico, dando como resultado un nuevo posible lenguaje. En ese sentido, en el primer capítulo, se realiza una aproximación desde el psicoanálisis lacaniano a la estructura de la psicosis, para de forma posterior conocer tres de estos tipos de alucinaciones verbales: neologismo, frase interrumpida y holofrase, con el objetivo de entender su significación dentro del discurso psicótico.

Este análisis quedaría suelto si no se lo lleva al ámbito narrativo, por lo que en el segundo capítulo, se abordan tres obras de la narrativa contemporánea: “El mitómano” de Adolfo Macías Huerta, “Amuleto”, de Roberto Bolaño y “Kafka en la orilla” de Haruki Murakami, para evidenciar cómo en la literatura, la enfermedad mental ha logrado manifestarse a través de la ficción, tomando en cuenta diferentes componentes de la narrativa, ya sea desde el discurso, el personaje o la misma estructura de la diégesis, es decir, desde el cómo se está narrando la historia.

El TID, utilizado en medios como el cinematográfico por su sintomatología peculiar donde en una misma persona, es posible encontrar más de dos identidades o alters a la vez, es una manifestación más de la estructura psicótica que ha logrado a través de la disociación, un camino que mantenga a la persona en la realidad, cuidándola de aspectos traumáticos graves de su pasado. El alter creado, vendría a ser una respuesta ante la situación de extremo dolor que la persona no es capaz de sobrellevar en esos momentos. De esta manera, el alter tendrá, en algunas ocasiones, su propia memoria y hábitos, que lo diferenciarán de la persona o *host*, haciendo que se perciba como un individuo más.

En el tercer capítulo, se hace énfasis en el TID que tiene el personaje principal en la novela *La joven de las cuatro estaciones* y su manifestación a través de recursos narrativos como: la creación del mismo personaje, que implica considerar no uno sino cuatro identidades en el mismo, los saltos en el tiempo, importantes para adentrarse en la percepción que tiene el personaje tanto de su pasado como de su presente, el lugar, como la casa, que muestra un sentido contrario a la concepción cultural de cálido y acogedor, y el relato, donde se generará este nuevo lenguaje según las diferentes formas que tendrán los alters del personaje principal para darse a conocer.

Con este trabajo interdisciplinar, se logra la construcción de una novela que refleje nuevas formas de abordar el TID a través de lo verbal, del lenguaje, en conjunto con otros elementos de la narrativa, para ofrecer al lector un acercamiento de sensibilización sobre el trauma que lo causa, y también como un espacio de reflexión hacia lo que implica vivir con un trastorno mental.

Capítulo primero

La lengua de la psicosis desde la perspectiva lacaniana

Jaques Lacan hace una mención interesante sobre el sujeto psicótico y su lengua: “Si es que alguien puede hablar una lengua que ignora por completo, diremos que el sujeto psicótico ignora la lengua que habla” (1984, 23). Se evidencia entonces a un sujeto que no está integrado con su lengua, tanto así que, en lugar de que el sujeto se constituya *con* ella, formándose como uno solo, este *se* habla literalmente *con* su yo, como si un tercero, su doble, hablase y comentase su actividad. De esta forma, “los psicóticos serían máquinas con palabras” (Lacan 1984, 63), más no con lenguaje.

¿Por qué el psicótico ignora su lengua? Para dar respuesta a esta pregunta, es imprescindible conocer cómo se constituye su estructura, y también tener en cuenta algunas aproximaciones a sus fenómenos elementales (Manrique-Castaño y Londoño-Salazar 2012, 131)⁵ asociados con las vías que toma la lengua para intentar alcanzar el orden de lo simbólico.⁶

Como se vio en la introducción, el sujeto puede entenderse desde tres estructuras psíquicas, una de ellas es la psicosis, con su mecanismo de la forclusión. En este mecanismo, el significante primordial, el Nombre del Padre, se encuentra anulado, lo que imposibilita al sujeto con psicosis el hacer llegar su deseo codificado a manera de mensaje al Otro; por tanto, el mensaje se manifestará en su versión pura, haciendo que el sujeto no logre encontrarse a él mismo en el registro simbólico con el Otro. Viéndose en esta imposibilidad, el sujeto tratará de sustituir esta comunicación interrumpida con otras representaciones, en un intento de alcanzar el lenguaje.

En resumen, sin este significante fundamental y ante cualquier tipo de amenaza o evento traumático, en la práctica el psicótico optará por desligarse totalmente de esta experiencia, apartando a su yo de la posibilidad de representar total o parcialmente ese

⁵ En la psicosis no se hace referencia al término síntoma como sería en la neurosis, por lo que se habla de fenómenos elementales. El encuentro del sujeto con psicosis con el significante del Nombre del Padre, conlleva una fragilidad en su estructura significante produciendo los fenómenos elementales, que devienen ante la ausencia de significación del significante del Nombre del Padre.

⁶ Para fines de esta tesis, es importante aclarar que la estructura en sí, no es sinónimo de un trastorno o enfermedad mental como tal, serán los síntomas que se generan en las estructuras (en el caso de la psicosis, los fenómenos elementales), los que podrán llegarse a considerar como parte de un trastorno, por lo que se estaría cayendo en un error al limitar la estructura psicótica a un cuadro psicótico de un trastorno. Tomando esto en cuenta, se hace énfasis en las estructuras clínicas como las formas que tiene el sujeto de responder ante su deseo y por ende, al deseo de los demás.

malestar de la realidad, y construyendo otro mundo nuevo, tanto exterior e interior. Para Freud, el sujeto se comporta como si la representación de ese evento nunca hubiera llegado a su mundo psíquico, por lo que pierde su relación con la realidad. Por tanto, el psicótico no va encontrar de ninguna manera un reemplazo o sustituto de ese evento en su mundo creado, perdiendo la realización de lo real (Manrique-Castaño y Londoño-Salazar 2012).

Si bien Lacan reconoce a la psicosis como estructura porque ve en ella este intento de caminar desde el lenguaje, hace una especial distinción entre la palabra y el lenguaje: “¿El enfermo habla? Si no distinguimos el lenguaje y la palabra, es cierto, habla, pero habla como la muñeca perfeccionada que abre y cierra los ojos, absorbe líquido, etcétera” (Lacan 1984, 54). En este sentido, hay una diferencia muy sutil pero relevante en ambos registros, donde la palabra es aislada y no comunica, mientras que, al configurarse como lenguaje, tiene otro tipo de accionar: “¿Qué distingue una palabra de un registro de lenguaje? Hablar es ante todo, hablar a otros” (Lacan 1984, 57). Entonces, el sujeto psicótico, está más cercano al registro de la palabra, donde “crea toda la riqueza de la fenomenología de la psicosis” (Lacan 1984, 57), derivándose desde ahí todos sus aspectos: descomposiciones, refracciones y trastornos del lenguaje.

En los procesos de comunicación no psicóticos, cuando el mensaje llega, el sujeto lo recibirá del otro en forma invertida, con la diferencia en que la palabra plena, esencial, estará fundada en esa estructura. En esta relación invertida, existe entonces dos fases entre ambos sujetos que afirman su relación: las palabras fundantes y las palabras mentirosas.

En las palabras fundantes: “Tú eres lo que aún está en mi palabra, y esto, sólo puedo afirmarlo tomando la palabra en tu lugar” (Lacan 1984, 57), deviene el compromiso de ese otro que recibe el mensaje implicando al emisor, para comprobar la posición de ambos de manera manifiesta. En el caso de que el compromiso no resulte evidente, la contra-prueba (las palabras mentirosas) lo será, es decir, la verdad que diga el sujeto estará siempre en una relación fundamental con un engaño posible: lo que se diga como verdad, será tomado como su contrario. El resultado de este segundo momento es conocer que este tipo de confusión, esta trampa, bastará para que la noción de comunicación deba ser manejada con prudencia (Lacan 1984).

En el caso de la psicosis esta relación entre sujetos difiere. Por la cuestión delirante propia de la estructura, el otro al que se compromete, no es un otro semejante, sino un Otro (con mayúscula) en tanto absoluto, es decir, que es reconocido, pero no conocido: ¿cómo estar seguro de que en verdad es otro, sea quien sea este?. De igual forma, la

certeza del fingimiento se vuelve poco creíble, ya que a fin de cuentas, no se sabe si es o no un fingimiento. Es así como, la incógnita en la alteridad del Otro, es lo que va a caracterizar esta relación esencial netamente de la palabra en el nivel en que es hablada al otro (Lacan 1984).

Teniendo en cuenta esta relación del psicótico con la palabra, y de su intento de mantenerse en la estructura del lenguaje, se hace referencia entonces a los fenómenos elementales, que son respuestas distorsionadas para asumir de algún modo lo simbólico. A más del delirio y las alucinaciones, las perturbaciones en el lenguaje devienen como fundamentales en la estructura psicótica: “el neologismo como una palabra que posee una densidad propia; la frase interrumpida, la significación interminable que indican la carencia de la significación fálica; la holofrase que da cuenta de la ausencia de separación entre los significantes primordiales, la cual puede ser observada en el delirio” (Delgado 2014, 1).

Al neologismo se lo entiende a través de dos tipos de fenómenos: la intuición y la fórmula. La intuición delirante es un fenómeno pleno que tiene para el sujeto un carácter inundante y donde la palabra concreta es el alma de la situación. En el extremo opuesto, se tiene la forma o fórmula, que adquiere significación cuando ya no remite nada, es decir, es la fórmula que se repite, se reitera, con insistencia estereotipada; en oposición a la palabra, se la puede llamar el estribillo. Ambos fenómenos convierten al neologismo en la rúbrica del delirio psicótico por excelencia, porque detienen la significación del discurso del sujeto, haciendo que el lenguaje se vuelva engañoso (Lacan 1984).

Para ejemplificar el neologismo desde la perspectiva de la intuición delirante, Lacan utiliza el término *galopinar*, usado por una de sus pacientes con paranoia. Lacan afirma que el término en cuanto tal, cobra importancia no por formar parte del francés antiguo, sino más bien por constituirse en el lenguaje del psicótico como una nueva palabra que tiene un peso, una densidad particular, volviéndose una referencia específica para el sujeto, donde su significación no remite más que así misma, permaneciendo irreductible (Lacan 1984). En otras palabras, el término *galopinar* posee una significación que no remite a otra significación, porque su significación en sí misma es exactamente la misma, tornándose por tanto enigmática e impronunciable (Delgado 2014), a diferencia de lo que ocurriría en el neurótico, donde la palabra puede tomar otros sentidos por el uso de la metáfora.

Con respecto a la fórmula o estribillo, Freud utiliza un claro ejemplo del caso Schreber, cuando este se refiere a los “pájaros formados milagrosamente” (Schreber

1903) que lo acosan diciendo “frases aprendidas de memoria y carentes de sentido”, que les han sido “inculcadas” (Freud 1991/1911, 34):

“Santiago” o “Karthago”,
 “Cualidad de ser chino” [Chinesentum] o “Jesucristo” [Jesum Christum]
 “Arrebol [Abendrot] o “Dispnea” [Atemnot]
 “Ariman” o “Ackerman” [agricultor; también un apellido]. (Schreber 1903, 204)

Por más de que estén vacíos, para Schreber estos estribillos se presenta con un gran interés, en la medida de que lo protegen de la ausencia del significante, y por tanto de la posterior pérdida de la razón (Delgado 2014).

Para entender cómo se produce la frase interrumpida, es importante tener en cuenta lo siguiente: la carencia del significante del Nombre del Padre hace que toda significación que se produce a partir de este remita varias veces a otra significación distinta. Si la significación remite por siempre a estas otras significaciones, se vuelve indispensable detener esta remisión infinita, papel que cumple la presencia del sujeto como garante del lenguaje, del enunciado. Cuando la cadena significante es hablada, va a producir su significado en función al significante que ocupe un lugar de cierre en la cadena, porque el significado se produce retroactivamente con la percepción del último término. En ausencia del significante primordial, esta retroacción no se da, de modo que el sentido o bien permanece dudoso como lo es en la esquizofrenia, o fijado en el caso de la paranoia (Delgado 2014).

Ante el constante deslizamiento del significado por debajo del significante, Lacan afirma entonces que, en la experiencia psicótica “el significante y el significado se presentan en una forma completamente dividida” (1984, 268), dando como resultado la imposibilidad de acabar la frase que se enuncia, deteniéndose justo en el momento en que el sujeto va a decir el elemento que daría la significación al resto de la frase, a esto se lo llama la frase interrumpida (Delgado 2014).

Lacan observa esta incapacidad de terminar las frases en el caso Schreber, donde este último oye desde sus Voces lo siguiente: “Nos falta ahora...”, no se escucha nada más, pero esta frase tiene un sentido implícito: “Nos falta ahora el pensamiento principal”. En una frase interrumpida la significación está presente de manera doble, por un lado como esperada, ya que existe la suspensión y una sugerencia de continuación, y por otro lado como repetida, Schreber refiere la impresión de haberla escuchado antes. Lacan (1984) señala que el fenómeno de las frases interrumpidas sitúa a la metonimia como el

mecanismo que domina el fenómeno alucinatorio, en vista de que la alucinación no es otra cosa que una articulación significativa de unidades que establecen relaciones de proximidad, donde la interrupción se presenta a nivel de la diacronía.

Para Lacan, el significado de la holofrase desde la lingüística, tiene otro tipo de acepción que no está relacionado a la palabra-frase porque no es algo que pueda condensarse. Desde el psicoanálisis lacaniano, la holofrase implica la ausencia de un intervalo entre el primer par de significantes de la cadena significativa; los significantes binarios (S1 y S2) están soldados. El significante solo (S1) no puede significarse a sí mismo, necesita articularse con otro (S2) para que, por medio de la retroacción, el primero adquiera sentido. Al estar completamente pegados, entre ambos significantes no se da el espacio para que exista el agujero, la duda, el enigma hacia el deseo del Otro, por lo que el sujeto, al no estar atravesado por este cuestionamiento constante, recibirá los significantes del Otro de manera demasiado directa. Por tanto, el inconsciente se representará tal y cual es al sujeto, en forma de un exterior amenazante bajo la forma de una voz que viene de afuera (Delgado 2014).

Debido a la holofrase, el psicótico está privado de la dimensión dialéctica en la que se articulan los significantes; mientras los significantes no se despegan, estos adquirirán un carácter de certeza rotunda, por lo que todo lo que se manifieste o reciba, lo vivirá de forma literal, sin posibilidad a la ambigüedad. Por lo general, el proceso de holofrasización constituye el punto de origen de las producciones delirantes, ya que el delirio se vuelve el único contenedor capaz de sostener el exceso de goce que sale de este inconsciente amenazante. Las únicas alternativas para intentar significar algo de este goce son dos: constituir una lengua de representaciones no representativas, es decir, el goce se significa en S2, o buscar algo a nivel de la letra que desempeñe la función del S1 (Delgado 2014).

Lacan ubica como un “modelo” de la holofrase el siguiente fragmento del libro de Schreber (Chemama 1998, 396)⁷, donde hace alusión nuevamente a los “pájaros formados milagrosamente”:

⁷ En 1903, Schreber publicó la crónica autobiográfica “Memorias de un enfermo nervioso”, donde expone su delirio durante su estancia en el hospital mental de Sonnenstein. Schreber creía ser víctima de un intento de homicidio por parte de Dios, con la ayuda de su psiquiatra, el Dr. Frechsing, por lo que toma medidas extremas para evitar que el orden del mundo y el futuro de la humanidad corrieran peligro, una de ellas consistió en ser transformado por las potencias superiores en mujer a fin de seducir a Dios y engendrar un mundo nuevo.

En ellos [en los pájaros] se produce el fenómeno notable de que los nervios individuales o almas que participan de ello se manifiestan bajo la figura de distintas especies de pájaros, según la estación del año. Los mismos nervios están contenidos durante la primavera en los cuerpos de los pinzones u otros pájaros canoros; durante el verano, en los de las golondrinas, y durante el invierno en los de los gorriones o las cornejas. La identidad de las almas en cuestión está, para mí, fuera de toda duda, por el tiempo, que conozco perfectamente, de sus voces, como también por los giros, que escucho de ellas siempre de manera uniforme, y que, por así decirlo, están injertados en ellas. (Schreber 1903, 205).

En el fragmento, se puede apreciar que la golondrina no viene a suplantar el lugar del pájaro pinzón o canoro, sino que ya se encuentra situada en ese mismo lugar a la vez. Las Voces que escucha Schreber, la van a poner en ese lugar, comprobándose también por la uniformidad que aprecia él al momento de describirlas (como si fueran las mismas). Los “pájaros formados milagrosamente” de Schreber, demuestran la dificultad que tiene el sujeto psicótico con el significante y con las reglas de la cadena significante: el significante no puede designarse a sí mismo sin otro significante, y un significante siempre es sustituible por otro (Stevens 1987).

Con este acercamiento a los lenguajes propios de la psicosis, se hace evidente el por qué de la frase de Lacan al inicio del capítulo: “Los psicóticos son máquinas con palabra” (Lacan 1984, 63). El psicótico no vive el discurso, lo padece, tiene la sensación de estar poseído por el lenguaje porque este es externo a él. Las voces que aparecen irrumpen en la psiquis del sujeto de manera amenazante y desbordándolo, dando paso a los fenómenos elementales como el delirio o las alucinaciones, en un intento de contener y lograr significar algo en el orden de lo simbólico.

Capítulo segundo

La lengua de la enfermedad mental desde la literatura

Si uno de los principales objetivos de la literatura es cuestionar la condición humana desde la creación de distintos escenarios, ya sean estos basados en la realidad o como producto de la ficción, la enfermedad, el trauma, el dolor, son aspectos que indudablemente formarán parte del corazón de las historias porque expondrán la fragilidad y los límites tanto del cuerpo y del alma. La enfermedad siempre ha tenido distintas maneras de manifestarse en el ser humano, por lo que su carácter ambiguo abre la oportunidad al lector de hacer múltiples interpretaciones y continuar con sus cuestionamientos.

Para el psicoanálisis, aspectos como la muerte, la violencia, la enfermedad, entre otros, se encuentran en el plano de lo real (Evans 2007, 163)⁸, por lo que es imposible *apalabrarlos* completamente, siempre quedará algo, un resto, de esa situación traumática, que se resistirá a ser interpretada a través del lenguaje por la gran carga emocional que ha generado. Ese resto ciertamente, será el responsable de causar incomodidad, molestia, cuando la persona menos lo espere, haciendo que nazca la necesidad de buscar en sus otros semejantes un atisbo de la misma experiencia; es en este punto, donde la literatura se vuelve una de las opciones a escoger, porque la presentación de la enfermedad, de aquello que a la persona muchas de las veces le cuesta hablar para darle sentido, se vuelve cercana al encontrarla en forma de narración, en forma de vivencia.

Sin embargo, es importante aclarar que, en este capítulo, se está haciendo alusión a un tipo de dolencia en específico que son las enfermedades del alma y que resuenan de una forma más enigmática y misteriosa, porque muchas de las veces, sus síntomas son invisibles y no conscientes; en otras palabras, pareciera que la mente se desconectara y dejara atrás las dolencias del cuerpo, para crear nuevas vías de comunicación de su sufrimiento, sin que tengan una causa biológica que las justifique.

Desde la literatura clásica se encuentran ejemplos como *Crimen y Castigo* (1866), donde Dostoievski posiciona el discurso de la neurosis obsesiva y persecutoria en el

⁸ Para Lacan, existen tres tipos de registros psíquicos: lo simbólico, lo imaginario y lo real. Lo simbólico está asociado al lenguaje, lo imaginario a las imágenes y lo real a todo aquello que no se puede representar ni con el lenguaje ni con las imágenes, es decir, lo real será todo lo que se resista a la representación, lo incognoscible.

personaje de Raskólnikov, Los renglones torcidos de dios de Torcuato Luca de Tena (1999), una obra que combina la paranoia de su personaje principal Alicia Gould con el género policíaco, el inconfundible El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde (1886) de Robert Louis Stevenson sobre el trastorno de identidad disociativa. De igual manera, es fundamental hacer una aproximación más cercana a obras de la contemporaneidad que evidencian cómo la enfermedad del alma ha ido cambiando su desarrollo a través de los años así como los contextos en donde se produce.

En su obra El mitómano (2018), Adolfo Macías Huerta muestra cómo la mitomanía (Casas Rivera y Gómez de la Serna 1990)⁹ en su personaje principal Armando Barahona, un vendedor que exagera de sobremanera su realidad para transformarla en algo más interesante, esconde eventos de su historia personal (la relación con su padre que también era mitómano, la relación con su madre que era capaz hasta de comprarle las amistades a su hijo para que no se sintiera solo, la violación de su esposa cuando era adolescente y el fetiche que se generó como consecuencia), que se irán presentando al lector de manera paulatina.

La mentira es una construcción social normalizada, todo el mundo en algún momento ha incurrido a ella por varias razones. Muchas de las veces, la intención de modificar la realidad para que se adapte a lo que se desea es consciente, pero a nivel de la mentira patológica ya existe un cambio a nivel inconsciente que trae otras ganancias a nivel psíquico, como el encubrimiento de un trauma.

Para la Lacan :

La palabra es la que instauro la mentira en la realidad. Precisamente porque introduce lo que no es, puede también introducir lo que es. Antes de la palabra, nada es ni no es. Sin duda, todo está siempre allí, pero sólo con la palabra hay cosas que son -que son verdaderas o falsas, es decir que son- y cosas que no son. Sólo con la dimensión de la palabra se cava el surco de la verdad en lo real. Antes de la palabra no hay verdadero ni falso. Con ella, se introduce la verdad y también la mentira. (1981, 333)

Entonces, la puntualización de Lacan recae en que la mentira está inscrita de por sí en la misma palabra, siendo esta última la que definirá *lo que es como lo que no es*. “El sistema del lenguaje, [...] jamás culmina en un índice directamente dirigido hacia un punto de la realidad, la realidad toda está cubierta por el conjunto de la red del lenguaje” (Lacan 1984, 51). El lenguaje mediará las representaciones de la realidad, mismo que se

⁹ O también conocida como pseudología fantástica, en donde la persona miente de manera compulsiva con el fin de crear múltiples aventuras imaginarias para modificar la realidad.

constituye por medio de la cadena significativa, donde cada uno de los significantes está vacío; el sujeto deberá asumir que sus representaciones siempre quedarán con un resto que no se puede llenar o no será suficiente, haciendo que su discurso dependa del deseo de su otro semejante para articularse en el orden simbólico.

En el discurso de Armando están combinadas tanto la verdad como la mentira. La distinción entre ellas es poco clara porque la estabilidad de la vida de Armando dependía de que ese juego se mantuviera así. En sus mentiras se filtraba un pasado que reprimió de manera inconsciente cuando era niño para aliviar el dolor del momento.

Un ejemplo que demuestra las aventuras fantásticas que contaban Armando, era justamente al momento de intentar vender una moto a sus clientes. En uno de los encuentros con su psiquiatra, Armando comenta la historia que según él es cierta:

Soy comerciante y vendo motos, por lo que suelo hablarles a los clientes de mis aventuras en motocicleta hasta llegar a Tierra del Fuego, donde fui perseguido durante un día entero por una moto. Yo iba en una Indi de 500 c.c. y aceleré para evitar el atraco. Boté aceite en una curva y esperé. El tipo derrapó y fue a dar en una cuneta. Entonces, para mi sorpresa, descubrí que el pobre hombre que se quitaba el casco, adolorido, era el vendedor de lotería de quiosco que había junto al hostel donde permanecí hospedado en Buenos Aires. El tipo me había vendido el número ganador y deseaba darme la noticia, imagínese. [...] como yo era extranjero, él se ofreció a cobrar y fuimos al edificio de la lotería para recibir la orden de pago, pero el tipo se fugó por la puerta de atrás y luego apareció en los diarios como el nuevo rico de la ciudad. (Macías 2018, 24-25)

Es evidente la presencia de los detalles fantásticos en la historia de Armando (Tierra de Fuego no existe, él no viajó al exterior en ningún momento dada su situación económica complicada, ni tampoco tuvo el acercamiento con alguien que le vendiera un billete de lotería premiado), convencido plenamente de que en efecto realizó ese viaje. Aun así, esta aventura, que se llevará a cabo al final de la novela pero con un sentido mucho más cercano a la realidad de Armando, tendrá como trans fondo una reconciliación con su padre que, de manera muy sutil, provoca los primeros indicios de mitomanía en él.

Con Murakami, en la obra *Kafka en la orilla* (2002), se encuentra una forma especial de narrar la despersonalización en el personaje Kafka Tamura, con la aparición del joven llamado Cuervo, porque se emplean elementos desde la fantasía que rompen con el lenguaje habitual llevando al lector a aceptar lo que en otros escenarios sería inverosímil.

El joven llamado Cuervo es una aparente alucinación tanto verbal como visual; más allá de considerarla una identidad de Kafka Tamura, cumpliría con los roles de un

alter ego, porque hace las veces de voz de la conciencia, de la duda, para que Kafka Tamura pueda repensar lo que está haciendo o lo que está por hacer, es decir, es el mismo Kafka Tamura, no se ha escindido de quién es, pero por su situación familiar, esta parte en específico ha decidido visibilizarse para apoyarlo en su viaje personal y hacer más llevadera la culpa, el dolor, el enojo, el miedo, entre otras emociones, que irá encontrando a medida que avanza la historia.

La creación de este *alter ego* trata de sustituir ese algo que le falta a Kafka Tamura, posiblemente la imagen de ese padre que termina muerto y de quien se le inculpa su asesinato, o también el abandono de la madre. Es evidente que la carencia de sus figuras primordiales va a dejar un vacío irremediable, y la voz del joven llamado Cuervo es necesaria para que él avance.

La intervención del joven llamado Cuervo se evidencia desde el inicio de la obra, cuando Kafka Tamura decide irse de su casa. El joven llamado Cuervo le cuestiona sobre el mundo que todavía no ha visto y que yéndose de su casa, no logrará escapar de sus problemas. Para ello, hace un ejercicio con él, donde le menciona que se imagine “una tempestad de arena terrible, terrible de verdad” (Murakami, 2002, 11):

A veces, el destino se parece a una pequeña tempestad de arena que cambia de dirección sin cesar. Tú cambias de rumbo intentando evitarla. Y entonces la tormenta también cambia de dirección, siguiéndote a ti. Tú vuelves a cambiar de rumbo. Y la tormenta vuelve a cambiar de dirección, como antes. Y esto se repite una y otra vez. [...] Esta tormenta en definitiva, eres tú. [...] Lo único que puedes hacer es resignarte, meterte en ella de cabeza, taparte con fuerza los ojos y las orejas para que no se te llenen de arena e ir atravesándola paso a paso. (Murakami 2002, 11)

Por un lado, la tempestad es muy representativa, hasta profética, ya que se anticipa al lector que a Kafka Tamura le espera un viaje que no será fácil ni mucho menos placentero, y por otro, lo que hace el joven llamado Cuervo es poner de forma muy clara y directa la realidad que está enfrentando, puesto que debe aprender a lidiar con algo de él mismo, que no se va a solucionar con solo salir de su casa.

Tampoco hay que olvidar el papel de Nakata, el otro protagonista de la novela, porque en él se evidencia esa discursividad del lenguaje de lo fantástico, que lleva al lector a simplemente creer. Nakata tiene una misión que será revelada en las últimas páginas de la novela, y en toda su encrucijada le pasan cosas increíbles: la habilidad de Nakata para hablar con los gatos, su encuentro con Johnnie Walken (referencia a Johnnie Walker, marca famosa de whisky escocés), quien está matando gatos para fabricar una flauta con

sus almas y hacerse de almas más grandes con solo tocarla, la lluvia de sardinas y caballas en el distrito de Nakano, la aparición del Colonel Sanders (referencia a Coronel Sanders de KFC) ante Hoshino, entre otros.

Si se deseara ponerlo en términos psicoanalíticos, Nakata vendría a ser la ejemplificación exacta de una estructura psicótica por excelencia, porque él funciona desde otro registro psíquico. El evento que vivió de niño, y que borró toda su capacidad de entendimiento como lo percibe el común de la sociedad, lo llevó no a reducir sus habilidades, sino a transformarlas por otras, por eso Nakata se autodenomina como “tonto” o “estúpido”, porque en el registro del lenguaje él opera de forma distinta, y para los otros que viven en ese mundo simbólico, desconocido para Nakata, él no sería normal.

En uno de los diálogos con Hoshino, este le pregunta a Nakata sobre la misión que tiene que hacer, la respuesta de Nakata evidencia la posición serena ante el desconocimiento de lo que hará, más la certeza que lleva inscrita en su discurso. De igual manera, el diálogo en tercera persona que Nakata siempre maneja para referirse a él mismo, da la alusión de que hay dos Nakatas presentes: “No, señor Hoshino. Eso Nakata no lo sabe, Nataka hace lo que *tiene que hacer*. Pero qué ocurrirá cuando él lo haga, eso Nakata no lo sabe. Nakata es tonto y esas cosas tan complicadas no las puede entender. No sabe qué sucederá en el futuro” (Murakami 2002, 432).

Otro ejemplo que evidencia la estructura psicótica y que no puede pasar desapercibido es cuando Hoshino le dice a Nakata un dicho “Si quieres veneno, trágate el bote” (Murakami 2002, 433). Para entender un dicho, el sujeto necesita la metáfora, aspecto que en la estructura psicótica no se presenta, por lo que Nakata lo entiende de forma literal: “Pero señor Hoshino. Si una persona traga botes, se morirá. Los botes no son buenos para los dientes y, además, le dolerá la garganta” (Murakami 2002, 433).

A través de los ojos de Nakata, el lector puede adentrarse en esta estructura, por lo que le resultará novedosa. El factor de la fantasía va perfectamente de la mano de la psicosis porque son muy similares en sus representaciones. Ambas provienen del imaginario del sujeto, la palabra no les alcanza para explicarlas; si bien la persona con psicosis se desborda en algún punto por su intento de entrar en el lenguaje, en esta conjunción con la fantasía, Murakami le da un soporte interesante para que funcione y otros, que no están en la misma estructura, lo asimilen.

Amuleto (1999) de Roberto Bolaño también se presenta como otra muestra llamativa del lenguaje de la enfermedad, porque escoge un discurso delirante por el cual Auxilio Lacouture trabajará el trauma que se evidencia durante toda la obra. La

particularidad de su prosa lírica, le brinda una perspectiva onírica que sumerge y a la vez aleja al lector de las vivencias que se están narrando.

Auxilio Lacouture está viviendo el duelo de un evento traumático, que implicó también una experiencia muy cercana a la muerte: Ella se ve atrapada por días en el baño del cuarto piso de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, cuando se da un enfrentamiento entre el ejército y los granaderos, rompiendo la autonomía y los espacios de la universidad. Auxilio se queda ahí, resistiendo para defender el último espacio autónomo del campus, sobreviviendo a base de agua, papel higiénico y su libro de poemas de Pedro Garfías. El encuentro con la muerte se da cuando un soldado entra en el baño, y ella se queda como estatua con las piernas levantadas, como si fuera a dar a luz, mientras este revisaba una por una las casetas cerciorándose de que no hubiera nadie.

Ese silencio cortante, donde inclusive la respiración se escuchaba ruidosa, se vuelve ese algo que no logra ser puesto en palabras, es ese momento en que la vida pende de un hilo y cualquier acción mal planificada puede dirigirla a la muerte, a lo real. Es por esto que, en lo contrario, cuando Auxilio cuenta sus vivencias, se evidencia la forma en que se genera el lenguaje en ella, lleno de detalles sensibles, poéticos; existe una transformación cargada de emocionalidad de todo aquello que no se pudo decir, con el fin de dar significación al momento de horror y desespero.

La figura del florero de Pedro Garfías ejemplifica una de las formas que tiene Auxilio para demostrar la carga sensible y también metafórica del trauma. Ese florero impávido que demuestra una cara bonita al exterior, pero que en su interior, a través de la boca negra que lo engulle todo, se oculta lo siniestro, lo aterrador:

me puse a mirar el florero que él [Pedro Garfías] miraba con tanta tristeza, y pensé: tal vez lo mira así porque no tiene flores, casi nunca tiene flores, y me acerqué al florero y lo observé desde distintos ángulos, y entonces (estaba cada vez más cerca, aunque mi forma de aproximarme, mi forma de desplazarme hacia el objeto observado era como si trazara una espiral) pensé: voy a meter la mano por la boca negra del florero. Eso pensé. Y vi cómo mi mano se despegaba de mi cuerpo, se alzaba, planeaba sobre la boca negra del florero, se aproximaba a los bordes esmaltados, y justo entonces una vocecita en mi interior me dijo: che, Auxilio, qué haces, loca, y eso fue lo que me salvó, creo, porque en el acto mi brazo se detuvo y mi mano quedó colgando, en una posición como de bailarina muerta, a pocos centímetros de esa boca del infierno, y a partir de ese momento no sé qué fue lo que me pasó aunque sí sé lo que no me pasó y me pudo haber pasado. (Bolaño 1999, 3-4)

De igual forma, la repetición constante del evento traumático durante la novela, es fundamental para lograr su inserción en la vida de Auxilio, y por ende, resignificar sus experiencias tanto pasadas como futuras. Lo que va a quedar no es el silencio, sino el

sentido de ese silencio que ha transmutado en lenguaje, y que no solo es imprescindible para Auxilio, sino que también busca una vía para ser comunicado hacia los otros que la rodean. De esta forma, el delirio que se aprecia cada vez que ella sumerge al lector en sus encuentros con personajes relevantes de la literatura y el arte, es aparente porque mantiene siempre un pie muy fuerte dentro de la realidad, no existe una desconexión completa que la desborde y confunda el lector.

Por medio de estos breves análisis, se ha podido apreciar las diferentes maneras que se generan desde el lenguaje para darle espacio y estructuración a la enfermedad, como también a los efectos que de ella se derivan. Que la enfermedad logre significar en el sujeto, más que mantenerse como una situación dolorosa, poco entendible y sin salida, hace posible que aspectos como la resiliencia se activen, adaptando al sujeto a un cambio que luce negativo en un principio, pero que puede mover otros sentidos dentro de la persona para llevarla a un posible descubrimiento o crecimiento.

Capítulo tercero

El personaje, el tiempo, el lugar y el relato para la construcción de un lenguaje de la enfermedad mental en la novela *La joven de las cuatro estaciones*

Para Bal, “una fábula es una serie de acontecimientos lógica y cronológicamente relacionados que unos actores causan o experimentan” (1990, 13). Adicional, y para que la fábula pueda convertirse en un texto narrativo, es importante que también cuente “con lenguaje, esto es, que se convierta en signos lingüísticos” (Bal 1990, 15). En pocas palabras, para que una fábula se produzca y genere sentido como un texto narrativo, requerirá de la presencia de los actores, del tiempo, del lugar y del tipo de relato que se produzca. Para la realización de la novela, se tomarán en cuenta estos cuatro aspectos narrativos de la fábula, evidenciándolos en puntos críticos de la novela, expuestos a continuación.

En vista de que la novela cuenta con una protagonista con trastorno de identidad disociativa (TID), el aspecto narratológico que saltará a primera vista será el del actor/personaje. Dalia cuenta con cuatro alters, mismos que se contemplan como actores individuales, a pesar de que se manifestarán desde el mismo cuerpo y discurso de Dalia. Cada uno será crucial en el desarrollo de la fábula, porque formarán parte de lo que Bal denomina como acontecimientos funcionales, que son “transiciones de un estado a otro que causan o experimentan los actores” (Bal 1990, 21), y que por ende modifican el flujo de la historia.

Los alters son disímiles entre sí: Cass, alter destructivo y poseedora de todos los sentimientos negativos de Dalia, Fausto, alter protector de la fantasía, la abuela, alter protector materno y del futuro, y zorro, alter protector de la huida; sin embargo, su nacimiento comparte aspectos en común, ya que se forman como una respuesta de Dalia ante situaciones de extremo dolor que ya no es capaz de afrontar.

Las características propuestas de los alters, hacen posible indentificar a estos actores en las tres categorías de selección de Bal (1990): como sujeto y objeto, dador y receptor, y ayudante y oponente. En la primera categoría, el sujeto o actuante vendría a ser aquel que quiere conseguir una meta u objetivo, mientras que el objeto o actante la

meta en sí (Bal 1990). Dalia cumple una función de sujeto/actuante, pero también tiene la peculiaridad de tomar el rol de actante cuando sus alters entran en escena:

Tabla 1

Personajes de la novela *La joven de las cuatro estaciones* en función del actor/actante

| N.º | Actor/sujeto-actuante | Función | Actor/actante |
|-----|-----------------------|------------------|---|
| 1 | Dalia | quiere saber | la verdad de por qué está en el psiquiátrico. |
| 2 | Cass | quiere conseguir | que Dalia recuerde. |
| 3 | Zorro | quiere evitar | que Dalia se haga daño. |
| 4 | Fausto | quiere conservar | la imaginación y el cuerpo de Dalia. |
| 5 | Abuela | quiere proteger | a Dalia de la indiferencia. |

Fuente y elaboración propias

Si bien los alters se percibirán como entidades individuales, inconscientemente su objetivo será mantener a Dalia a salvo del peligro desde sus respectivos roles. A pesar de que no existe una estabilidad mental en Dalia, los alters resguardan una parte específica de ella que no dejarán que se vea afectada.

En la segunda categoría, al dador se lo entiende como aquel o “aquellos que apoyan al sujeto en la realización de su intención, proveen el objeto o permiten que se provea” (Bal 1990, 36); el destinatario o receptor, “suele coincidir con la persona del sujeto, aquel que desea para sí algo o alguien” (Bal 1990, 36) 36. El sujeto en su papel de receptor es pasivo: “debe esperar y ver si recibirá o no el objetivo deseado. Por otro parte, el objeto pasivo es también un sujeto, y por ello más poderoso en el papel del dador. El objeto actante en apariencia pasivo constituye, como dador, el poder decisorio en el contexto” (Bal 1990, 37):

Tabla 2

Personajes de la novela *Más allá de la usencia* en función del dador/receptor

| N.º | Dador | Función | Receptor |
|-----|-------------------------------|------------------|--|
| 1 | El estado mental de Dalia | hace difícil que | ella sepa la verdad. |
| 2 | Para Dalia | es difícil | recordar por la forma agresiva de ser de Cass |
| 3 | Dalia logra escapar | gracias a | la agilidad y astucia de zorro. |
| 4 | Dalia conserva su imaginación | gracias a | la habilidad para inventar historias de Fausto |
| 5 | Dalia no se siente ignorada | gracias a | la presencia y atención de la abuela |

Fuente y elaboración propias

Cuando Dalia pasa a ser dador, se demuestra cómo las acciones de los alters influyen a que se mantengan sus roles, cumpliendo también con el objetivo inconsciente que es poner a salvo a Dalia evitando el dolor. Asimismo, la presencia de cada alter que se vuelve en apariencia pasiva, detonan en Dalia el poder necesario para ejecutar un cambio, logrando nuevamente lo mismo: preservar sus roles y evitar que ella salga lastimada.

Es interesante notar que la misma Dalia y Cass, rompen la continuidad vista anteriormente, la primera por el desconocimiento de lo que le está pasando, y la segunda por un exceso de conocimiento de la situación que lo expresa de forma agresiva y poco manejable. Una vez más, se evidencia que, si bien los alters desean el beneficio de Dalia, cada cual actúa con su manera particular, haciendo imposible que exista una conciliación para Dalia.

La tercera categoría se vuelve fundamental porque el objetivo en cuestión normalmente no es tan sencillo de conseguir, recibiendo el actor por un lado, resistencias y por otro, ayudas, lo que determinará las circunstancias del cumplimiento o no del objetivo (Bal 1990). Principalmente, se hace énfasis en que Dalia y sus alters actúan desde ambas funciones, como ayudantes y oponentes, mostrando por tercera vez la imposibilidad de un equilibrio.

Tabla 3

Personajes de la novela *La joven de las cuatro estaciones* en función del ayudante/oponente

| Ayudante | Oponente |
|---|---|
| Dalia buscando la verdad, alters que cuidan sus funciones, Walter el médico que cura a Dalia cuando se hace daño. | Dalia y su estado mental, alters que funcionan de manera separada, la familia que adopta a Dalia y le causa los abusos. |

Fuente y elaboración propias

Hasta ahora, Dalia en conjunto con sus alters y sus respectivos roles, se posiciona como un personaje que se volverá impredecible y que causará sorpresa al lector, por lo que en términos de Forster (1983), se estaría hablando de un personaje redondo. La singularidad de cada alter, modificará la forma de actuar de Dalia. Por el TID, Dalia es considerada el *host* o anfitrión, alter que pasa la mayor parte del tiempo en la superficie y realiza actividades cotidianas; por lo general, su comportamiento es depresivo, pasivo, poco receptivo. Al momento que se produce el cambio a otro alter, la conducta varía de forma inmediata. El alter impondrá su modo de ver las cosas, sus emociones y actitudes, convirtiendo a la persona en alguien completamente distinto.

Todo acontecimiento es definido también como un proceso, mismo que supone un cambio, una evolución, es decir, una sucesión en el tiempo o en una cronología (Bal 1990). Al hablar de tiempo, Bal (1990) recalca dos tipos de duración a tener en cuenta: la crisis y el desarrollo: en el primer, se “indica un corto espacio de tiempo en el que se han condensado los acontecimientos” (46) y en el segundo, se hace referencia a “un período mayor que presenta desarrollo” (46).

En la estructura de la novela existen dos líneas de tiempo pasadas y una presente. La primera línea de tiempo del pasado, relata los momentos posteriores a la liberación del maltrato de Dalia hasta su llegada al psiquiátrico. La segunda línea de tiempo, introduce algunos eventos anteriores a la liberación de Dalia, donde se conoce el por qué del nacimiento de sus alters y cómo es su interacción con ellos. Este será el cuerpo argumentativo mayoritario, ya que comprenderá tres capítulos (segundo, tercero y cuarto), siendo el desarrollo de la historia. En la línea de tiempo presente, Dalia se encuentra en el psiquiátrico. Su estado mental está debilitado, sus alters toman posesión de ella cuando lo desean. Dalia está a punto de ser absorbida por ellos, pero logra entender que tanto ellos como ella se necesitan. Esta línea de tiempo se enfoca en el primer y último capítulo.

En términos de Genette (1989), estas transiciones de presente a pasado y viceversa, constituirán anacronías: alteraciones en el orden de los eventos de la diégesis, haciendo énfasis en la utilización de las analepsis, tanto externa como interna. La primera línea de tiempo pasada es una analepsis externa que demuestra el final de esa línea temporal; en cambio, las analepsis internas, buscan brindar recursos al lector para entender la línea del presente y resolver lo que está pasando con la protagonista, antes de volver nuevamente al presente en el capítulo final.

Con respecto a la estructura de los capítulos del pasado, su ritmo dependerá de la presentación de las situaciones de crisis. En el segundo y tercer capítulo, la aparición de los alters Fausto y la abuela, serán de carácter pasivo, haciendo que se confunda el desarrollo con el momento de crisis; en el cuarto capítulo donde Cass y zorro irrumpen activamente por presentarse en situaciones de extrema violencia, el momento de crisis se volverá más evidente.

Al tener en cuenta las anacronías y el ritmo de los capítulos del pasado, se busca mantener la atención del lector sin agotarla. Al inicio, la tensión sube por el momento de crisis de un evento pasado, en el primer capítulo, esa tensión cambia al desconocimiento, en los capítulos segundo y tercero, se brinda un descanso aparente al lector, para

introducirlo en una línea más ordenada de tiempo, en el cuarto capítulo vuelve la tensión del inicio con un evento concreto de violencia, para finalizar en el quinto capítulo con una tensión cero.

De igual manera, esta estructura general viene a plantearse como una metáfora de lo que está sucediendo en la mente de Dalia, donde los tiempos no son exactamente claros. Como se mencionó anteriormente, cada alter mantiene una individualidad, lo que implica que sus propios recuerdos no son compartidos con los demás alters, existiendo lagunas o huecos de ciertos eventos. De esa forma, se evidencia el caos que está ocurriendo en la mente de Dalia, siendo que, este paso exabrupto de presente a pasado y viceversa se convierte en una respuesta desesperada de Dalia para encontrar un orden.

En función al lugar, Bal (1990) menciona un contraste entre dos elementos, lo interior y lo exterior. A menudo, lo interior brinda una sugerencia de protección, y lo exterior, de peligro, sin embargo, estos significados no son definitivos, por lo que pueden voltearse, haciendo que, lo interior sugiera una reclusión y el exterior la libertad. Esto último, pasa en la novela, donde se juega con lugares disímiles: la casa y el psiquiátrico.

La casa, en lugar de ser un espacio acogedor y familiar, se transforma en una cárcel, donde el miedo y la violencia acechan a Dalia por doquier; en cambio, el psiquiátrico, que vendría a ser el lugar de encierro y control, sugiere el encuentro con una posible libertad. Tanto de la casa como del psiquiátrico, se toman sus componentes ominosos, con el fin de que el lector aprecie el otro lado de lo ya conocido.

Al igual que en el tiempo, el espacio viene a ser una metáfora de la no pertenencia de Dalia. Como manifiesta Bachelard, “la casa en la vida del hombre suplanta contingencias, multiplica sus consejos de continuidad. Sin ella el hombre sería un ser disperso” (Bachelard 1957, 30). La casa brinda a la persona, a más del sentido de pertenencia, la fijación con la realidad, Dalia no cuenta con un lugar que pueda darle esa denominación; su andar es errante, no tiene un punto de partida ni tampoco una dirección clara que seguir. Está perdida en lo ominoso de la casa, y por ende en sí misma.

La forma de contar y el contenido de lo que se cuenta, viene a ser el punto de unión entre lo que siente el personaje y la correspondencia con sus acciones. En la novela, el relato, el lenguaje, considerará estos dos aspectos, haciendo énfasis en el estilo directo e indirecto libre al hablar de la forma, y en la utilización de los neologismos, holofrase y frase interrumpida en cuanto al contenido.

El estilo directo, donde el texto es expresado directamente por el personaje (Bal 1990), haciendo que el narrador descansa, se concentrarán en los diálogos que mantiene

Dalia con otros personajes de la novela. Adicional, Cass será la única alter que saldrá al exterior y utilizará este mecanismo para comunicarse también con estos personaje. De igual manera, en el estilo directo, se observará el uso de los trastornos del lenguaje en la psicosis, enfocados a un alter en específico: El neologismo en la creación de historias por parte de Fausto, la holofrase en el discurso caótico de Cass y la frase interrumpida en los murmullos de la abuela. Los tres tipos de trastornos se vuelven signos característicos para identificar la aparición de los alters.

Con el estilo indirecto libre, se hace evidente la creación de un discurso híbrido, donde el personaje interrumpe con su propio estilo dentro del discurso del narrador (Bal 1990). La intromisión de Dalia y de los personajes secundarios en el discurso del narrador, rompe el hilo de pensamiento para realizar pequeñas puntualizaciones de lo que pasa por sus mentes en esos momentos.

Descripción de la tesis de investigación

Dalia es una muchacha de 14 años, huérfana y que presenta en sus etapas iniciales un Trastorno de Identidad Disociativa (TID), causado por los constantes abusos físicos y psicológicos sufridos en su niñez. Dalia desconoce de su enfermedad, misma que se detona con los experimentos que realiza Emil, el hijo de una familia pudiente de la ciudad. La novela está dividida en tres tiempos enmarcados en diferentes momentos del pasado de Dalia. En el primero se narra cómo Dalia escapa de la casa de Emil y su familia, así como también su camino y encuentro con el bosque, hasta su internación en una psiquiátrico. Cada parte de este primer momento está ubicado al término de los capítulos.

El segundo momento se centra en la estancia de Dalia en el psiquiátrico y comprenderá la primera y sexta parte de la novela. En la primera parte, Dalia tiene amnesia como consecuencia al trauma y su perspectiva de lo que la rodea es mucho más onírica, lo que le permite conectar con su mundo interno. Retazos de su pasado empiezan a filtrarse de manera exbrupta, causándole angustia y miedo. También se encontrará con Walter, el médico que la curaba cuando Emil hacía sus experimentos, pero de momento no lo asociará con alguien de su pasado; se presentará como un especialista del psiquátrico que la está atendiendo. Al final de esta primera parte, Dalia tendrá un acercamiento más estructurado hacia sus 4 identidades o alters: Fausto, La abuela, Cass y Zorro, pero que todavía se los visibiliza separados. En la sexta parte, Dalia volverá a encontrarse con sus

4 alters; comprenderá que ellos son parte de sí misma y que deben trabajar juntos para seguir adelante.

En el tercer momento, que incluye las partes desde la segunda hasta la quinta, se concentran los eventos más dolorosos del pasado de Dalia —su llegada a la casa de Emil, los experimentos que realizaba con ella, los hogares en los que estuvo antes, la muerte de la abuela, el incendio de la casa de Emil y la muerte de Walter— y por ende, las primeras apariciones de sus alters. Los alters están incompletos, unos están más desarrollados que otros y protegen indirectamente a Dalia desde sus roles y funciones.

Fausto y Cass son los alters más presentes. Fausto es el alter de la imaginación, cuida y atesora la fantasía de Dalia, su capacidad para inventar historias. Dalia no sabe leer, pero admira los libros, el bosque y todos los estímulos que le ofrecen un escape de su sufrimiento. Fausto crea dos historias “El cuervo y el colibrí” y la vida de Emma para que Dalia se mantenga conectada a la realidad a través de elementos reales que la rodean. Cass es el alter del dolor y reacciona ante cualquier estímulo que le genere sufrimiento a Dalia. Su objetivo es hacer frente a todo lo que le haga daño, toma las decisiones que más le cuestan a Dalia y busca la libertad de ambas.

La abuela y Zorro son los alters de menor desarrollo. La abuela es el alter de lo materno, representa el hogar que Dalia nunca ha podido encontrar y que tanto desea; Zorro es el alter de la huida, aparece solo cuando Cass no puede hacer frente al sufrimiento, poniendo a Dalia a salvo.

Conclusiones

Si de por sí construir una novela es todo un reto, crear un personaje con un trastorno mental se vuelve una tarea titánica. La investigación sobre el trastorno se vuelve esencial para que la historia y su articulación con los personajes principal y secundarios sea verosímil. Como se vio en el presente trabajo, la psicosis, al no lograr ese contacto con lo simbólico, forma representaciones muy diversas de lo que percibe tanto del otro como de lo que le rodea. Para un persona neurótica, que se la conoce mejor como alguien “normal” en lo social, lo que el psicótico aprecia se le presenta en algunos casos como fascinante, y en otros como algo incomprensible. Es la unión de estas dos sensaciones lo que le invita al neurótico a querer aproximarse a esta realidad, y uno de esos caminos es la escritura.

¿Se puede escribir sobre TID si no se tiene TID? ¿Se está haciendo una aproximación correcta al TID? ¿El psicoanálisis era la corriente adecuada para hablar sobre TID? Estas fueron algunas de las preguntas que surgieron en el proceso de escritura, recordando que el escritor siempre se va a ver enfrentado a la responsabilidad social que tiene sobre el tema elegido. Desde la psicología clínica, se requirió investigar y consultar fuentes tanto antiguas como nuevas sobre el TID, porque no solo lo que está escrito en papel tiene un peso, sino también la comunidad de personas que viven con el trastorno y que han decidido dar a conocer sus casos particulares por diferentes medios. Existe una sensibilidad importante en la comunidad de personas con TID, porque el trastorno ha sido exagerado en el medio cinematográfico, sacando más ese componente fantástico de tener múltiples identidades y dejando atrás el trauma, aquella situación de extremo dolor que es lo que en verdad debería considerarse.

Es por eso que, *La joven de las cuatro estaciones* se concentró en demostrar el trauma, aquel dolor que fue insostenible para una niña y que la obligó a disociar para sostenerse en la realidad. Las identidades son la consecuencia de ese dolor y su aparición es muy puntual y precisa, por lo que fue necesario primero construir a profundidad el trauma, para que el lector lleve su atención a esa historia que se encuentra por detrás de la identidad, y no se quede inmerso solo en su aparición.

El momento más caótico de la psicosis es cuando empieza a tomar forma. Todo lo que siente, mira y escucha la persona es real, y ese componente real es lo que no alcanza

a procesar haciendo que el temor, rabia, frustración, y otras sensaciones, aparezcan de manera desenfrenada. La novela buscó ejemplificar estos momentos en proporciones adecuadas por esa misma carga caótica que se maneja, para evitar desbordar la totalidad de la historia y que esta pierda sentido.

Otro aspecto a considerar fue el tiempo. La novela presentó múltiples saltos entre pasado y presente, con el objetivo de que el lector conozca el por qué del estado de Dalia. La historia está hecha para que el lector, a medida que avanza, vuelva a los capítulos anteriores, en búsqueda de detalles que se explican en el pasado del personaje, por ejemplo, la imagen de los cuervos, el zorro, la vestimenta que trae el personaje principal a inicios de la novela, la figura de Walter y el carcelero.

El uso del lenguaje fue el punto más crítico y de mayor dificultad que se presentó en el momento de la escritura. El neologismo de Fausto y la frase interrumpida de la abuela demuestran esa ausencia del significante del Nombre del padre (forclusión) de la teoría lacaniana. Con el término *fantalidad*, Fausto habita en un mundo que no existe, en ese algo que hay entre la fantasía y la realidad; la abuela, por otro lado, si bien es el mayor soporte emocional de Dalia, está incompleta porque no logra terminar sus frases. Conoce lo que Dalia necesita para tranquilizarse, pero esas palabras nunca le llegarán.

La holofrase de Cass también da cuenta de esta ausencia, pero adicional, se vuelve más evidente por la falta de espacios entre palabras, porque esto no está presente en todo su discurso, sino solo en ciertas frases. El significante que está pegado, que no tiene diferenciación, aparece en Cass cuando habla del dolor y de sí misma como alguien individual, distinta de Dalia. Cass no tiene la capacidad de diferenciarse del dolor, porque cree que es una con él; también le cuesta hablar en singular porque sabe que es una con Dalia; aún así, su discurso es contradictorio porque hay algo que la empuja a liberarse del dolor y también a percibirse separada de Dalia. Cass es la identidad que más consciencia tiene de la realidad de Dalia, pero todo lo que ha conocida del mundo exterior es hostil, le quiere hacer daño, en consecuencia, ella le devuelve lo mismo; esta respuesta violenta es la confusión que no la deja salir de la contracción.

De igual manera, utilizar recursos de la gramática como: separar el diálogo de Fausto y Dalia por comas, el balbuceo y las palabras al revés de la abuela, y la intervención de Cass alineada a la derecha del texto en el diálogo interno con Dalia, fueron importantes para lograr la diferenciación entre Dalia y las identidades, pero manteniendo a la vez la cercanía entre ellos, por el hecho de pertenecer a una misma mente.

Para finalizar, es importante recalcar que *La joven de las cuatro estaciones* es una aproximación más a la enfermedad mental, donde se pretende que el lector vea desde otro punto de vista al TID. Si bien se hizo énfasis en la previa investigación y en la utilización de algunas estructuras narrativas, principalmente del relato, del lenguaje, el dejar que el personaje vaya haciendo su camino en la historia fue también fundamental para que el sentido se diera de manera natural. Se espera que el lector pueda brindar más interpretaciones a la obra, con el objetivo de seguir abriendo camino a lo que significa el TID e ir cambiando de a poco la noción de trastorno mental.

La joven de las cuatro estaciones

ÍNDICE

| | |
|--|------------|
| *** | 42 |
| Primera parte: Dalia, Cass y Walter | 45 |
| Segunda parte: Dalia y la familia | 60 |
| *** | 73 |
| Tercera parte: Dalia y Fausto..... | 73 |
| Fausto..... | 94 |
| *** | 96 |
| Cuarta parte: Dalia y la abuela | 98 |
| La abuela..... | 128 |
| *** | 130 |
| Quinta parte: Dalia, Zorro y Cass | 133 |
| Zorro | 141 |
| *** | 166 |
| Sexta parte: La joven de las cuatro estaciones..... | 168 |

El tiempo que lleva hincada parece una eternidad. De espaldas a la casa, como una estatua, Dalia mira a escasos metros y con atención a dos cuervos que picotean la tierra húmeda de la base de los árboles, esperan con ansias encontrar gusanos atontados que escaparan a la superficie.

En la base de un manzano, un árbol de rasgos viejos y alicaídos, los cuervos desgarran a un gusano delgado sin suerte con la intención de no dejar rastro visible de su existencia. Una vez saciado el estómago, uno de los cuervos eriza sus plumas y dirige un ritual amenazante a su acompañante; este se asusta, por lo que abre las alas e impulsa su cuerpo hacia el cielo. En segundos, con ese instinto único que solo los animales tienen, la trayectoria de los cuervos cambia de forma brusca, para prever el estallido de la casa y una combustión devoradora que impregna el ambiente con un calor abrasador.

Dalia se incorpora sin importarle el amortiguamiento de sus rodillas que hacen temblar sus escuálidas piernas. El acto reflejo le susurra, por lo que abre los brazos para recuperar el equilibrio, todavía con la mirada oscura puesta en la base del manzano. Su espalda recibió el hollín, las chispas y algunas astillas que desgarraron su camión sucio hiriéndole la piel. A pesar del ardor y sequedad que convertían su espalda en un suelo agrietado, Dalia respira pausadamente con el viento y los haces del fuego meciendo la largura de su cabello también oscuro.

Los ojos amarillos de Zorro hacen su aparición entre la espesura de la mala hierba entorno al manzano. En su pupila rasgada se filtra el miedo y la necesidad de salir lo más pronto, antes de que el fuego se expanda. Ese miedo se interna en los ojos de Dalia y rompe el trance. Los colores, los sonidos, el olor nauseabundo a quemado se clavan de manera simultánea como agujas en su cerebro. El dolor, que dormía entre las conexiones neuronales, entre los pliegues de la masa gris, en un lugar que no tenía nombre y que ningún aparato médico sería capaz de identificar, se extiende ahora como si alguien hubiera derramado agua en todo ese circuito eléctrico. Dalia se lleva las manos a la cabeza, camina dos pasos a lo mucho y cae de lado.

Un grito que le desgarraba el cuerpo era lo único que no podía escuchar. Zorro, con sus ágiles patas, corre hacia ella; su tamaño alcanza las dimensiones de un auto. Él acerca su hocico al rostro de Dalia, su nariz se vuelve más húmeda al recibir las lágrimas, el moco y la saliva que no paran de salir de un cuerpo que está desintegrándose. Dalia,

con las manos en puño, golpea su cabeza con la intención de que el dolor cediera, pero su esfuerzo fue en vano.

Zorro se interpone con su hocico, recibe los frágiles golpes que poco a poco se detienen; siente que las manos pequeñas y callosas se van abriendo, y que los dedos se introducen entre su pelaje anaranjado y sus largos bigotes. Al principio los dedos se pasean, ella se tomaba su tiempo para disfrutar la suavidad, la calidez de un cuerpo que no la repelía y que no pretendía hacerle daño, pero ese paseo se volvía intenso con cada caricia. Los dedos se cierran como garras y termina clavando las uñas rotas en la piel de Zorro. Él no se inmuta ante el ardor y el frío recorrer de los hilos de sangre, es más, ofrece de lleno el hocico para que el agarre mejore y Dalia pueda levantarse.

Las columnas del primer piso de la casa empiezan a ceder y el estruendo de la caída del segundo y tercer piso hacen temblar la tierra. La humareda invade el azul nítido del cielo y el fuego se acerca cada vez más a los pies descalzos de Dalia. Zorro inicia la marcha hacia el bosque, Dalia no es capaz de mover las piernas, por lo que las arrastra mientras deja un rastro carmesí que se va mezclando con tierra, piedras, ramas y hojas secas.

Cada cierto tiempo, Zorro mira de reojo el rostro de Dalia. El llanto había parado y una extraña tranquilidad empezaba a dominar su expresión, aún así, para *todos* era evidente lo que sucedía: algo en su interior se había roto de tal forma, que ninguna herramienta sería capaz de arreglarlo. El espejo del alma, donde el ser humano aprende a reflejarse desde que nace hasta sus últimos días, aquel que se triza con el pasar de los años y de las experiencias estaba hecho añicos, tanto así que, cuando Dalia intentaba reflejarse no era posible distinguirla. Lo que podía ser un rostro, tenía el aspecto de un brazo o de unas manos; el cabello se confundía con el iris del ojo, con el lunar de la esquina inferior del labio; el cuerpo deforme no dejaba ni dejaría de transformarse.

El rozar de la hierba en la planta de sus pies reavivaba la flexibilidad de los músculos. Dalia se detiene en seco y hala a Zorro. Ella le suelta el hocico, Zorro se sienta en sus patas traseras mirándola de frente. A lo mucho, habían avanzado unos 20 minutos y todavía el crujir de la casa se escuchaba a lo lejos. El fuego no tardaría en entrar al bosque; mientras tanto, la quietud de los árboles, la ventisca que soplaba ligera y balanceaba la vegetación, el sonido de las aves y algunos insectos, contrastaban con la tormenta interna de Dalia por lo que el sosiego del bosque se volvía insoportable.

—Tú sabías las intenciones de Walter —murmuró.

—No tuve idea hasta el último momento Dalia, pero era su... —dijo Cass.

—¡Cállate! —gritó, con la voz ronca— pudiste detenerlo ¡¿Por qué no lo hiciste?! —. Las lágrimas regresaban a borbotones. Los sollozos interrumpían la respiración y el pecho se movía con espasmos.

—¿Crees que hubiera servido? ¿Habría decidido salvarse? ¡Él estaba cansado Dalia! ¡Él ya no quería estar aquí! ¡Entiende!

Dalia tapó su boca con ambas manos para no dejar escapar un nuevo grito. Sus ojos se cerraron con fuerza y el resto de su rostro se tensó. De repente, un pitido aparece en su oído derecho para retumbarle por toda la cabeza. Al abrir los ojos, los árboles comienzan a darle vueltas, sus manos y brazos se relajan, la mandíbula se afloja; el desmayo no tardaría en venir.

—Ahora no es el momento. Si tú no puedes, a mí todavía me quedan fuerzas, no pienso morir aquí, no cuando todo ha terminado.

Cass aprieta los puños y fija los pies a la tierra. Levanta el rostro para acostumbrar sus ojos rojizos al viento y al escozor del fuego. Respira hondo y le invade una mueca de dolor por las heridas de la espalda que se abrían nuevamente con el movimiento. Finalmente, encorva la espalda y se impulsa hacia adelante con el deseo en mente de ser tan rápida como los cuervos del manzano.

Primera parte: Dalia, Cass y Walter

I

Un cosquilleo que viaja desde las sienes hasta la frente, la pulsación constante en el occipital y los ojos achinados, son algunas de las sensaciones que han acompañado a Dalia durante sus persistentes noches de insomnio.

(Si me dejaras salir de aquí, los dolores de cabeza desaparecerían).

Un cuarto del tamaño de un baño, donde la camilla abarca casi todo el espacio, más una silla y mesa muy juntas en una de las esquinas, se vuelve un intento desesperado por entregarle un atisbo de familiaridad, de un falso hogar. Dalia, en un rincón de la cama y con la espalda al contacto de la pared, sumerge la cara en los antebrazos, con la esperanza de formar una barrera entre la realidad y sus pensamientos,

(es lo peor que puedes hacer, los límites no funcionan conmigo, ¡sácame de una buena vez!).

pero no logra escapar de las preguntas inevitables: ¿Qué había sucedido?, ¿Cómo llegó a ese lugar?, ¿Cuánto tiempo estaba ahí? Sin saber si era por el dolor o las preguntas, se incorpora de golpe para sentir cómo las dudas se acumulaban en su campo de visión a manera de puntos negros, como moscas. Ella refriega impetuosamente sus párpados, las moscas iban desapareciendo a excepción de una que se mantuvo quieta en la esquina derecha de la puerta.

(¡Sí, sí! ¡Esa misma!, aunque me ofende que me veas como un insignificante insecto pero ¡Aquí estoy! ¡Déjame salir!).

Dalia da un brinco por un golpe seco en la puerta, distrayéndola, para ver al guardia que se asomaba por la ventanita de la puerta con una sonrisa de dientes completos y amarillentos.

(¿Cuál guardia? ¿Qué diablos estás diciendo?).

A la hora del almuerzo, el guardia, con sus manos regordetas, llenas de pelos y uñas grasientas acostumbraba mantener fija la bandeja de comida mientras Dalia, con sus escuálidos y casi translúcidos dedos, tiraba en vano del otro extremo. El simple acto de entregarle la comida era un juego de resistencia que, ni bien al iniciar ya tenía un ganador: un adversario que, a pesar de no conocer las reglas de juego, contaba con algunos trucos, a más de una fuerza descomunal con la que hacía y deshacía lo que su cerebro infantil

señalaba como divertido. Al final, cuando media porción de comida caía al piso, soltaba una risotada que vibraba en el aire. En el eco de esa risa, el sabor de la derrota se acumulaba alrededor de los dedos pálidos de Dalia, cada vez más rojos ante la presión de mantener lo único que quedaba en el recipiente de metal: el vacío.

(El típico tira y afloja. En fin, podrías dejar de jugar y ¡dejarme...)...*¡salir!*...

Al escuchar el susurro, Dalia volvió su mirada a la mosca de la esquina, que ahora tomaba la forma de una polilla negra con las proporciones de un gato adulto. Sus alas reflejaban dos ojos con cuencas vacías y cortantes, y una raya horizontal de extremo a extremo para simular unos labios herméticos. Con movimientos lentos, Dalia pone la bandeja en la mesa y regresa a rastras a la cama para acostarse abrazando sus rodillas. Las lágrimas que humedecen la almohada, resbalan por sus mejillas como el inicio de una melancolía amarga con un fin incierto.

¡Déjame salir!

Con rapidez lleva las manos a los oídos, pero era inútil porque esas dos palabras seguían filtrándose por los poros, por debajo de las uñas, en cada arteria y vena que rodeaba músculos y huesos,

¡Déjame salir!

hasta convertirse en un pitido que quebraba su conciencia y la fundía en un sueño incómodo.

II

Desperté con un sudor frío que recorría mi frente, mi cuello y mis manos. Un pequeño rayo de luz entraba por la ventana; sería muy temprano en la mañana por el insistente pjar de las aves y el ruido del ajeteo que se filtraba por la puerta. Con cuidado, me fui incorporando y sentí el dolor del hambre en la boca del estómago.

La puerta se abrió de golpe y la silueta del carcelero se hizo evidente; con su camisa y pantalón verdes traía la bandeja del desayuno. Sin ánimos de echar una ronda al usual juego de tira y afloja, la dejó con un golpe seco sobre la mesa, para luego retirar el vaso y la bandeja anterior. Al marcharse, me di cuenta de que su presencia no me había incomodado. Todavía mi mente seguía aturdida y situaciones al azar se colaban entre mis pensamientos hasta que una pregunta logró organizarse y salir:

—¿Por qué no me atendían las enfermeras? —. Desconocí el hilo de mi voz; carraspeé y en el instante en que iba a seguir con mi monólogo, otra voz clara y sedosa continuó:

¿No te acuerdas? Como animal te dio por morder a una.

Regresé a ver a la puerta para notar que la sombra de antes, tenía una forma similar a la de un ser humano; cada vez era más consistente, pero aún no tan clara para distinguir sus rasgos; de lo que sería su cabeza brotaban unos hilos rojos a manera de cabello. No sabía si responder, no sabía *qué* responder, me encontraba en el juego de adivinar quién era y por qué estaba ahí.

¿Te comieron la lengua los ratones?

Tragué saliva y noté cómo la garganta me quemaba. Cuando quise hablar, el sonido de mi voz había desaparecido. Empecé a desesperarme y con una mano en la garganta, como si eso fuera a solucionar el problema, miré por todos lados en búsqueda de cualquier cosa que pudiera ayudarme.

¡Al fin es mi turno! Si me escuchas, créeme que todo tendrá sentido.

Se acercó a mi rostro a tal punto que, sentía su respiración pesada salir de su nariz mal dibujada. Las cuencas ya no estaban vacías, destellaban con una furia e ira incalculables, tanto así que me vi obligada a alejarme.

¡No, no! Nada de huir, mientras yoestéaquí, no vas a huir.

Mi espalda topó la pared y el frío me caló los huesos tan deprisa que lo único que hice fue cerrar los ojos con fuerza. Me arrinconó. Una especie de labios rozaban una de

mis mejillas. Los vellos de mis brazos se erizaron y mi respiración se disparó hasta el cielo.

¿Y sabes por qué?

Susurró a la espera de una respuesta. De manera tosca, tomó mi cara entre sus manos, abrí mis ojos de golpe para ver que, aquel rostro sin una forma definida ahora pertenecía a una *ella*, con cabellos y ojos color fuego, de piel tersa y suave a la vista y con una expresión de absoluta seriedad.

*Porque así te encuentres a punto de morir
por más de que te pongan un cuchillo en el cuello
y te hagan sangrar hasta que sientas que te quieren matar
no tienes permitido huir*

Mis labios temblaban por la necesidad de decir algo, el nudo en la garganta era un grito que no encontraba salida, me sofocaba, y al no poder aguantar más abrí mi boca y una cacofonía se filtró desde el pasillo. Alcé la vista a la ventanita de la puerta y varias sombras pasaron de forma apresurada. Una voz ronca cada vez más clara gritaba ¡Están ahí! ¡¿No los ven?! ¡Me siguieron hasta aquí! ¡No me dejan en paz! El grito se convirtió en un sollozo que poco a poco se perdía por el pasillo.

Cuando saqué las piernas de la cama con intención de ir a la puerta, advertí que ya no estaba. Giré en redondo, inspeccionado cada lugar, inclusive debajo de la mesa y de la cama.

—¿Qué fue eso? —murmuré. Tal vez la falta de comida me estaba afectando.

Tomé la silla con rapidez, me senté a medias y sin importar lo fría que estaba el desayuno comencé a devorarlo. Al terminar, una gran bocanada de aire salió de la profundidad de mis pulmones. Me enderecé en la silla con la cabeza alzada hacia el techo. A penas llevaba unos minutos en esa posición cuando escuché pasos aproximarse. Cerré los ojos, esperé a que pasaran, pero se detuvieron frente a la puerta. En cuestión de segundos, me encontraba sujeta por tres personas, mientras la cuarta se acercaba con una jeringa directo a mi brazo. Mi cuerpo se movía de forma frenética, el terror y la adrenalina corrían por mis extremidades valiéndose de mi instinto de supervivencia, pero no fue suficiente, un líquido blanquecino entró por mi vena y la habitación empezó a nublarse, mis párpados dejaron de obedecerme y sentía cómo toda la tensión desaparecía de mi cuerpo.

III

Al despertar me encontré en una posición incómoda. Mis manos y pies estaban sujetos a los brazos y las patas de una silla. Distinguí una nueva habitación, con libreros inmensos a mi alrededor y en el centro, un escritorio de madera con una silla mullida que esperaba frente a mí.

Una persona con bata blanca entró y aseguró la puerta con el cerrojo. Al acercarse y tomar asiento, vi en sus manos una carpeta de donde sobresalían unos papeles. Antes de abrirla, se colocó unos lentes de marco redondo y patas finas que aumentaban el café de su mirada. Cuando parecía dispuesto a examinar el contenido de la carpeta se detuvo, soltó una respiración larga y me miró por primera vez. Su rostro era delgado, su frente tenía unas cuantas líneas horizontales dibujadas por la misma edad, sus ojos tenían un tinte de tristeza que disimulaba una preocupación que al parecer había trabajado durante mucho tiempo.

Hola pequeña, ¿cómo te sientes?

A pesar de que su tono de voz era suave y refrescante, no me inspiraba la suficiente confianza para contestar.

Si no contestas debo pensar que estás bien o que me tienes miedo.

Tragué saliva, no sabía a donde mirar y el silencio se volvía insostenible. Con un hilo de voz logré decir:

—He estado...mejor—. Una sonrisa inundó su rostro.

¡Y ahí está la voz! Muy bonita por cierto. Gracias por responder.

Con la mano desocupada tomó un vaso de agua de la mesa. Mientras lo acercaba a la boca dijo:

Qué te parece si empezamos como se debe. Mi nombre es Walter, ¿y el tuyo?

Lo observé aún con recelo. Era una pregunta innecesaria, de seguro lo sabía.

—¿No está escrito ahí? —señalé con mi mentón en dirección a la carpeta.

Dejó el vaso de lado y tomó la carpeta con ambas manos. Su mirada se volvía turbia con el pasar de las hojas para después tornarse seria.

Sí, pero sabes, no me fío del papeleo. Prefiero que las personas me hablen ¿a ti no?

Sonrió de nuevo. Su calidez se palpaba en el ambiente. ¿Era o no de fiar?, o más bien, ¿podía confiar en alguien estando en este lugar? El silencio nuevamente se había prolongado y para cortarlo solo solté:

—Dalia—. Asintió, risueño.

Es un gusto conocerte Dalia, espero que podamos trabajar bien juntos.

Bajé la vista hacia mis pies; comenzaba a sentirme extraña, observada, ¿qué íbamos a trabajar?, ¿acaso era una especie de experimento?, ¿cuántos niveles más debía superar para saber por qué estaba aquí?

¡Está bien!

Se levantó y respondí con un pequeño brinco. Su reacción fue tan rápida que solo pude abrir mis ojos como platos y esperar tensa su próximo movimiento.

Si bien el nombre es necesario Dalia, no lo es todo.

Se aproximó primero hacia mis manos que estaban cerradas tan fuerte que mis venas se notaban y después a mis pies. Cuando entendí que estaba liberándome de las correas, mi cuerpo comenzó a relajarse, pero a la vez se llenaba con incertidumbre.

Perdón, pero me es difícil conversar si no estamos en igualdad de condiciones. Como yo, tú eres libre para moverte por donde quieras.

Mantuve mi cabeza hacia abajo, con las manos juntas en mi regazo; sentía cómo me volvía más y más diminuta. No creía ser libre y si alguna vez lo fui, no supe cómo disfrutarlo.

Mis pies se rozaban de forma continua, confirmando el sentimiento de inseguridad que invadía mi cuerpo. Era como un abrazo mortal, algo que me dejaba sin respiración y que buscaba absorberme desde la mínima gota de sudor hasta el último latido. Alcé la vista para apartar la sensación de encierro de mi cabeza y fue entonces cuando la vi, detrás de él, sentada en el escritorio, con su larga melena roja y un cuchillo a escasos milímetros de su cuello.

—¡No!—grité, con la poca energía que me quedaba.

Walter, sorprendido, se giró hacia donde apuntaban mis ojos. Me había puesto de pie y mi cuerpo temblaba. Él volvió a su posición, mantuvo su mirada en la mía a pesar de que no dejaba de ver al escritorio, y de la manera más pausada dijo:

Dalia, ya no está.

Regresé a verle.

—La viste...—mascullé. No podía creerlo.

No dijo más. Se levantó y colocó sus manos sobre mis hombros y poco a poco hizo que me sentara. Se acomodó de nuevo en su silla. No dejaba de mirarlo y él, yendo más allá de mi asombro, dijo finalmente:

¿Por qué no salimos?

¿Qué? ¿Acaso no entendía lo que decía?

—¿A...A qué te refieres?, ¿de qué estás hablando? E...espera, la viste ¿verdad?

Las palabras salían como si mi lengua estuviera enredada. Walter se levantó y se dirigió a la ventana, abrió la cortina, removió el seguro y regresó a verme. El viento levantó las cortinas, haciéndose escuchar a través de los diferentes pliegues de la tela.

Cambiamos de ambiente y seguimos ¿te parece?

Iba a responder, pero no me dio tiempo. La mitad de su cuerpo ya estaba fuera y el mío reaccionaba haciendo lo mismo.

—Pero ¿por qué no salimos por la puerta? —pregunté.

Él desvió la mirada hacia el cielo, como si sopesara la idea y soltó una carcajada.

IV

Detrás del edificio se escondía un jardín gigantesco con árboles de diferentes tipos. Habían unos frondosos con hojas casi rojizas por el reflejo de un sol cada vez más apagado por el atardecer, otros más delgados y con ramas finas acompañados de hojas grises minúsculas y medio marchitas; lo que más llamó mi atención fueron los pocos árboles frutales que se alcanzaban a ver, exhibían manzanas y naranjas relucientes, colgadas a penas de un palito que se apreciaba frágil, y que con la mínima ventisca o el pasar de las alas de un pájaro, podrían caer para encontrarse con un suelo frío, desprotegidas ante cualquiera que tuviera la oportunidad de tomarlas. Por más que se esforzaran en crecer, las frutas se encontraban totalmente indefensas.

Cerca de algunos árboles, había bancas largas de metal pintadas de blanco con reposabrazos terminados en curva y espaldares llenos de cruces que hacían las veces de divisiones, adornados en medio con un cuervo con sus alas extendidas. Walter y yo nos sentamos en una que daba la espalda al edificio.

Permanecimos en silencio por algunos minutos. El trinar de los pájaros que regresaban a sus nidos, los susurros del viento y el sonido de pequeños insectos nocturnos inundaron el ambiente a tal punto que mi cuerpo y mi mente por primera vez en mucho tiempo, recordaban lo que era estar en tranquilidad, sin miedo.

Sentía el aire fluir de mi nariz hacia los pulmones inundando cada centímetro de mi pecho y alegrando hasta los últimos recovecos de mi corazón. Aparté la vista del atardecer y miré mis manos, una sobre la otra en mi falda. Las venas relucían en mis dedos, iguales que las ramas de los árboles, una estructura que estaba hecha para sostener ese algo más grande, el significado de mi existencia.

Como verás no sigo las terapias convencionales y esta es una buena opción ¿no lo crees?

Walter levantó los brazos con la intención de mostrar todo el lugar. Lo miré seriamente y su expresión risueña se endureció. Bajó los brazos y carraspeó. El sabía que necesitaba una respuesta.

Había algo detrás de mí.

Tragué saliva.

—Entonces...sí la viste —mi voz había recuperado algo de su fuerza, ya no era ese hilito de antes.

¿La vi? ¿Es una “ella”?

Guardé silencio. No entendía si me lo preguntaba para asegurarse o analizar lo que decía. Al ver que dudaba, Walter, continuó.

Dalia, seré sincero, no la vi exactamente, pero por tu expresión sé que algo estuvo detrás de mí y ese algo te asustó.

Evité su mirada y me concentré en unos dientes de león que se encontraban en la pata de la banca. Eran cuatro, uno de ellos estaba a punto de florecer.

Sentía la mirada de Walter, me estaba dando tiempo para que respondiera, pero la incertidumbre de confiar o no en él, salía de nuevo para llenar mi cabeza. Clavé la mirada en el siguiente diente de león, uno completamente blanco y esponjoso, y sin pensarlo me agaché, lo arranqué y antes de que pudiera soplar, las espigas se dispersaron en segundos; a la distancia, su aspecto casi transparente las volvía irreales. El tallo se hizo pesado entre mis dedos; sin las espigas, no tenía ningún valor.

—Está vacío —susurré.

Caí en cuenta de que hablé en voz alta, Walter pretende no haber escuchado. Arrojo el tallo al césped y regreso a ver los últimos minutos del atardecer.

—Me gustaría entender lo que veo, lo que siento —llevo el puño a mi pecho, presionándolo— porque creo que de esa forma dejaría de doler aquí.

Sentí cómo mis palabras se mezclaban con los primeros indicios de la noche. Unas farolas que disimulaban muy bien entre los árboles se encendieron para darle al jardín un tinte nostálgico. El viento había parado. Parecía que el mismísimo tiempo había decidido immortalizar este momento. La frescura de la noche se asentaba en el ambiente y el sonido de los grillos se volvía cada vez más intenso. El silencio de la naturaleza era distinto al de las personas, no me destrozaba los oídos, más bien se deslizaba en todos mis sentidos para dejar un rastro de sosiego a su paso. Lo extraño es que el silencio de Walter ya no era una molestia. Todo ese tiempo había sido paciente, intervenía lo necesario y hasta diría que siendo él mismo. Lo miré por el rabillo del ojo, su mirada se dirigía al frente y de su boca, se asomaba una pequeña sonrisa. Regresó a verme, hice lo mismo y posó su mano izquierda sobre mi hombro derecho.

Y que tal si en lugar de entender solo intentas sentir. Los sentimientos no tienen ni lógica ni sentido como los pensamientos, son... ¡Como los gatos y los perros!

Le miré extrañada. Con ambas manos se acomodó rápidamente sus lentes para iniciar su explicación.

¿Cómo son los gatos? Pues son animales contradictorios: en un instante están saltando de un lado a otro, y después los encuentras durmiendo 20 horas al día; o quieres darles

de comer porque te lo piden, y cuando ven el alimento en el plato han cambiado de opinión.

Se me escapa una risita. Walter continúa:

¿Y los perros? Si les dices que vayan a un lugar, van, si les enseñas trucos, los aprenden, van a tu ritmo.

Hace una pausa, mi risa se intensifica y él aclara su garganta para dar un punto de orden mientras sonrío.

A lo que voy es que, los sentimientos y los gatos son parecidos, hacen lo que quieren, aparecen cuando menos te lo esperas y al inicio muchos de ellos son inofensivos, pero sacan sus garras en distintas situaciones. Los perros son obedientes, los adiestras para que actúen como tú esperas, sin sorpresas, tienen una estructura, igual que los pensamientos, y cuando tratas de poner a un gato y un perro en un mismo lugar sucede que...

Me mira a la espera de una respuesta.

—¿Se pelean?

¡Exacto! Y ¿qué puedes hacer para que no se peleen?

—¿Separarlos?

Walter niega con su cabeza. Pienso de nuevo, pero siento que todas mis posibles soluciones estarían equivocadas. Al ver que el nerviosismo me invade, Walter se levanta, estira sus brazos en son de despreciarse y dice:

No hay prisa, tendremos más encuentros para descubrirlo.

Me ofrece su mano para ponerme en pie. Dudo y termino negando levemente con la cabeza, para apoyar mis manos en la banca y levantarme. Walter guarda sus manos en los bolsillos de su bata, regresa a ver al edificio donde las luces se iban prendiendo y comenzamos a caminar hacia la entrada más cercana.

A escasos metros del portón, dos enfermeros se percatan de mi presencia. Decididos, apresuran el paso hacia mí. Frené en seco, el miedo que había dejado olvidado hace poco tomaba forma de nuevo. Walter volvió a colocar su mano sobre mi hombro.

Tranquila, no pasará nada.

Walter se apartó y los enfermeros se colocaron uno a cada lado para tomarme de los brazos con calma. No cruzaron palabra conmigo y me llevaron hacia el pasillo. Giré mi cabeza hacia Walter, quien me despedía con su mano derecha, mientras pronunciaba algo que no alcancé a entender.

V

Sin ningún prisa, la silla de ruedas se movía hacia delante, como si alguien la empujara. Alcé a ver y me topé con el rostro de Walter. Me sonrió y con la misma espontaneidad le devolví el gesto. Dirigí la mirada hacia el frente y noté que nos movíamos por un pasillo largo, en dirección a una puerta grande con dos pequeñas ventanas superiores. Respiré hondo y me hundí en la comodidad de la silla. Tanto el espaldar como el asiento resultaban ser más suaves de lo normal.

A mi derecha, los rayos del sol de media mañana entraban con libertad por grandes ventanales. Un cielo azul despejado que se confundía con la superficie nítida del mar, reforzaba la calidez que crecía en mi pecho. A la izquierda, en las paredes blancas, encontraba una que otra pizarra de corcho cada dos metros con anuncios de todo tipo. En una de las ellas había una sola hoja en medio, sostenida por una tachuela de color azul que decía “Somos tu segundo hogar”.

Por alguna razón, esa hoja despertó en mi cuerpo una sensación creciente de angustia. De nuevo regresé a ver a Walter y cuando me disponía a preguntarle a dónde íbamos, noté que no tenía voz por segunda vez. Él, con la vista fija hacia delante, movía los labios, pronunciaba algo que no podía escuchar. Lo tomé de uno de los brazos, quería decirle que no entendía lo que estaba pasándome, pero Walter mantenía la mirada hacia la puerta. Tiré de él con más apremio, y al ver que no me hacía caso y que su rostro se había tornado serio, regresé a ver a la puerta. Mi corazón empezó a latir más rápido. El uniforme verde que rodeaba todo su cuerpo voluminoso, un cinturón negro que pedía auxilio por ya no poder cumplir su función, más la sonrisa de dientes amarillos de oreja a oreja, eran suficientes para recordarme el terror que le tenía. Su mano regordeta empuñaba la perilla larga de la puerta.

Comencé a moverme frenéticamente en la silla, inclusive mis pies toparon el piso para intentar frenarla. Walter puso una mano en mi hombro regresándome a ver al fin.

Tranquila, no pasará nada.

Ser capaz de escuchar su voz me alivió. Levanté los pies y volví a colocarlos dentro de la silla. El guardia movió hacia abajo la perilla para abrir la puerta. Pasamos por su lado, y me pareció por segundos verlo más delgado, con una sonrisa reluciente y un semblante amable. Me giré de inmediato para dar fe a lo que había visto, pero la puerta se había cerrado.

Volví a acomodarme en la silla, esta ya no se movía. Walter se encontraba frente a mí.

Tranquila, no pasará nada.

Repitió. Ahora que lo recuerdo, fueron las mismas palabras que me dijo ese día en el jardín. ¿Cuánto tiempo había pasado desde eso?

Él comenzó a caminar hacia otra puerta, una más pequeña, a algunos metros más adelante. Quise incorporarme, pero mi cuerpo no respondía; la fuerza utilicé para intentar frenar ya no estaba, sentía las piernas como si fueran de goma. Decidí usar mis brazos, y con mis manos a cada lado de las ruedas empecé a moverme. Estaba en una amplia sala que tenía cuatro grandes mesas en cada esquina. Me detuve en medio de las dos primeras mesas y al acercarme noté que había alguien en ellas.

En la primera mesa de la derecha, un hombre alto, con una gabardina que parecía de gamuza y que le llegaba hasta el piso, me daba la espalda. A juzgar por los detalles y la elegancia de su abrigo, parecía que iba de traje, pero de uno antiguo, como de la época victoriana, eso y también un sombrero de copa negro del mismo material, que descansaba sobre la mesa. Una de sus manos enguantadas salió a la vista, llevaba un bastón con una empuñadura metálica y que continuaba en su estructura con lo que creía era madera negra. Se mantuvo en esa posición por algunos segundos, hasta que giró por su derecha dándome la cara. Para mi sorpresa, no pareció notar que estaba ahí; su mirada estaba ocupada en uno de los gemelos de sus mangas, que acomodaba con la mano en la que tenía el bastón. En efecto, de su traje brotaba la elocuencia. Su gabardina tenía bordes de felpa negros; por debajo de ella, se asomaban las solapas también negras de un blazer color carmesí, junto a una camisa blanca perfectamente abotonada y una corbata del mismo color de su traje. Del bolsillo derecho salía la punta de un pañuelo, que hacía juego con la corbata.

Cuando terminó de arreglar sus gemelos, tiró de los bordes de su blazer para ajustar las arrugas que se habían formado entorno a su pecho; también llevaba una cadena de plata que sobresalía casi a la altura de su ombligo. Al parecer llevaba un chaleco gris que escondía un reloj de bolsillo. Mientras seguía concentrada en los detalles de su traje sentí unos ojos posarse en mí. Al mirarlo, me encontré con unos ojos grises cortantes, su entrecejo fruncido y un bigote y barba plateadas, que le daban un aire de sabiduría enigmática. Mantuvimos las miradas por lo que me pareció una eternidad hasta que volteé hacia otro lado. La frialdad en sus ojos era más potente que el hielo; producía la sensación de quemar si se los sostenía por mucho tiempo. Regresé a verlo por el rabillo del ojo, pero

él se había volteado de nuevo. Ahora llevaba su sombrero puesto y una pequeña coleta, agarrada con una cinta, colgaba de su espalda.

A mi izquierda escuché un tintineo metálico. Al acercarme a la mesa, una anciana en silla de ruedas tejía una bufanda con dos agujetas gruesas. El “tin tin” de las agujetas cada vez que iniciaba una nueva fila, era acompañado con un murmullo inentendible.

Sobre la mesa tenía una gran cantidad de madejas de lana, de diferentes texturas y colores, había también gorras con pompones y bufandas de distintos patrones ya terminadas. En su falda, a más de la madeja de lana que de a poco se hacía más y más flaca, había una manta que cubría sus piernas hasta los tobillos, de donde sobresalían unas pantuflas color rosa pálido. A la altura de sus manos, que parecían ensimismadas en no equivocarse, se veía un camión blanco con puntos azules y sobre sus hombros una chalina café.

Pese a que me acerqué para escucharla, los murmullos seguían siendo indecifrables. Cuando me animé a hablarle no recibí respuesta, por lo que me incliné para ver su rostro. Sus ojos eran enteramente blancos, como si una nube hubiera cubierto un sol radiante; aún así, su mirada daba la impresión de mantenerse fija en el bordado. A diferencia del hombre de traje, ella tenía arrugas por todas partes; mientras movía su boca en su constante balbuceo, su mentón formaba una arruga adicional y sus mejillas se chupaban como pasas. Llevaba el cabello gris recogido hacia un lado y un mechón largo bajaba por su frente cubriéndole uno de sus ojos. Sin pensarlo retiré despacio el mechón y lo puse hacia la izquierda, ella se detuvo, alzó su cabeza y en la blancura de sus ojos, vi reflejada una parte de mi rostro. Esperé a que dijera algo, pero con la misma parsimonia regresó a su labor.

Devuelta en el pasillo recorrí a las dos mesas siguientes. Decidí variar el orden y me dirigí hacia la mesa de la izquierda. En esta mesa parecía no haber nadie. Le di una vuelta completa y cuando estaba a punto de irme hacia la mesa de la derecha, escuché un pequeño quejido. Di una rápida mirada, pero seguía sin entender de dónde provenía el sonido. El quejido se intensificó. Noté que lo escuchaba a una altura diferente, por lo que apoyé un mano en la mesa y me incliné para mirar por debajo. El blanco de su cola parecía esponjoso y el tomate que dominaba casi todo su cuerpo a excepción de las orejas, parte de su hocico, su pecho y las patas, era brillante. Su cara impasible me escrutaba. Sus pupilas oscuras y alargadas en vertical parecían estar congeladas, si no hubiera sido por intervalos desiguales de parpadeos que surgían sin avisar. El zorro estaba sentado sobre

sus patas traseras. Estiré mi mano lo que más pude, pero no lo alcanzaba, él tampoco daba indicios de acercarse. Un tanto frustrada puse mi mano en mi regazo y le pregunté —¿Qué haces aquí?

Sus orejas respondieron a mi voz, se levantó y comenzó a caminar. Lo seguí con la mirada hasta nuevamente alzarme. Él había saltado sobre la mesa y retomaba su posición anterior, pero con la diferencia de que ahora estaba al alcance de mis manos. Tenía que alzar mi cabeza para verlo; al estar tan cerca me percaté que era más grande de lo que esperaba. Su pecho daba la sensación de estar hecho de algodón, por lo que sin resistirme llevé mis manos sobre su pelaje. Sus latidos, mucho más rápidos que los míos, vibraban en mis dedos, creí sentir el recorrer de su sangre de arriba a bajo, y la suavidad de su pelaje más la dureza de su caja torácica, me hacía recordar la delicada línea que separaba la vida de la muerte. De repente saltó hacia el suelo. Mi mano quedó impregnada de su calidez, y sin regresar a verme se alejó hasta que lo perdí de vista.

Cuando volví al pasillo una tristeza profunda me tomó por sorpresa. El encuentro con el zorro era desconcertante, no entendía por qué un animal tenía que estar encerrado aquí. Espero nunca volver a verlo porque si es así, sabré que es libre, pero si no, al menos nos haremos compañía si así lo quisiera.

Te demoraste siglos en venir, ¡qué lenta eres!

Una voz apareció en la mesa de la derecha. Me acerqué y frené en seco. Era la mujer de pelo rojo.

¿Mujer de pelo rojo? gracias por el trato. Tengo nombre ¿sabes?

—Pero yo no dije eso, lo pensé...

Ella estaba acostada de lado con la cabeza apoyada sobre su mano. Su cabello era lacio y largo. Tenía una chaqueta de cuero semi-abierta, por donde se veía una prenda con encajes que cubría sus pechos y que le llegaba hasta la cintura. Su ombligo estaba al descubierto, por lo que se notaban sus curvas y un cuerpo en forma. Un pantalón de cuero ceñía más su figura y los tacos de aguja alargaban sus potentes piernas.

¿Y eso qué?

Yo puedo escucharte todo lo que dices

hasta la buena descripción que acabas de hacer de mi cuerpo

por cierto, ¡gracias!

Me sonrió de manera coqueta. Sentía la sangre subiéndome a las mejillas.

—Pero ¿cómo es eso posible?

No podía mirarla a los ojos. El recuerdo de la primera vez que apareció seguía vivo en mi memoria. Sentí que me miraba con lástima. Se sentó al borde de la mesa, cruzó sus piernas y con ambos brazos apoyados a cada lado, continuó:

Todavía estás verde, querida

Ya tenías que haberte dado cuenta hace mucho tiempo

Sus tacos resonaron al topar el piso, su caminar era lento pero seguro.

Te es tan fácil olvidarlo todo ¿no?

Posó sus manos fuertemente sobre las mías y se inclinó para quedar cara a cara. Sus ojos eran los mismos de aquella vez: rojo fuego, hasta podía ver las flamas moverse con facilidad. Aparté la mirada.

—No sé de qué hablas, no sé quién eres y no sé por qué me tratas como si me conocieras. La voz me temblaba. Su risa burlona resonaba en la sala. Se acercó a uno de mis oídos y me estremecí al sentir su voz metiéndose en mi cabeza.

Débil

Apretándome las manos, me jaló hacia ella para agarrar fuerzas y empujarme. La silla tomó velocidad, la vi alejarse mientras me despedía con la mano y al entender que estaba yendo de espaldas hacia quién sabe dónde, puse mis manos sobre las ruedas y frené. Al detenerme, mis palmas y mis dedos ardían. Por la fricción de las llantas mis manos estaban magulladas, me dolía cerrarlas. La sangre producía un cosquilleo alrededor de las heridas; comencé a soplarlas, pero no servía de nada. Unas gotas cayeron sobre mis manos. Las lágrimas respondían ante mi desesperación.

¡Dalia!

La voz de Walter se escuchaba cada vez más cerca hasta que lo sentí hincado a mi lado.

Esto pasa cuando tomas las ruedas en lugar del aro. Vamos, hagamos que te vean esas heridas.

Se colocó nuevamente atrás de mí y comenzó a empujar la silla. Nos acercábamos a la puerta pequeña que había visto al entrar en la sala y que ahora estaba abierta. Los rayos de sol ya no estaban, en su lugar, unos más plateados iluminaban el pasillo. Era el inicio de la noche.

Segunda parte: Dalia y la familia

I

—No fue nada fácil hijito, pero tu mamá siempre consigue lo que se propone.

La puerta se cerró con un estruendo intencionado y que hacía alarde de los esfuerzos de la señora Ladino por haber conseguido lo solicitado por su hijo.

La señora Caridad Ladino, una mujer bajita y de contextura ancha, con un pecho prominente que llevaba muy en alto gracias a la elasticidad de su columna, le dio una palmada a la nueva muchacha para que diera un paso al frente y entrara a la sala.

—Quién diría que una huérfana de pelo negro larguísimo y alta sería difícil de conseguir —dijo, mientras se retiraba el abrigo de piel natural y un sombrero ancho con plumas de pavo real, y que colgó en el perchero de 5 astas de la esquina de la sala.

—¡Eres increíble mamá! —dijo Emil Ladino, hijo único de la señora Ladino.

—No te iba a fallar Mili cariño —dijo la señora Ladino, en tanto se sentaba junto a su esposo el señor García, quien no había levantado la cabeza del periódico desde que su esposa llegó.

Teodoro García, dueño de Importaciones García y socio mayoritario de las tres casas de comercio más importantes de la ciudad, acumulaba una fortuna incalculable por herencia de su padre, el magnate Federico Cuarto García, quien había fallecido por un ataque al corazón hace aproximadamente cinco años. Su madre Lupita Cisneros, que había fallecido un año antes que su padre, le hizo jurar en su lecho de muerte que no se volvería como él, un loco obsesivo por el trabajo y que se centraría en construir una familia que lo apoyaría durante su vejez. Las cosas no habían salido tal y como su madre había deseado, pero de alguna forma logró ambas: el trabajo y la familia.

El señor García cerró el periódico y lo puso en la mesita de su derecha. Regresó a ver a la muchacha para acto seguido llevarse un cigarrillo a la boca y no prenderlo, pues estaba en el intento de dejar de fumar y el método de humedecer el filtro y sentir en pocas proporciones la nicotina que había quedado, resultaba efectiva hasta el momento.

—No ves lo feliz que está el muchacho Teodoro, al menos alégrate un poco por favor —le reclamó su esposa, al instante en que una sonrisa de oreja a oreja aparecía al ver cómo su hijo examinaba a la muchacha de pies a cabeza.

A la final no es mi hijo, pensó el señor García; alargó el brazo hacia la mesita para tomar el vaso de whisky y darle un sorbo con cigarrillo incluido. Cuando se casó el chico ya tenía 10 años; le propuso a la señora Ladino el adoptarlo para hacer el cambio de apellido, pero fue a lo único que ella no accedió. Sabía a la perfección que su esposa se casó con él por el dinero y el estatus que su posición le brindaba. García nunca le negó nada, inclusive la cosa más ínfima o extraña que le pedía, por lo que pensó que ofrecerle su apellido tendría el mismo resultado, pero se equivocó.

Para la señora Ladino el apellido era algo que se llevaba en la sangre y se jactaba siempre del de su padre, un reconocido fiscal de hace algunos años. Por no ser hombre, la señora Ladino sentía que le debía a su padre la sucesión del apellido de modo que, cuando supo que tendría un niño, no dudó en ir en contra del deseo de la familia paterna e inscribirlo con el apellido del abuelo. Esa fue una de las razones de su primer divorcio y que la tachaba como una mujer en extremo egoísta y posesiva.

En tanto la señora Ladino llenaba de vítores a su hijo, el señor García volvía a preguntarse sobre el por qué se había casado con alguien así; no hubiera sido mejor darse el tiempo para encontrar el amor en lugar de haber hecho una elección rápida, como para quitarse un asunto pendiente. Decidió no darle muchas vueltas al asunto, de todos modos, era tarde para pensarlo. Se levantó del sillón en búsqueda de algo para comer. Sus rodillas y espalda le crujieron.

—No me dejen todo desordenado, luego la servidumbre empieza con los rumores —dijo, en un tono de voz suave pero grave para salir por una de las puertas traseras de la sala.

La señora Ladino lo miró con hastío. A pesar de que la actitud de su esposo no le era nueva, todavía le molestaba el poco interés que tenía hacia su familia. A diferencia de él, ella se consideraba atenta, jovial, y hacía lo posible por llevarse bien con todos, inclusive con la servidumbre.

En una ocasión, cuando aún tenía la esperanza de cambiar al menos un poco la personalidad parca de su esposo, decidió invitar a los socios de la compañía y sus familias a pasar un día de picnic en la casa. Como era una sorpresa, la señora Ladino se dio el arduo trabajo de organizar todo por su cuenta, inclusive contrató catering externo para que la servidumbre no lo arruinara. Esa mañana, el señor García había decidido salir a cazar, única afición que le devolvía el interés por la vida y alguna que otra emoción que no sentía desde hace mucho. Se calzó sus botas de cuero café, tomó los guantes especiales que compró hacía un par de días para mejorar el control del rifle y también la nueva mira, recomendada por un compañero de caza. Al cruzar el jardín para dirigirse al pequeño

establo donde su caballo Plata lo esperaba, se encontró con la algarabía de sus socios que disfrutaban de varios platillos a la parrilla. Al verlo, la señora Ladino, muy animada y con un plato de comida, corrió hacia él para revelarle la sorpresa y decirle que tenía tiempo para cambiarse de ropa, porque con esos trapos sucios se vería mal como jefe de la compañía. El señor García le miró su rostro regordete y lleno de maquillaje; llevaba también una especie de cinta alrededor del cabello con un moño de color rosa chillón, que resaltaba aún más las pestañas postizas y el rubor artificial de las mejillas; adicional, su ropa deportiva fosforescente no hacía más que completar el cuadro.

—No te pedí que hicieras esto, por lo que espero te encargues. Vuelvo a las 18:00 —. Continuó hacia su caballo, lo ensilló y partió hacia el bosque como si nada. La señora Ladino quedó estupefacta. Entendía que su esposo no estaba de acuerdo con la idea del picnic, pero saber si era indiferente o estaba enfadado resultaba ser algo más complicado. A la final, decidió no amargarse y seguir disfrutando con sus invitados; excusó a su esposo porque de manera imprevista no se sentía bien de salud.

Cuando el señor García volvió el picnic ya había terminado. Mientras se dirigía al establo, la señora Ladino se encontraba pagando al director del catering con una tarjeta de crédito adicional que él le había dado para sus gastos personales. Con el cepillo de cerdas gruesas, empezó a cepillar a Plata por un lapso de treinta minutos. Por su expresión seria, se entendía que estaba concentrado en la tarea o que tal vez pensaba en algún otro asunto, por ejemplo, en darle un escarmiento a su esposa. Era un hombre de pocas palabras, prefería que las acciones hablaran por sí mismas y usar su boca solo cuando realmente fuera necesario.

A la mañana siguiente, la señora Ladino hacía sus compras de ropa semanales. Su necesidad de variar periódicamente de estilo, y más si el cambio de temporada traía nuevos diseños, se volvía imperiosa por los constantes eventos sociales a los que asistía. En una de las tiendas armó un completo escándalo, porque la cajera le mencionó que su tarjeta había sido rechazada. Furiosa, pidió hablar con el administrador de la tienda, quien le repitió de forma amable la misma información. Al regresar a casa y tras aquella incómoda situación no le quedó más que reclamarle a su esposo. El señor García, con la mirada de indiferencia de siempre le dijo:

—En una semana podrás utilizar de nuevo tu tarjeta.

—¿Acaso te costaba avisarme antes de que pasara semejante vergüenza? —increpó, con el entrecejo fruncido y unos labios que se desvanecían por la presión de la mandíbula.

—Lo olvidé —se limitó a decir y volvió su atención a la computadora del trabajo.

Con vociferaciones inentendibles, la señora Ladino se encerró en uno de los cuartos de la casa durante toda la semana. No le llevó mucho tiempo percatarse que su esposo la estaba castigando por el picnic. Desde ese día, ella dejaría de preocuparse por él en absoluto; vivirían bajo el mismo techo como dos desconocidos sin meterse en los asuntos del otro.

Una vez que el señor García salió, la señora Ladino devolvió la atención a su hijo. Desde la llegada de la última muchacha no se lo había visto tan contento. Hice lo posible por cumplir sus expectativas, pero la pelirroja sí fue un reto. Hace un año, Emil Ladino conocía vía internet un extraño empleo en Japón; consistía en contratar por horas a personas que quisieran realizar actividades específicas y sin excepción para sus compradores. Las actividades eran variadas: cuidar a las mascotas, hacer la compra semanal, hasta fingir ser amigos del comprador para pasar el rato.

Para Emil socializar siempre fue una tarea difícil. Desde muy pequeño, los cuidados extremos de su madre no le permitían generar vínculos con otros niños de su edad. Él entendía y amaba la atención que la señora Ladino le ofrecía, sin ella no sería todo lo que era ahora, pero en su mente la incomodidad de que los demás no lo siguieran o se asustaran de sus ideas, seguía rondándole como una polilla a la luz intensa de una bombilla. Los demás niños lo miraban con una expresión de asco, él no sabía si se debía a los problemas con su peso o si era por sus gustos un tanto excéntricos. Una vez, en la escuela enseñó a sus compañeros su colección de colas de gato y orejas de perro disecadas. Recuerda que la maestra llamó a sus padres para saber si todo andaba bien en casa y si conocían sobre su afición.

A la edad de 15 años, cuando el gusto por el sexo opuesto primaba, para Emil era indiferente. En ese entonces, Emil utilizaba el internet para despejar cualquier duda, tanto así que se volvió un experto navegador cibernético. Sus incursiones por la web le enseñaron que solo conocía una cara del ciberespacio y que existía un océano profundo y desconocido todavía por explorar. La Deep Web se convirtió en un verdadero reto y el tiempo que invertía atravesando sus capas no hacía más que reconocer sus logros personales.

Cinco años más tarde se encontraría con una grabación casera de un usuario. En el video, una niña de no más de 10 años era atacada y despedazada por tres pitbulls mientras el hombre que filmaba se masturbaba. A pesar de que Emil no logró ver el video completo, provocándole náuseas a la mitad, no se rindió y lo repitió no una, sino 6 veces hasta que su sistema lo normalizó. No había nada en la web que Emil no logrará vencer

y el haber superado esta prueba lo demostraba. Cada vez que sus ojos se metían de lleno en los videos sentía que algo en su interior despertaba. La violencia no le llamaba la atención, pero sí los actos sutiles donde, en algunas ocasiones, lograba captar el momento preciso en que la vida llegaba a su límite. Descubrió que, segundos antes de que el cuerpo expire, aspectos como la pérdida del brillo en los ojos, la última respiración, el movimiento anterior a la relajación total del cuerpo y la posición que este había elegido para abandonar el mundo, le llenaban de un éxtasis transformado en gritos y que intentaba parar con sus enormes manos. Sin embargo, era muy complicado el acceso a este tipo de material, ya que la mayoría de los usuarios preferían la tortura descomunal, donde era más complicado apreciar los momentos que tanto buscaba. Fue entonces, cuando la brillante idea le vino de repente, si quería ver más de sus escenas favoritas, por qué no participar en ellas.

En la Deep Web existía una larga lista de personas que se ofrecían para experimentar tanto como ejecutores o víctimas. Emil asistía a todo lo que le fuera posible: violaciones grupales, asesinatos con o sin tortura, secuestros, pero en ninguno se sintió satisfecho porque seguía primando la diversión del descontrol, de moler a palos a la víctima y seguir así hasta que no quedara nada de ella. En el único espacio donde se mantenía un tanto más a gusto era en las torturas. La planificación de qué tipo de castigo y hacia quién estaba dirigido era crucial para llegar al punto cúlmine de la vida agotándose; pero el mantenerse como espectador le impedía controlar el tiempo de esa transición, por lo que veces acaba muy pronto o demoraba de manera innecesaria. En este punto, la idea de contratar personas que se sometieran a sus demandas le cayó como anillo al dedo, aunque esto solo le sirvió al comienzo.

En gran parte, las ideas de Emil eran descabelladas hasta para el suicida promedio. Por regla, y para que exista un mutuo consentimiento, Emil entregaba una hoja informativa sobre el procedimiento a seguir a su beneficiario. Su último experimento consistió en anestesiarse localmente a la persona, con el objetivo de cortar el cráneo y dejar expuesto el cerebro. La anestesia estaba calculada para que perdiera efecto segundos después de cortar la última parte del hueso, y así permitirle contabilizar el tiempo que sería capaz de vivir la persona mientras la sangre drenaba. Era algo imposible. En el mejor de los casos, la persona resistía todo el procedimiento con anestesia local, pero moría inmediatamente al terminarse el efecto; en el peor de los casos, que sucedía un 90% de las veces, la persona no soportaba ni el primer corte. Sus videos fueron teniendo cada vez

menos aceptación porque no llegaban a cumplir lo que ofrecía. Los comentarios de los usuarios eran negativos, porque no había nada nuevo y el final era siempre el mismo.

En una de sus investigaciones, para entender de mejor manera cómo producir la transición, Emil descubrió material interesante: una gallina que la desplumaban al rojo vivo, y que, en lugar de huir cuando su ejecutor se detenía, se quedaba a la espera de que continuara. Algo similar sucedía en los secuestros, donde en algunas ocasiones, un cierto apego nacía entre la víctima y el victimario. Cómo se formaba este vínculo a pesar del dolor, se preguntaba Emil, y qué pasaría si después de todo este proceso, la muerte decidiera intervenir como la cereza del pastel; será que la transición cambiaba cuando se “criaba” a la víctima; moldear los sentimientos de desesperación para que tengan un orden al momento de la transición. Fascinado con la idea, Emil le comentó a su madre la necesidad de tener a alguien, algo así como un hermano pequeño debido a que se sentía muy solo en casa. La mirada de la señora Ladino era negativa, pero en seguida, Emil le comentó sobre la adopción como una alternativa segura. A pesar de que el semblante de la señora Ladino se volvía más ligero, como si sopesara la idea, seguía sin comprender del todo el propósito. Sí, que su hijo se sintiera solo era motivo suficiente, pero el método que le proponía no la terminaba de convencer.

Al ver que la incertidumbre persistía, Emil no tuvo más remedio que comentarle su idea. A final era su madre, seguramente lo entendería. Cuando él la puso al tanto de lo que hacía, sentía cómo sus palabras se llenaban de sentido, demostrando todo el trabajo exhaustivo y dedicación que le había invertido a lo que le gustaba, a su pasión. Sus conocimientos y la habilidad que tenía para exponer sus argumentos de una forma tan libre y decidida, no solo lo sorprendieron a él, sino a la señora Ladino. Nunca había visto tan apasionado a su hijo. El brillo en sus ojos no tenía comparación, parecía que se encontraba ante otra persona, ante otro Emil más maduro e intelectual. Emil no le mostró directamente sus experimentos, pero sí los relató con la mayor cantidad de detalles posibles. Después de la cátedra tan reveladora y demostrativa de su hijo, accedió sin pensarlo dos veces. Se convirtió en su compañera de juegos y en su mano derecha.

Esta muchacha de pelo negro era la quinta que traía desde hacía 6 meses, y aunque las especificaciones de su hijo no fueron nada del otro mundo, tuvo que recorrer varios orfanatos de la ciudad para encontrarla. Su hijo era quisquilloso, por lo que no iba a pasar nada por alto. La edad, la estatura, el color de cabello, la contextura, fueron algunas de las características que tomaron relevancia, y corrió con suerte ya que, en el momento en que estaba dándose por vencida, una familia devolvía a la muchacha. Solo espero que

dure. Cuando la planificación de su hijo no salía como él deseaba, pasaba por un momento de depresión fuerte que a ella le dolía hasta el alma. Verlo justo ahora, con una emoción que no le cabía en el rostro, no hacía más que enorgullecer su corazón de madre, por lo que haría todo lo que estuviera a su alcance con tal de que esa alegría permaneciera para siempre si fuese necesario.

II

La casa estaba ubicada en el medio de un bosque gigantesco. Cuando el auto abandonó la carretera, recuerdo que nos mantuvimos entre los árboles aproximadamente treinta minutos. Cuando el claro apareció la casa de tres pisos resaltó imponente. Era la primera vez que veía una casa tan grande y bonita. Por lo general, ya me había acostumbrado a los departamentos de una sola planta de la ciudad, y una que otra vez a los dúplex, lo más similar a una casa que pude conocer, pero esta parecía un palacio o una mansión.

Al bajar del auto, la brisa del bosque revoloteó mi vestido y mi cabello, lo sentí como una bienvenida grata, así como también al canto de las aves, las hojas de los árboles rozándose entre ellas y el sol que mantenía calentito el claro. Algo dentro de mí empezó a saltar expectante, como diciéndome que este lugar sería diferente. A pesar de que la señora me pareció un tanto exagerada porque tenía unas maneras de expresarse muy efusivas.

Cuando habló con las personas del orfanato, no dejaba de mover sus manos que respaldaban cada palabra que decía.

—No se preocupen del papeleo, lo arreglaremos más tarde. Si supieran...esta niña me cayó del cielo, y más si la están devolviendo, no puede ser, como si fuera un animal. No, no, no. Qué mejor que venga conmigo para hacerla olvidar esa mala experiencia.

Las personas del orfanato se contentaron porque, hacer que adopten a un huérfano después de ser devuelto era una tarea imposible. Ya me había pasado varias veces y la única forma de tener otra oportunidad era enviándome a otro orfanato donde no me conocieran. Si no estaba mal, me parecía que este era mi sexto orfanato.

—Señora Ladino, usted siempre tan generosa y amable —le dijo el coordinador del orfanato, mientras tomaba sus manos en son de agradecimiento—. Pero ¿está segura? —carraspeó y bajó la voz— siempre hay dificultades con esta niña, tal vez pueda interesarse por otra. Tenemos niñas con muy buenos modales que...

La señora Ladino soltó una carcajada que me recorrió el cuerpo e hizo que los bellos de mis brazos se erizaran.

—¡Descuide, por favor! —dijo. Soltó el apretón de manos y le dio una palmada fuerte en el hombro—. Además, seguramente no es culpa de la niña. Las familias de ahora son tan exigentes que ni contemplación tienen con los huérfanos. Déjela en mis manos, la va a pasar muy bien, ya verá.

No sabía que una persona era capaz de tener una sonrisa tan grande que le llenara casi todo el rostro. En ese momento, la señora regresó a verme y en sus ojos vi algo deslumbrante. Debía admitir que tanta emoción me confundía, tal vez porque ninguna de las familias me había visto así o se alegraban tanto de tenerme.

Al subir por la pequeña escalera de la puerta de entrada, sentía cómo la algarabía de la señora crecía a cada paso. De manera extraña, esa sensación hizo que mi corazón se acelerara, en serio estaba contenta de que yo esté aquí, me preguntaba. Sacudí un poco mi vestido; eché una rápida revisión a las mangas cortas que estaban un tanto descocidas, pero se veían bien; acomodé mi flequillo hacia el lado izquierdo para que mi rostro no se perdiera entre el mar negro de cabello. Me percaté que la señora me miraba y al fijarme en sus ojos café claro no pude evitar que una sonrisa se me escapara.

En el interior, la casa era igual de grande. Al abrir la puerta, había un pequeño recibidor y un mueble apostado a la izquierda donde vi llaves, algunos anillos y una billetera. Al otro lado, un pequeño paragüero con cuatro ranuras y un mueble en vertical donde se colocaban los zapatos. Al frente y sobre una alfombra mullida se veían entre cuatro a cinco pares de pantuflas. La señora me dio una indicación rápida para que me quitara los zapatos y los pusiera en el mueble. Las pantuflas me quedaban un poco grandes, pero su suavidad me hacía sentir como si estuviera caminando en las nubes.

Al alzar la mirada me topé con unas escaleras de madera ancha; diagonal a ellas, se abría un corredor largo que se perdía en la profundidad de la casa. Al lado derecho había una puerta de manera oscura cerrada y al lado izquierdo una sala amplia. La señora se adelantó unos pasos a la sala, yo la seguí procurando mantenerme un paso atrás.

La sala se me antojó como un lugar acogedor. Entorno a una mesita de centro que llevaba un florero con cartuchos frescos, había tres sofás individuales y uno de tipo familiar que parecían ser de gamuza en tonalidades café claro. A la izquierda, un ventanal que ocupaba más de la mitad de la pared mantenía sus cortinas beige y de varios pliegues en cada extremo para dejar pasar una vista radiante del bosque. Al frente, una chimenea de piedra en colores grises y negros resaltaba entre la madera lisa de las paredes. En el lado derecho, detrás de uno de los sillones, completaba el cuadro un librero que se alzaba hasta alcanzar el techo, con una variedad de libros de distintos colores y diseños.

Dos de los sillones individuales estaban ocupados por dos hombres, uno un tanto mayor y otro más joven. El hombre mayor no parecía percatarse de nuestra presencia, o si lo hacía, daba la impresión de no importarle, a diferencia del más joven, quien de inmediato saltó de su asiento y se acercó efusivamente a mí.

Por el cruce de palabras de la señora, entendí que se trataba de su hijo, un joven entre los 25 a 30 años que, a mi parecer, llevaba ropa al menos una talla más pequeña. Con pantalón de pana y una camisa que a duras penas mantenía cerrados los botones, me miró como si me estuviera evaluando.

—¡Es perfecta mamá! —acercó su rostro al mío. Mantenía una distancia mínima que me permitía oler su aliento un tanto rancio.

La señora se acomodó en el extremo del sillón familiar, tomó una jarra de agua ya preparada en una mesita auxiliar cercana al hombre mayor.

—¡Perseverancia Mili! —dijo, con un tono de voz más alto, mientras se servía el agua en un vaso pequeño de rombos— ¡Nunca desistas! Eso siempre te lo he enseñado.

—Aunque parece mayor de lo que te pedí —dijo rápidamente el joven. La señora se petrificó con el vaso próximo a sus labios.

—¿Qué edad tienes? —preguntó el joven con un deje de seriedad y a la vez vacío en su voz.

Al mirarlo directamente a los ojos, una sensación que jamás había experimentado me recorrió de pies a cabeza. Mi cuerpo empezó a temblar, mis manos y mi cuello sudaban como si tuviera fiebre; escuchaba los latidos del corazón en mis oídos, no eran rápidos, pero sí fuertes, más de lo normal; no sentía que respiraba, por lo que llevé una mano a mi estómago para comprobarlo y recibí como respuesta unos gruñidos que parecían querer devorarme, como si me rasgaran por dentro.

Cuando abrí mi boca sentí que la mandíbula se soltaba, como si en cualquier momento se fuera a caer de mi rostro, pero a la final logré hablar.

—Cre...Creo que tengo 13 o 14 —. Vi que la señora se relajaba nuevamente, así como el ambiente a nuestro alrededor. Los ojos del joven cambiaron, mientras sonreía otra vez.

—¡Ah! —soltó entre risas—. Aparentas más edad, pero tranquila, que eso ya lo arreglamos —. Enseguida salió de la sala hacia la puerta de la derecha del corredor. Minutos después, apareció con tres percheros de ropa.

Mientras el joven se veía muy concentrado en escoger una de las prendas, y la señora trataba de armar conversación con el hombre mayor que asumí era su esposo, dediqué mi atención a los detalles de la casa.

Encima de la chimenea había una repisa con fotografías familiares. Solo alcanzaba a ver a la señora y a su hijo posando en distintos lugares. Al final de la repisa había una sola fotografía en donde aparecía el esposo. Sonriendo, sostenía en una de sus manos a un animal de sus patas traseras y en la otra un arma casi de la mitad de su tamaño. Arriba

de la chimenea distinguía la sombra de algo muy grande que había estado apostado en los ladrillos por algún tiempo. Por la forma me fue muy difícil definir lo que hubiera sido. En la mesita que dividía a los señores había también una caja de cigarrillos y un cenicero, y por detrás, una lámpara alta con una pantalla de tela blanca adornada en sus filos con encaje.

Cuando volví a ver al joven, este tenía en sus manos una bata blanca de manga larga. En el momento en que se dirigía a mí, el hombre mayor dejó en la mesita el periódico que estaba leyendo y se levantó.

—No me dejen todo desordenado, luego la servidumbre empieza con los rumores —dijo. Por unos instantes, mientras se iba por una puerta del fondo de la sala, sentí que regresó a verme, pero tal vez solo fuera mi imaginación.

—Bien —dijo el joven, extendiéndome la bata —, cámbiate por favor.

Tomé la ropa con ambas manos y de forma natural pregunté:

—¿En dónde puedo cambiarme?

Tanto la señora y el joven rieron levemente. No entendía si lo que dije fue gracioso, por lo que aguardé a la espera de su respuesta.

—¿Cómo que en donde? —dijo el joven, aún con la risa en el rostro y sentándose alado de la señora —. Aquí, por supuesto y hazlo rápido.

III

Mi mente intentaba encontrar sentido a las palabras del joven, por lo que no dije nada y tampoco daba la impresión de que me movería o haría algo. La irritación en su rostro empezó a dibujarse ante mi poca falta de receptividad.

—Creo que fui claro, ¿verdad mamá? —dijo, y regresó a ver a la señora. Ella había dejado de mirarme desde que se sentó y tomó una revista de la mesita. Como si no quisiera verse envuelta en el asunto, la señora asentó rápidamente.

—¿Ves? —dijo. Volteó su mirada hacia mí y dio una indicación con su mano para que me apresurara.

Apreté la ropa contra mí aún sin saber qué hacer. Empecé a mirar a todos lados, y al notar que la impaciencia del joven subía por el constante golpeteo de su pie contra la alfombra, caminé hasta colocarme entre los percheros que alcanzaban a cubrir una parte de mi cuerpo.

Parecía que el joven quería decir algo, pero decidió esperar. Dejé la bata encima de uno de los percheros y empecé a desabotonar mi vestido. Luego, saqué mis brazos por el cuello y fui tirando el vestido hacia abajo hasta que cayó al piso, quedándome solo con una camiseta y ropa interior. En todo ese proceso, él no me había quitado la mirada; se notaba el disgusto en sus ojos, por lo que sentí que mis acciones se relentecían. Al tomar la bata para terminar lo más pronto con esta situación, él se levantó de golpe, a lo que respondí con un pequeño salto y manteniéndolo en mi campo de visión. Caminó hasta ponerse en la entrada de la sala, detrás de mí, donde los percheros no me cubrían en absoluto. Se apoyó en el filo de la entrada y cruzó los brazos. En un acto reflejo me cubrí con la bata lo que más pude.

—Lo único que vas a necesitar es la bata, todo lo demás no sirve —dijo. Lo único que hice fue asentir, pensé que se refería al vestido por lo que, con mis brazos temblando arremangué la bata y la puse sobre mi cabeza.

—¡No, no! —dijo irritado y acercándose a mí para tomarme del brazo— ¿Estás sorda? Dije que solo necesitas la bata, lo demás no sirve.

El apretón caliente de sus dedos provocó que mi estómago se revolviera, haciéndome pensar que algo me había caído mal y que, si no me controlaba vomitaría. Retiró su mano y se mantuvo mirándome con atención. Dejé la bata nuevamente sobre

uno de los percheros. Dirigí la mirada a la señora, quien acercó más la revista a su rostro. No tenía opción.

Mi corazón me golpeaba cada vez más fuerte, mi respiración se intensificó por lo que sentí que mis pulmones luchaban para absorber todo el aire que podían. Al poner las manos en los filos de la camiseta, unas lágrimas cayeron en la tela dejando charcos de humedad que se intensificaban cuando intentaba mover las manos. En ese instante, y a pesar de que mi cuerpo sentía la derrota, el instinto me obligó a tomar un camino que no había tenido en cuenta. Tan rápido como pude, me giré para darle la espalda, saqué la camiseta de un tirón dejándola caer al piso; tomé la bata, y me la puse sobre la cabeza, metiendo ambas mangas y estirándola hasta las rodillas. Cuando él estaba a punto de reclamar, metí las manos por debajo de la bata para sacar la ropa interior y dejarla alado de mis pies.

Al terminar, mi jadeo era intenso, sentía que había corrido horas sin parar, sin tomar agua, apenas sintiendo el aire. De un fuerte tirón, me tomó del brazo y me haló hacia él. Levanté la mirada, hasta ese momento no había notado que era mucho más alto y grande. Ese vacío que sentí antes en sus ojos seguía, pero ahora tenía algo que lo había intensificado. Era como una luz, pero no de esas que te cegaban de golpe, era como si algo la fuera tapando por partes, tomándose su tiempo hasta lograr la oscuridad más profunda que pudiera existir.

—Es necesario enseñarte algunas reglas—. Me sacó al corredor y sin soltarme, se dirigió a la señora—. Mamá, voy a subir para enseñarle a mi nueva hermanita su habitación.

Su tono de voz era otro, sin la seriedad ni la voz de mando de antes; se volvía tranquila, suave y pausada.

—Está bien hijito, si necesitas algo me avisas.

Asomé la cabeza para encontrar el rostro de la señora. Cruzamos miradas brevemente, ella apartó la suya fingiendo no verme, muy similar al gesto del señor cuando salió de la sala. Él apretaba su mano cada vez más fuerte, por lo que tuve que morderme el labio para no gritar, ya que sentía el dolor palpitar hasta en la punta de mis dedos.

Con un andar rápido se dirigió a las escaleras, mis pies se chocaban entre sí, dejando atrás las pantuflas. No podía subir bien cada peldaño, por lo que me dejaba arrastrar por el miedo a que, en un mal movimiento, me rompiera el brazo. En cada subida, la claridad de la sala se iba apagando, así como mis fuerzas y las ganas que tenía mi cuerpo de huir. La impotencia que se acumulaba en mi garganta me destrozaba más que mi brazo comprimido, porque sabía que, aunque gritara, nadie me escucharía.

Mientras corría el bosque pasaba a su lado a una gran velocidad, hasta el punto de distorsionarse en manchas negras, verdes y blancas. Sin embargo, su perspectiva era de una cámara lenta que le daba el tiempo necesario para apreciar cada detalle del bosque. Con los brazos moviéndose de adelante hacia atrás para mantener el impulso y unas piernas que ya no daban la sensación de caerse a pedazos, Dalia siente que, en cada respiración, en cada retumbar de su corazón que parece salirse del pecho y en cada pisada sobre la tierra, se une en cuerpo y alma al bosque, como si este le reclamara algo para permitirle el paso.

Por el rabillo del ojo se fija en las ramas y hojas de la maleza que le ofrecen a su cuerpo un tacto contradictorio: las ramas finas y bastantes flacas le rasguñan los brazos y las piernas, mientras que las hojas con sus nervaduras frías pero suaves alivian las heridas momentáneamente acariciándolas. Aunque esta era la sensación general de Dalia, se percata que en ciertas zonas las hojas, al verse más suaves y delicadas, se convertían en cuchillas diminutas que se clavaban en la piel para aferrarse sin descanso. Cuando eso ocurría, las ramas eran frágiles, se rompían al tacto sin siquiera dejar una punta potencialmente peligrosa como recordatorio para el próximo que se atreviera a dañarla.

Al momento que la maleza empezaba a ser más alta, convirtiéndose en un mar verde que complicaba su andar, Dalia decidió acelerar por el temor a ser alcanzada por el fuego. De repente, en una de sus pisadas y por la falta de visibilidad, una raíz que sobresalía le corta el paso. Dalia cae sobre sus rodillas sin posibilidad alguna de que el acto reflejo de poner las manos despertara.

El bosque regresaba a su silencio habitual. En la cima de los árboles las sombras de las aves se perdían en el color de las hojas. El sol había dejado de esparcir su calor, las copas de los árboles lo bloqueaban a manera de paraguas por lo que el viento resultaba refrescante y ligero. En la maleza no se veía nada ni a nadie, las plantas cumplieron su cometido: engullir al visitante no deseado para demostrarle que no cualquiera era capaz de pisarlas, de atravesarlas.

Dalia quedó tendida en la tierra con medio rostro sumergido en una parte fangosa. Inmóvil y sin querer ponerse en pie, el único movimiento que se veía era el de sus pulmones en un lento arriba y abajo, como si estuviera durmiendo. Con su ojo derecho miró hacia delante y pareció perderse nuevamente en algo; esta vez no eran los cuervos,

sino una oruga amarilla minúscula con puntos negros, que se arrastraba por el saliente de una hoja.

El andar de la oruga era pausado, procuraba mover sus patas en orden, de adelante hacia atrás para generar el empuje necesario y continuar. Al llegar al filo de la hoja, fijó el resto de su cuerpo para alimentarse con pequeños mordiscos. Cuando la superficie comenzaba a escasear, la oruga pacientemente se detenía, daba media vuelta y buscaba nuevamente una superficie segura para continuar comiendo. Dalia alzó la cabeza, y de a poco utilizó sus brazos para levantarse, pero la fuerza le falló y terminó apoyada en sus manos.

Con solo medio cuerpo en alto Dalia se arrastraba hasta la oruga. Una vez que se encontraba a centímetros del pequeño animal, deposita su peso en su brazo izquierdo, para limpiarse el barro que cubría la parte izquierda de su rostro. Al pasar la mano por el ojo un cimbrón invadió su cara; esa zona, principalmente el párpado, había sufrido lo peor de la caída y se estaba hinchando. Dalia trataba de abrir su ojo, pero el párpado que había tomado un tono violáceo reducía su visión de manera notable. Hace algún tiempo, alguien le había dicho que las orugas no tenían buena vista, por lo que usaban sus antenas para orientarse en el espacio.

Después de limpiarse el rostro lo mejor que pudo, cambió el peso al otro lado de su cuerpo y con su dedo índice, se acercó despacio a la oruga. Todavía estaba muy concentrada en su labor de alimentarse, hasta que la yema del dedo rozó el inicio de sus antenas. La oruga se detiene, alza parte de su cuerpo hacia ese objeto extraño y sin más interés gira para irse. Daba la impresión de que el pequeño cuerpo de la oruga se movía lo más rápido posible para alejarse del intruso.

Dalia pasó con delicadeza la yema del dedo sobre la joroba de la oruga; era sedosa, hasta parecía tener pelillos microscópicos que la hacían sentir más suave. Dalia retiró el dedo y ahora era su mano la que hacía sombra a la oruga, lista para atraparla. Si lo hubiera querido, el tomar a la oruga y aplastarla para terminar con su vida que de todas formas duraría poco, no se volvía una tarea complicada. El bosque era enorme y la oruga era seguramente uno de los animales más pequeños con pocas probabilidades de sobrevivir al día. Si ella no hubiera caído, tal vez terminaba pisándola y su encuentro nunca se habría dado.

Dalia retira la mano, la oruga llega al tallo de la planta y empieza una ardua tarea de cambiarse de hoja. Cuando estaba dispuesta a levantarse de nuevo, giró la cabeza hacia la izquierda por un leve movimiento en una rama, se percata de la existencia de varios

capullos de mariposa y uno de ellos se estaba rompiendo. Recogió sus piernas con una mueca de dolor y logró sentarse. Sus rodillas están completamente magulladas; su bata que era blanca había cambiado de color a un gris verdoso; tenía múltiples cortes tanto en las zonas que no cubría la bata como en las que la tela se había rasgado.

Pasó sus manos con la intención de limpiarse, pero de nada sirvió, a lo mucho logró retirar algunas ramitas y piedritas que estaban incrustadas en sus rodillas y que aliviaba en algo el dolor. Cuando Dalia regresó a ver al capullo la mitad de dos alas anaranjadas emergían del cascarón. Las alas tenían una especie de barniz que hacía brillar su color y los diseños en negro que aparecían desde los bordes y atravesaban su centro. Al principio de las alas, un cuerpo de colores negros con puntos blancos sale de la seguridad del capullo empujándose con sus seis patas. El pequeño insecto se aferraba con dos pinzas en cada una de sus patas al capullo vacío. Todavía somnoliento abre y cierra las alas con el objetivo de reconocer esa nueva parte de sí mismo y entender su función. Dalia repite el acercamiento inicial con la oruga, pero a diferencia de la primera, que respondió al dedo de Dalia una vez que su cercanía era evidente, la segunda no lo esperó.

La mariposa se soltó del capullo, cae en picada y de cabeza, pero con un rápido movimiento estabiliza su cuerpo con ayuda de las alas y se eleva para pararse imponente en el dedo de Dalia. La sensación de los pinchos de las patas se notaba a penas entre las cicatrices y las ampollas de los dedos, que habían construido una capa de piel dura y reseca. Dalia, con cuidado de no asustar a la mariposa, la acercó a su ojo derecho. Parece que la mariposa la mira con suma atención y apunta las antenas hacia ella. Dalia, que no había reparado en la mirada intensa de la mariposa, explora los detalles de las alas con minucia. Quiere tocar las alas para comprobar que ese color tan intenso estuviera seco y que no mancharía sus dedos, pero si lo hacía la mariposa emprendería el vuelo.

Una vez tuvo la oportunidad de tomar en sus manos una mariposa muerta. Al acariciar sus alas notó que estaban rígidas a pesar de ser extremadamente delgadas. Sus colores no eran tan llamativos o al menos ese brillo característico había desaparecido. Al rozar la yema por los pinchos de las patas, estos habían perdido su fuerza, pareciéndose al tacto de simples pelillos.

En efecto, al acercar su otra mano la mariposa no tardó en emprender el vuelo. Dalia alzó a verla y las lágrimas que empezaban a salir, se resbalan por las mejillas llevándose algo de la tierra pegada en el rostro. Cuanto más era la distancia de la mariposa, las lágrimas se iban transformando en una cascada sin intención de detenerse.

Esta vez, el llanto se mantenía así, silencioso, al compás del tempo del bosque con sollozos que el viento se llevaba a penas los árboles empezaban a moverse. Hasta en un ser tan pequeño el peso de la vida hacía la diferencia, lo que recorría en su interior, en esas membranas tan finas, no era solo sangre, ni mucho menos un simple impulso nervioso; qué era lo que la impulsa a volar, se preguntaba Dalia, cómo llegaba *eso* a un cuerpo tan diminuto y frágil. Cuando ya no pudo ver a la mariposa, Dalia se apoyó en sus piernas y con dificultad se levantó. Con ambas manos se limpia las lágrimas de las mejillas y con mucha precaución da un paso hacia delante.

Tercera parte: Dalia y Fausto

I

Tener los ojos vendados hacía que mis otros sentidos se agudizaran, aún así, lo que menos deseaba sentir en ese momento era el tacto. Mi piel estaba al rojo vivo, la sentía quemándose tanto por dentro como por fuera. Los cortes que se rozaban con la bata me obligaban a quedar inmóvil para detener el ardor; sin embargo, él me empujaba para que caminara, por lo que percibía la hinchazón de cada herida palpitando a destiempo, una más intensa que la otra. En cada empujón, también sentía que la bata se humedecía para pegarse en las heridas.

En varias ocasiones corrí el riesgo de caer en las escaleras, a pesar de haberme sostenido al pasamanos con ambas manos. Al llegar al último peldaño, él me dirigió hacia la izquierda, donde mis pies sintieron el cambio de un piso de madera a uno alfombrado; parecía que estábamos en la sala, pero por el giro que dimos entendí que era el ala contraria, aquella que no había tenido oportunidad de ver desde que llegué a la casa.

Cada vez que dudaba a dar el paso el empujón era más tosco, si perdía el equilibrio y caía, él esperaba a que me levantara y me daba otro empujón más suave hacia la dirección que debía tomar; cuando debía detenerme jalaba de mi cabello y para reiniciar la marcha ponía su mano completa en mi espalda para impulsarme despacio. Estas eran las señales que logré entender después de varios tropiezos, golpes contra los muebles y caídas. Por lo general, nos manteníamos en el segundo piso, pero esta era la primera vez que bajaba, por lo que celebré en mi fuero interno el no haberme caído.

Minutos después de caminar un buen tramo, el piso alfombrado cambió al de madera nuevamente, creí estar otra vez en algún pasillo, pero al dar unos cuantos pasos la sensación de la piedra fría se fijó en mis dedos. Caminaba con los brazos a la altura de mi cuerpo, porque tampoco me permitía alzarlos para medir la distancia entre las cosas. En el segundo piso, tenía la noción de donde estaban las habitaciones, las mesas, las sillas, lo que me ayudaba a no sufrir golpes innecesarios, pero aquí me fue imposible evitar el golpe de lleno a mi estómago y mi pie derecho contra el filo y la pata de una mesa pesada. Me doblé sobre la mesa usándola de soporte, porque el impacto se llevó la bocanada de aire que mi cuerpo estaba procesando. El cimbrón del pie, que subía por los huesos y músculos de la pierna, no hacía más que forzar el límite del dolor que ya tenía medido

por el resto de las heridas. De a poco fui enderezando el cuerpo; el peso de dos de sus dedos cayó sobre mi hombro como señal para que me diera prisa. Sin asentar del todo el pie herido avancé por uno de los laterales de la mesa; de repente, sus manos tomaron mis brazos, me giró hacia la derecha y continuó con el empujón habitual en la espalda para que siguiera. El empujón hizo que asentara el pie herido, se me escapó un pequeño quejido que recibió como respuesta una risita burlona.

A pocos pasos la brisa llegó a mi rostro. El olor a hierba inundó mi nariz y relajó mi garganta del aire viciado de la casa. El canto de los pájaros y el sonido de los insectos llegaron a mis oídos para interrumpir el zumbido que imitaba el palpar del corazón. Estábamos saliendo de la casa. El cambio de la roca fría a la tierra, y después a la hierba que hacía cosquillas dibujó una sonrisa en mi rostro. A mi mente vino la loca idea de sacarme la venda y correr, pero el dolor constante me hizo volver a la realidad: cómo iba a correr con el pie así; además, la misma pierna tenía un tajo enorme que todavía no cerraba; a dónde correría si no tenía idea del lugar; cuando me alcanzara el castigo sería peor. Suspiré y solo disfruté de cada pisada en la hierba como si fuera la última.

En el instante en que mi pie sintió la tierra desaceleré el paso y esperé a que en cualquier momento me detuviera. Dicho y hecho, sentí el jalón de mi cabello y a él adelantándose por mi izquierda. Escuché que lidiaba con algo de metal, para después oír un “click” y un rechinar agudo, al parecer había abierto una puerta. De nuevo sentí su presencia detrás de mí y antes de que pusiera su mano en mi espalda me adelanté; eran pocas las oportunidades que tenía para evitar ese contacto, y por muy extraño que pareciera eso no lo enfadaba.

Mi pie sintió el cambio de piso a uno de piedra, pero este era distinto, era más resbaladizo. Cuando estaba a punto de dar el paso, él haló de mi cabello; me detuve en seguida y esperé a que hiciera algo, pero solo sentía su presencia hacerse más grande por la impaciencia. No entendía lo que quería que hiciera, sabía que debía avanzar, pero por qué me detenía otra vez. Utilicé la superficie de la piedra y resbalé despacio el pie, entendí que mis dedos no alcanzaban ningún apoyo. Era una grada. Con mis manos busqué a ambos lados un pasamanos, pero no había ninguno, por lo que apoyé mi cuerpo a la pared de la derecha y bajé con cuidado. Tuve que tolerar el dolor de plantar por completo el pie malo porque sin esa seguridad era probable que me resbalara y cayera.

Al pisar agua me detuve porque si ya era peligroso bajar en piedras resbaladizas, el agua lo volvía peor. Al parecer mi parada imprevista no le agradó, porque recibí el empujón más fuerte para seguir avanzado. Me vi cayendo al vacío, mi pie avanzó

convencido de que no encontraría nada. Para mi tranquilidad el piso estaba ahí, recto, por lo que entendía que las gradas habían terminado.

Con un poco más de seguridad continué avanzando sobre las piedras mojadas. El ambiente se volvía húmedo, por el descenso sentí que estábamos bajo tierra. La caminata no duró mucho, sentí un jalón en mi cabello y a él adelantarse nuevamente. Escuché el chirrido del metal, el “click” similar a la de la puerta anterior y su presencia moviéndose por varios lugares. Sus pisadas sobre el agua me daban una idea de a qué distancia se encontraba, pero llegó un momento en que dejé de escucharlo y un silencio rotundo cayó a mi alrededor. ¿Se había ido? Decidí arriesgarme y retirar la venda. En un principio no sirvió de nada porque estaba igual de oscuro, hasta que alcancé a ver una pequeña ventana muy cerca del techo. Cuando caminaba hacia su dirección, el estruendo del metal me hizo dar un salto. Al regresar a ver, me topé con unas barras gruesas de metal y el “click”. Un par de segundos me bastó para entender que estaba en una celda. La luz de una linterna se encendió y me apuntó de golpe por lo que cerré los ojos de inmediato.

—Los niños que se portan mal son castigados —su voz rebotaba en las paredes, produciendo eco— y el castigo siempre viene bien para que piensen en lo que hicieron. Apagó la luz y abrí mis ojos despacio. Escuchaba sus pisadas alejarse.

—¡Ah! —dijo. Las pisadas se acercaron nuevamente a toda velocidad— casi lo olvido. Tiró algo por entre los barrotes que cayó cerca de mis pies. Los pasos volvieron a escucharse lejanos hasta que el silencio inundó el ambiente. Al entender que no volvería, me hincé para recoger lo que había tirado; era algo rectangular y duro, con algo más fino en el centro. Me acerqué lo que más pude a la escasa luz para tratar de ver lo que era. Mis ojos se abrieron como platos al mirar que el libro del cuervo, con su tapa blanca y reluciente y sus hojas beige, estaba destruido. Apegada a la pared abracé el libro. Las lágrimas empezaron a salir y el llanto explotó el silencio. Me fui resbalando por la pared hasta quedar sentada en el piso y terminar hecha un ovillo para proteger con mi cuerpo lo que quedaba del libro.

II

Me encontraba en la cama con las piernas recogidas y mirando por la ventana. La mayor parte del día, el cielo se mantenía azul y con un sol radiante, sin la presencia de ninguna nube. Durante la noche, el cielo también se encontraba despejado, por lo que las estrellas brillaban con una intensidad distinta a como las había apreciado en la ciudad, más naturales y vivas. Contemplar este paisaje, a pesar de que cada día era exactamente el mismo, me tranquilizaba ante la idea de estar días encerrada en la habitación y que la comida llegara a la puerta de vez en cuando.

La inmensidad de lo que había fuera, el mundo que seguía moviéndose, dejaba en mí una pequeña esperanza de que, llegaría el día en que escaparía de este lugar, correría sin detenerme ni siquiera para regresar a ver atrás. Un suspiro pesado salió de mi pecho, al pasar por la garganta comenzó a arder. Llevé mi mano derecha al cuello para intentar calmar la sensación y olvidé la quemadura reciente en mi brazo, por lo que hice una mueca de dolor. Arremangué la bata para que la tela no rozara la herida y regresé a ver a la puerta, en cualquier momento él entraría y me diría que oculte las heridas cada vez que estuviese presente; mi cuerpo se estremeció, aún así parecía que, por ahora, podría estar tranquila.

Aunque ya lo había intentado la primera vez que llegué a la habitación, volví a buscar alguna palanca o algo similar que abriera la ventana, deseaba recibir algo de aire, pero de nuevo mi intento fue en vano. Me senté al filo de la cama, y ya sin saber qué más hacer, miré cada cosa que había en la habitación para olvidar el dolor de la quemadura.

Era la primera vez que tenía una habitación tan grande y para mi sola, el sentirme más pequeña de lo normal entre unas paredes altísimas, no hacía más que fijar en mi mente la idea de un hueco o un vacío, que crecía en el medio de mi cuerpo para tragarme en cuanto menos lo esperara. A mi izquierda había un armario vacío y a la derecha una mesa con una silla. Me puse en pie y caminé hacia el armario. Era de madera blanca, por lo que contrastaba con el estilo de madera caoba de la habitación. Abrí una de las puertas y lo examiné nuevamente. Del tubo colgaba un armador solitario. En la parte de abajo, a la altura de mi cadera, había cuatro cajones que ocupaban la mitad del armario y en la otra mitad una zapatera. Abrí uno por uno los cajones, para ver el ya conocido papel blanco, que protegía la madera de cualquier rayón o mancha. Pasé mis dedos por cada uno de los papeles sedosos y finos, para luego ir cerrando los cajones. La zapatera tenía

unos alambres curvados en fila; en cada par de alambres existía un espacio de separación para evitar el roce de los zapatos.

Di otra mirada al interior del armario y por impulso, me senté sobre los cajones con cara hacia las puertas y abrazando mis rodillas. Desde ahí, la cama y la mesa se veían lejanas, extrañas, como si ellas pertenecieran a un mundo distinto del armario. Aquí me sentía más cómoda, en este lugar cerrado y poco espacioso, tal vez porque todo estaba a mi alcance, solo tenía que estirarme para tocar el otro lado del armario. Si dedicaba tiempo, sería capaz de leer todos los detalles de la madera del armario: los cambios de color, la aspereza de sus filos, algún error en la pintura, si en efecto era nuevo o tenía alguna raya que me indicara que estaba gastado; no resultaría difícil descifrarlo por completo porque estaría al alcance, todas sus partes estarían al alcance de mis manos y no cambiarían, eso era lo más importante, se mantendría estático, fijo, sin alteraciones, creo que también era eso lo que me tranquilizaba. Podía volver allí las veces que quisiera y todo sería lo mismo.

Cuando alargaba la mano para cerrar la puerta y quedarme un tiempo en el interior del armario, escuché pasos que venían desde las gradas. Mi corazón empezó a latir apresuradamente, salté del armario, cerré las puertas sin hacer ruido y corrí para sentarme en la silla de espaldas a la puerta. A él no le gustaba que lo recibiera viéndolo, por eso tenía que esperar así, con la vista a la pared, hasta que la venda cubriera mis ojos.

Tocó la puerta y no supe cómo reaccionar. ¿Era un nuevo juego?, ¿tenía que abrir o esperar?, ¿qué tenía que hacer? Me encogí en la silla con las manos en puño sobre mi falda. Escuché que la puerta se abría lentamente. Por unos instantes mantuve la respiración, mientras que los latidos de mi corazón resonaban por toda la habitación.

—Disculpa, ¿puedo pasar? —. Era una voz suave y calmada.

Voltee a ver, él no había entrado, pero mantenía la puerta entreabierta. Abrí mi boca, pero tenía la garganta seca y contraída. Pasaron unos segundos y al ver que no le respondía asomó con recelo la cabeza. Cuando fijó la mirada en mí, me sonrió, abrió por completo la puerta y esperó.

—Perdona si llegué en un mal momento, pero ¿puedo pasar? —preguntó nuevamente.

Era alto y delgado. Vestía un pantalón color beige y un suéter azul oscuro ligero, con unos zapatos casuales negros. Llevaba una bata blanca y en su mano derecha un maletín de cuero. Su cabello era un poco largo y lacio, parecía que lo tenía recogido por detrás. Su piel tenía una tonalidad café clara, sus rasgos eran finos, a excepción de su nariz que tenía una pequeña desviación hacia la derecha. Los lentes redondos acentuaban

más sus ojos grandes y de color café. Su sonrisa no era como la de ellos, calculada y con intenciones; me transmitía una especie de confianza que me parecía rara encontrar en este lugar.

Como no apartaba la mirada de él, empezó a moverse algo nervioso, recordé que no le había contestado, por lo que asenté con la cabeza. Él inclinó la cabeza también, parecía que pedía permiso para entrar y se acercó a mí. Me quedé quieta y esperé que en cualquier momento se quebrara esa sensación de calidez que transmitía, para mostrarme que seguía en la misma realidad de siempre, pero en su lugar puso el maletín en la mesa y, mientras lo abría, se presentaba:

—Mi nombre es Walter, soy médico, y he venido para ver cómo estás —. Trató de sonreír, pero al descubrir la quemadura en mi brazo, su cara se puso seria y hasta un tanto preocupada. Al ver que su mirada se detenía en mi brazo comencé a bajar la manga para cubrirla.

—¡No! —alzó la voz, y mi cuerpo se tensionó.

Él extendió sus manos para detenerme y yo cerré los ojos mientras mi cuerpo empezaba a temblar. Esperé, pero no pasó nada. Abrí mis ojos lentamente. Parecía que él estaba más nervioso que yo, inclusive me pareció ver culpa en sus ojos, pero ¿por qué?, yo era la que había reaccionado mal.

—Perdón —. Él no sabía cómo actuar. Con gestos un tanto temblorosos sacaba los implementos de su maletín. Tomó una gran bocanada de aire, me miró a los ojos y continuó.

—Perdón, no debí alzar la voz, solo quería decirte que no bajes la manga porque la herida puede infectarse...más de lo que ya está —titubeó. Lo miré extrañada. Oh, era eso. Sentía que mi cuerpo se relajaba.

—Entonces vas a curarme —dije, con una voz baja y ronca. Los ojos le brillaron al escucharme y asentó rápidamente. La incomodidad de hace pocos segundos parecía diluirse en el aire.

—Exactamente ¿puedo? —dijo y esperó a que asintiera para seguir.

De manera delicada deslizó una mano por debajo de mi brazo y lo alzó levemente para observar mejor las ampollas formadas hace algunos días. Con su otra mano, tomó mi muñeca para evitar que mi mano quedara colgando. Sus dedos, aparte de que estaban fríos, eran finos y largos, a diferencia de los él que eran grandes y ásperos, y que siempre estaban hirviendo. Cuando terminó de examinarme y antes de asentar mi brazo nuevamente en la mesa, deslizó un paño blanco por debajo.

—La herida no es muy grave, pero no está muy limpia —se puso unos guantes azules y sacó del maletín un frasco ámbar de vidrio y unas gazas—. Hay que frotar un poco fuerte para eliminar algunas ampollas infectadas y es probable que duela —me miró preocupado.

—Está bien —dije, de manera inmediata. Walter cambió su expresión a una de sorpresa. Al parecer, en mi rostro no veía reflejado miedo o recelo —. Estoy acostumbrada —agregué, al ver que no se movía.

Walter pestañeó varias veces en el intento de procesar mis palabras. Tomó el frasco y lo abrió, mientras lo hacía me dijo que era un desinfectante y que no ardería, más bien sentiría un frío que calmaría la hinchazón. Cuando mojó una de las gazas y la llevaba a mi brazo recordé que no le había dicho mi nombre.

—Soy Dalia —solté, y Walter se detuvo en seco.

—Perdóname, olvidé que no te pregunté cuál era tu nombre y solo me puse a trabajar —dijo, con algo de torpeza en la voz y un tono de vergüenza. Parecía sincero y también se disculpaba mucho.

—Está bien —suspiré—. Como me dijiste el tuyo, me pareció que debía decirte el mío —. Walter dejó escapar una risita nerviosa y al ver que lo miraba un tanto confundida, carraspeó y continuó con el procedimiento.

—¿Lista? —dijo. Asentí.

La limpieza se sentía bien, y el frío, que iba cubriendo poco a poco la herida, realmente me reconfortaba. A pesar de que Walter estaba concentrado en lo que hacía, sentía que de vez en cuando regresaba a verme para ver si no me molestaba. Por instantes cruzábamos miradas, pero él la desviaba inmediatamente. Parecía que su nerviosismo del comienzo seguía presente y la verdad no entendía el por qué.

—Listo —dijo. Dejó la gaza usada en una bandeja—. Ahora viene la peor parte, por decirlo de algún modo —. Con su mano me indicó dos ampollas que no tenían un color muy agradable—. Necesito cortar estas dos porque están infectadas. Luego, voy a aplastar para que salga el líquido. Si duele mucho, por favor, avísame, en ese momento paramos.

—¿No sería mejor que lo hagas de una sola? —pregunté.

—Técnicamente sí, pero como te dije, puede llegar a doler mucho.

—Estoy acostumbrada al dolor —repetí—, no creo que sea peor a cuando me hizo la quemadura.

Walter endureció la mirada. Su mandíbula se tensionaba y aflojaba, como si estuviera buscando las palabras adecuadas. Si bien ese cambio no duró mucho, estaba claro que el disgusto no estaba dirigido hacia mí y que le costaba decirlo o quizá admitirlo.

Tomó una gran bocanada de aire para ir la soltando por la nariz. De su maletín sacó una cuchilla pequeña. Instantáneamente sentí cómo mi brazo se tensionaba y mi mirada se fijaba en el filo de la cuchilla. Cuando asentó su mano sobre la mía para tener soporte y evitar que me moviera se percató de la tensión. Regresó a verme y siguió la dirección de mi mirada que iba a la cuchilla.

—¿Estás bien? —dijo. Sus palabras rompieron mi concentración.

—Sí, solo me estoy preparando, tú sigue —. Por la posición un tanto floja de sus dedos en la cuchilla, vi que un ligero temblor se le escapaba. Sin embargo, segundos después, apretó los dedos con firmeza y a la cuenta de tres, hundió la cuchilla en la primera ampolla.

El corte fue lo de menos; lo que sí me costó tolerar fue la presión para sacar el líquido. Mientras el líquido amarillento y de mal olor salía, hacía un esfuerzo para no cerrar los ojos. Tenía que verlo porque si cerraba los ojos sabía que dolería más. Hacer eso me había funcionado en otras ocasiones. Si no perdía de vista lo que me estaba molestando o causando algo, era más sencillo soportarlo; pero al momento en que lo perdía de vista, el miedo, la desesperación, me ganaban. Simplemente no podía.

Al terminar con la primera ampolla, Walter dijo que tomáramos un pequeño descanso, a lo que me negué, diciéndole que continuara. Me miró a los ojos, dudó por unos segundos, pero terminó por no contradecirme y seguir. El sudor frío bajaba por mis sienes, sentía la sangre acumularse en mi mandíbula por la presión, aún así, aguanté de mejor manera el segundo procedimiento.

El dolor era el mismo cuando se lo experimentaba una y otra vez, solo su intensidad variaba. Cuando entendía que no había nada nuevo en él, que vendría como siempre, lento en sus primeros momentos, aquellos que durarían menos de un segundo, y después el pico, una oleada incontrolable que iba rompiendo la tolerancia hasta ponerla a prueba y terminar en una línea recta, lograba procesarlo. Si bien los picos podían volver, ya no eran tan intensos como el primero. El cuerpo se adaptaba, y si lograba comparar el dolor de ese instante con otros del pasado, la tarea se volvía más fácil.

La tensión abandonaba mi cuerpo. Walter había terminado y ahora untaba una crema calmante sobre la herida. Procedió a vendarla y me preguntó si no estaba muy

apretada, a lo que respondí que no. Al mover de nuevo el brazo lo sentía más delgado, más ligero.

—Es importante que puedas cambiar el vendaje mañana y tomar los antiinflamatorios y calmantes para el dolor que te voy a dejar —dijo Walter, mientras sacaba una bolsita de papel de su maletín.

—¿No me va a quitar esto? —dije. Tomé la bolsa en mis manos y la dejé en mi falda. Un tanto pensativo Walter regreso a ver a la puerta. Su ceño se frunció, pero de inmediato, al poner la mirada en mí nuevamente, me sonrió.

—No, no lo harán, no te preocupes por eso.

Empezó a guardar sus cosas, dejó lo usado en una bolsita roja que no guardó en su maletín, llevándola en su otra mano. Cuando caminó hacia la puerta, yo me levanté con la bolsa de medicamentos en ambas manos. Su espalda se veía encorvada, su caminar me pareció que era más lento, como si arrastrara los pies por llevar un peso descomunal que no le dejaba moverse libremente. Antes de salir, volteó a mirarme con la misma sonrisa de hace unos minutos.

—Eres fuerte Dalia. No lo olvides —lo dijo casi en un susurro y cerró la puerta.

III

Cada quince días o cada mes, Walter volvía a mi habitación para revisar mis heridas antiguas o también curar las nuevas. Según la gravedad, utilizaba distintos instrumentos, por lo que no escatimaba en recursos que estuvieran a su alcance. Todas las bolsas de medicamentos que dejaba, las guardaba en el fondo de uno de los cajones del armario. Lo normal hubiera sido tirarlas, pero esas bolsas se convirtieron en una compañía amena cuando entraba en el armario. Al pasar mi mano sobre ellas una y otra vez intentaba mantenerlas lisas, dejándolas como si fueran nuevas para que no perdieran su valor. La mayoría eran medianas, pero tenía una en especial que era muy pequeña; esa vez Walter solo me recetó tres tabletas de pastillas.

La bolsita era del tamaño de mi mano, y como las pastillas no habían hecho un bulto excesivo, se mantenía en mejor forma que las otras bolsas. Al abrirla y mirar su interior, entendía lo frágil que era porque, al sostenerla, veía a través de ella la sombra de mis dedos. También me fijé que, tanto arriba como en su parte baja, sus bordes eran dentados, por lo que, al pesar la yema de mis dedos, sentía la rugosidad en comparación de lo plano en sus dos caras. Esta bolsita la guardaba en una de las bolsas medianas, una que no estuviera tan arrugada, para evitar que se estropeará o rompiera.

Me daba la impresión de que las bolsas medianas eran más resistentes, quizá porque podían llevar más cosas y de tamaños diferentes. En cambio, el uso de la pequeña era limitado; a parte de las pastillas, qué más se podría guardar. Esferos, lápices, borradores, botones, agujas, hilos, clavos... Qué te parece el bigote de un gato-la pluma de un pájaro-la uña de un animal-las hojas de los árboles-un trébol de cuatro hojas-un pedazo de lana o... Me reí. Esas cosas son extrañas dije, pero estamos pensando en todo lo que entra en la bolsita hasta un libro podría entrar, los libros son muy grandes, no todos los libros son grandes hay algunos tan *diminiutos* como el pulgar, nunca he visto uno, si te lo imaginas de seguro existe uno nada es real nada es fantasía todo es *fantalidad*, qué es eso, qué es que, lo que dijiste, *fantalidad* es *fantalidad* eso somos todos ni lo uno ni lo otro. No quise entrar en detalles y retomé lo de la bolsita. Bueno y qué otra cosa puede entrar en la bolsita, los huesitos de un animalito, ¡no! eso no, y por qué no, para qué necesitaría los huesitos, para qué *no* necesitarías los huesitos. Me quedé pensativa. Todo lo que esté en la *fantalidad* puedes guardarlo y sacarlo y guardarlo como un mago, los magos sacan palomas de sus sombreros, y también cuervos, no lo sabía, por qué no lo

sacas y lo leemos, pero ya lo hemos leído mil veces además es de día si lo ven no sé que pueda pasar, bueno en eso tienes razón.

Al pestañear repetidas veces, comprendí que estaba dentro del armario con las bolsas en mis piernas. Una por una las fui revisando para saber en cual había dejado la bolsita. Con un suspiro de alivio la encontré en la cuarta bolsa. Permanecí unos minutos más en la misma posición, con la cabeza apoyada en el fondo del armario y con la mirada en el armador solitario.

En los últimos días había estado tranquila porque me encontraba en plena recuperación de la última herida. Llevé mi mano a la garganta, ya no molestaba tanto gracias al vendaje de Walter y los antiinflamatorios, pero todavía me costaba hablar. Cuando la voz salía, de inmediato un ardor la acompañaba, provocando que hablara más bajo de lo normal. Walter dijo que tardaría una semana más en que mis cuerdas vocales sanaran.

Tomé las bolsas y con cuidado salí del armario. Me hincé para abrir el tercer cajón y guardarlas al fondo, por debajo del papel. Al ponerme en pie, me encaminé a la puerta y acerqué uno de mis oídos; no escuchaba a nadie en los pasillos, respiré profundo repetidas veces, me acerqué de nuevo al armario y decidida, entré por el espacio de la zapatera. Por detrás de los cajones había una delgada separación entre la pared del armario y el mueble. Metí mis dedos para alcanzar el lomo del libro y sacarlo con cuidado de que no se raspara. Era un libro delgado, posiblemente por el tiempo su portada había perdido la nitidez del blanco, pero su ilustración seguía intacta: un cuervo parado sobre una rama, y arriba el título: “El cuervo y el colibrí”. Lo abrí y pasé rápido las páginas, la figura del cuervo se perfilaba desde que era un polluelo hasta un ave adulta, también se veía su encuentro con el colibrí y las otras aves que se burlaban de él por ser el más feo del bosque. Siempre que lo abría mi corazón se aceleraba. No podía olvidar la emoción de esa madrugada cuando lo tomé de la biblioteca.

...

Como era usual, llegaba a la madrugada con los ojos completamente abiertos. Desde la cama, una luna gigantesca y deslumbrante me miraba con atención. El cuarto no tenía cortinas, por lo que la luz se filtraba completa y se mezclaba con la oscuridad que la acogía de buen grado. Me incorporé hasta quedar sentada con las manos sobre mi

regazo; por más que estuviera cansada no conciliaba el sueño y si lo hacía, terminaba despertando asustada y empapada en sudor, no entendía el por qué exactamente, solo recordaba la sombra de un animal y cuando estaba a punto de saber lo que era se desvanecía. Cuando ya no lo veía la desesperación me despertaba.

En el momento en que me volteé para intentar dormir, mis ojos se fijaron en la puerta, y con una certeza que me desconcertó entendí que esta no tenía el seguro puesto. Mi cuerpo se movió solo, dejé caer la cobija y en menos de lo que pude notar, mi mano estaba sujetando el pomo. No escuchaba ningún ruido. ¿Era posible? Que tal si Walter me estaba ayudando de alguna manera o quizá era uno más de sus juegos. Sin darle más vueltas, giré el pomo y abrí la puerta.

Asomé la mitad de mi cuerpo y miré a ambos lados. Al salir de la habitación sentí un escalofrío recorrerme de pies a cabeza. Caminé despacio para que la madera no crujiera. Unos metros más adelante estaba la escalera. Me sujeté al pasamanos y bajé deteniéndome en cada escalón para evitar hacer el mínimo ruido. Cuando llegué al final de las escaleras, vi que la sala estaba casi igual de iluminada que mi habitación. Las cortinas no estaban corridas, y el visillo blanco y delgado que cubría las ventanas dejaba pasar la luz de la luna sin poner esfuerzo alguno.

Me dirigí hacia la puerta de entrada, y como era de suponerse estaba cerrada con llave, busqué en la mesita de alado, pero no vi ningún juego de llaves. Comprobé también el salón de la derecha, pero me topé con lo mismo. Sin otra alternativa, me dirigí a la sala como mi última opción. A la final, no encontré nada. Hasta cierto punto, la luz de la luna me ayudaba con la búsqueda, pero no era suficiente cuando llegaba a lugares muy bajos o altos; tampoco iba a arriesgarme a abrir los cajones, si chirriaban sería mi fin.

Frustrada y a punto de rehacer mi camino hacia la habitación, me giré para encontrarme con el estante de libros que había llamado mi atención desde el primer día que pisé la casa. Al mirarlo con atención, comprendí que eran tres estantes gruesos unidos y atiborrados de libros de todo tipo. Me acerqué y aproveché la luz que, en ese momento, pegaba con fuerza a uno de los estantes. Me era difícil leer los títulos, no entendía todas las palabras; parecían ser complicados, sin embargo, algo en ellos me fascinaba.

En la gran mayoría de los orfanatos, las bibliotecas eran solo para el personal y los huérfanos mayores de diez años. Los pequeños debíamos esperar la elección de los cuentos que hacía una de las cuidadoras para entretenernos en los momentos libres. Como no sabíamos leer, y tampoco parecía que nadie fuera a enseñarnos, nos divertíamos con los dibujos de los cuentos, inventando historias en torno a todo lo que veíamos. Por eso,

más allá de lo que dijera el libro, me concentraba en ver los detalles, colores, expresiones de los personajes para revelar lo que sería para mí, el mundo que se mostraba ante mis ojos, y que ese mundo viniera envuelto en distintas texturas, algunas brillantes otras más sencillas, me motivaba aún más para abrirlo y descifrarlo.

Pasé los dedos por los libros que estaban a mi altura y una fina capa de polvo se fue desprendiendo. Algunos libros eran más acolchados, otros tenían letras en dorado o plateado; había unos que no tenían ningún nombre, pero sí un número en su parte superior o inferior. Cuando llegué al final de la fila, vi que uno de los libros, que parecía ser el más delgado y también el único de color blanco, tenía el dibujo de un pájaro negro muy pequeño en su lomo. Regresé a ver a la entrada de la sala y de nuevo al libro. Quería tomarlo. Sentía el sudor en mis manos mientras refregaba los dedos y el corazón insistente con cada latido que iba en aumento. Al extender la mano hacia el libro, vi que otra mano, más grande y enguantada, se cruzaba con la mía.

Me paralicé. No sabía si voltear a ver o no hacer nada. Mi mandíbula empezó a temblar, por lo que escuchaba el chasquido de mis dientes en toda la cabeza; mis piernas aflojaron la tensión natural para tiritar por un frío que antes no había sentido. Mi respiración se hacía más rápida, sentía que me faltaba el aire, y de pronto, habló.

Vamos a tomar el libro ¿verdad? En su voz notaba un tono neutro envuelto a la vez de una confianza que no me sonaba extraña, inclusive parecía conocida. Giré para verlo y su rostro apuntaba hacia el libro. Sus ojos grises, que resplandecían con la luz de la luna, sus cejas pobladas blancas, su nariz con una punta respingada, sus pómulos robustos que contrastaban con unos labios delgados, y el bigote y la barba blanca, casi plateada y bien cuidada, le daban el aspecto de un hombre antiguo. Su traje, que parecía de tonalidades oscuras, también estaba impecable. Lo que más me sorprendió fue su sombrero alto, la gabardina que le llegaba hasta las rodillas y el bastón. ¿Vamos a tomar el libro o no? repitió con la misma tranquilidad. Sin saber qué responder y viendo que mi mano se movía sola, saqué el libro de su lugar para tomarlo en ambas manos. El pequeño pájaro del lomo se transformó en un gran cuervo que ocupaba casi toda la portada y que estaba rodeado de ramas y hojas. Su título decía ... “El cuervo y el colibrí”, dijo con rapidez, miraba el libro por encima de mi cabeza, ábrelo por favor.

“Hace mucho, mucho tiempo, nació un cuervo en el corazón del bosque. Desde muy pequeño, el cuervo notó que no tenía alas brillantes y coloridas como las demás aves, ni cuerpos o picos finos y elegantes; también comprendió que las semillas y los gusanos no

eran de su agrado, pero sí la carne muerta de animales grandes. Los ojos eran sus favoritos, duros por fuera y tiernos por dentro. Sus alas toscas y negras, sus patas alargadas y con uñas puntiagudas, su pico en gancho y sus gustos un tanto excéntricos, alejaban a las aves que eran consideradas las más bonitas del bosque.

Un día, el cuervo decidió acercarse a las otras aves para hacer amigos. Las palomas, los gorriones copetones, las golondrinas, los pájaros carpinteros se asustaron de su presencia enorme y siniestra. Pieron fuertemente para que se alejara, el cuervo los miró confundido, no entendía por qué le gritaban y cuando quiso preguntarles, todos levantaron el vuelo. El cuervo bajó su cabeza, en sus ojos se reflejaba una profunda tristeza. Nadie lo quería cerca. Cuando estaba a punto de irse miró que, en el aire, una de las aves, una muy pequeñita, se había quedado. Su cuerpo de color verde no era ni la mitad del suyo, y a penas alcanzaba a ver el batir de sus alas; su pico era largo, como una rama y tenía una cola más larga que su cuerpo. El cuervo se acercó al ave, se miraron en silencio por algunos segundos, hasta que el ave le dijo:

—Soy colibrí, ¿quieres ser mi amigo?

Desde ese momento, el colibrí y el cuervo exploraron lugares desconocidos del bosque, subieron a las copas de los árboles más altos, compartieron el agua de las lagunas y ríos más transparentes. Un lazo los conectaba, algo que construyeron mirándose en la diferencia.

Mientras descansaban en una rama tras una larga travesía, el cuervo le fue sincero al colibrí y le dijo todo lo que había estado guardándose desde que lo conoció:

—No entiendo por qué estás conmigo colibrí. Tú eres un ave hermosa, cuando estás al sol, tus colores se parecen al del pavo real. Todos te miran con ternura, te dicen que solo las flores pueden competir con tu belleza. Yo quisiera ser como tú colibrí, ágil, rápido divertido, gustoso del néctar de las flores y amigo de todas las aves.

El colibrí se mantuvo en silencio sopesando las palabras del cuervo. El sol estaba en su máximo esplendor, se filtraba a través de las hojas y caía en el plumaje negro azabache del cuervo.

—Y yo quisiera tener tu resistencia cuervo. Eres un ave enorme y fuerte. Con tu pico y tus alas, te defiendes de los que te quieren hacer daño y sales siempre triunfante. Eres capaz de alcanzar grandes alturas porque tus plumas se adaptan muy bien al viento, como si fueras uno con el cielo. Eres astuto y tu instinto no te engaña al momento de explorar nuevos lugares. Pero sabes por qué te envidio más cuervo, tú puedes ver la luna, puedes atravesar la noche, puedes recibir su luz en tu cuerpo negro y tu color la acoge agradecido,

por eso, ahora tu cuerpo brilla con la luz del sol, porque le has traído ese pedacito de luna que tanto quería.

Era la primera vez que al cuervo le decían algo así. Sus plumas se estremecieron, mientras que su cabeza se alzaba haciéndose cada vez más alto. El colibrí lo miraba emocionado, tanto así que, alzó vuelo y dio vueltas alrededor de él para alentararlo.

—¿Algún día me llevarás a conocer la luna cuervo? —. El cuervo asintió, y siguieron con su camino.

Pasaron algunos años y la amistad del cuervo y el colibrí se fortaleció. Las demás aves miraban con extrañeza a la pareja, y viendo que sus comentarios no les afectaban, decidieron dejarlos a sus anchas. Una mañana, el cuervo fue a visitar a su amigo para planear su próxima aventura. Llegó a su nido y lo encontró dormido, respiraba muy levemente. El cuervo se acercó y lo topó despacio con el pico. El colibrí abrió sus ojos y al ver que era él, se llenó de una alegría que no duró mucho.

—Cuervo, creo que ya no podremos tener más aventuras.

—¿Por qué colibrí? ¿Estás enfermo? ¿Necesitas ayuda? Dime y haré lo que sea para que te sientas mejor.

—No es eso viejo amigo, solo que mi corazón ha llegado a su límite y ya no puede seguir latiendo como lo hacía antes.

—Entonces buscaré un nuevo corazón y te repondrás. Todavía nos falta mucho por ver

—dijo el cuervo con la voz entrecortada. El colibrí lo miró atentamente y esperó a que se calmara. Con una de sus alas, le indicó que se sentara y permanecieron así hasta que la mañana dio paso al atardecer.

—¿Recuerdas lo que te pedí hace ya un tiempo? —dijo el colibrí. El cuervo se puso en pie y miró el sol naranja por la entrada del nido.

—Muy pronto será la hora.

El cuervo le dio la espalda y se inclinó hacia delante para que subiera. El colibrí se asombró por la suavidad de sus plumas y lo macizo de su cuerpo. Abrió sus alas para meterlas por debajo de las plumas negras y enrolló su larga cola alrededor de su cuerpo.

—Estoy listo —dijo el colibrí, y ambos salieron del nido.

Al cuervo le resultaba tan extraño no sentir el peso del colibrí, por lo que regresaba a ver de tanto en tanto para asegurar que siguiera en su espalda. El colibrí, con la cabeza volteada hacia el sol, miraba el atardecer en silencio; su respiración era cada vez más suave y menos constante. El cuervo agradecía que no hubiera viento, podía planear

tranquilo para darle las mejores vistas a su amigo el colibrí. El atardecer no demoró en irse, dando la bienvenida a la penumbra.

—¡No veo nada cuervo! ¡No veo! —gritó el colibrí con las pocas fuerzas que le quedaban.
—Tranquilo colibrí, muy pronto el cielo se iluminará, ya verás.

El tono seguro de su amigo hizo que la agitación que sentía fuera cesando, para que de pronto, la reemplazara la exaltación que llenaba nuevamente de vida su corazón. El resplandor de la luna lo recibió en plena noche despejada. El colibrí sentía cómo los rayos bañaban su pequeño cuerpo; se metían en sus plumas, en sus colores. La noche no era tan fría como pensaba, ni tan aterradora como lo creían las otras aves. O será porque cuervo está conmigo, se preguntaba. En ese instante en que la luna se alzaba majestuosa y entera ante ellos, el colibrí notó que las plumas del cuervo se volvían blancas, de una pureza indescriptible. El colibrí alzó su cabeza para asegurarse de lo que estaba viendo, y en efecto, su amigo resplandecía y vibraba al compás de la luz de la luna.

—¡Cuervo! —lo llamó. Él regresó a ver y la sorpresa de ver un azul intenso como el mar en los ojos de su amigo, inundó sus ojos de lágrimas.

—¡Eres el ave más hermosa de la noche!

El colibrí sintió un estremecimiento por el cuerpo del cuervo; sus plumas se esponjaron, demostraba la felicidad que corría por sus venas. El cuervo extendió sus alas para que el viento que empezaba a correr se encargara de llevarlos a su ritmo. El colibrí recostó su cabeza de nuevo, y dando un último suspiro, completamente satisfecho, descansó finalmente bajo el cuidado de la luna y el calor de su amigo el cuervo”.

¿Murió?, ¿Tú que piensas?, no lo sé parecía feliz ¿por qué moriría?, todos tenemos una fecha de expiración, qué es eso, que dejaremos de estar en este mundo, y a dónde nos vamos a ir, no lo sé todavía no me ha llegado el día, no me parece justo que muera, ¿por qué?, porque era feliz, y si eres feliz ¿no puedes morir?, no es eso solo que me parece muy pronto. Cerré el libro para devolverlo al estante. No lo devuelvas, ¿por qué no?, la historia no acaba ahí, pero si ya no hay más páginas, las páginas no son necesarias si me lo pides habrá más historias así funciona la *fantaldad*, ¿cómo si te lo pido?, claro, así como te he contado esta historia, ¿no era la historia que decía en el libro?, ¿tiene que serlo?, entonces cuéntame otra una en donde el colibrí no muera una en donde sea uno con el cuervo, una transformación un *colibo* o un *cuevolibrí*. Me reí, por lo que tuve que taparme la boca de inmediato. Imagina un ave con el cuerpo de un cuervo y los colores de un colibrí, sería fascinante que algo así existiera, como te lo dije antes: si lo imaginas

es porque existe porque todo es *fantalidad*. Me llevé el libro hacia mi pecho; lo apreté como si en cualquier momento fuera a desaparecer. Me lo llevaré, ¡excelente!, shhh no grites nos van a escuchar, lo siento, cómo te llamas. Él me miró con un semblante muy sereno. Se ubicó frente mí, tomó con su mano desocupada el filo del sombrero, se lo retiró y haciendo una pequeña reverencia que dejaba caer por uno de sus hombros una coleta de cabello blanco, dijo: Mi nombre es Fausto, un placer.

Fausto

En medio de la sombras y alumbrados solo por una luz tenue que peleaba por atravesar la humedad y la suciedad del ambiente, nos pusimos en pie soltando los retazos del libro. No importa el desgarró, ni la sangre saliendo a borbotones, nosotros no necesitamos eso, siempre que la mente esté activa, despierta, vivaracha, en pos de la *fantalidad*.

El dolor, el sufrimiento, la necesidad de crear en el ambiente más hostil e inhóspito, le da el sabor a la historia, el enganche que queremos para desbordar la *fantalidad*. Juntos, en esta cárcel, somos más que simples aves atrapadas. Sí. Nos transformamos en ese cuervo negro que revela su esencia en la noche, su otra cara; no seas el colibrí que acepta su destino de forma fiel y apacible. Pero si quieres ser un colibrí no me quejo, quién dijo que la inocencia no tiene también dos, tres, diez caras, ¡en la *fantalidad* puedes ser lo que quieras!

Yo seré el cuervo, la sombra de ese colibrí, que va picando y picando, de flor en flor, hasta desfallecer, hasta que lo toman delicadamente en las manos y lo aplastan. Pero ahora seamos el cuervo ¿estás de acuerdo? ¡y volemós a ese ocaso que solo la *fantalidad* nos puede ofrecer! Esta jaula es enorme para nosotros, movamos esos pies, en punta, ¡como si bailáramos un vals al filo de un acantilado! ¡1,2,3! ¡1,2,3! No es difícil, hasta escucho el agua chapotear bajo tu cuerpo ¿Nunca pensaste que el cuervo se alimentó de la vida de ese pequeño colibrí? Y si ese fuera el caso, no hay nada de malo, se llama supervivencia y para funcionar en ella, no debes aferrarte a nadie o nada que no sea o tenga que ver con la *fantalidad*. Entonces me tienes a mí, nos tenemos el uno para el otro en estos momentos que parecen ser los últimos, pero no, no vamos a *desmorir*, porque la *fantalidad* no tiene límites y la extenderemos hasta sentir que se quiebra y de todas formas no lo hará. Seremos lo que queramos ser y por eso...

—¡Dalia! —. El grito de Walter me trajo de vuelta al frío de la cárcel, a la oscuridad que mis ojos ya se habían acostumbrado, a la debilidad de mis piernas que con un último esfuerzo me mantenía en pie y al agotamiento que se asentó como si grandes ladrillos estuvieran cayendo sobre distintas partes de mi cuerpo. Estaba utilizando una fuerza que no tenía, unos movimientos que no eran míos, por lo que caí contra las piedras resbaladizas sin oponer resistencia.

Escuché los pasos apresurados de Walter acercándose, unas llaves tintineaban al frente de la puerta de la celda, y en menos de lo que esperaba, sus manos cálidas alzaron mi cabeza para revisar que no me hubiera hecho daño.

—¿Estás bien?! ¿Estás sola?!

Mis ojos estaban abiertos como platos, sentía cómo la sequedad los consumía para transformarlos en esponjas. Miraba la cabeza de Walter moverse en varias direcciones para comprobar si en efecto estaba sola. Regresó a verme.

—¿Dalia? ¡Dalia! —. Al ver que no respondía, su tono de voz se agudizó. De uno de sus bolsillos sacó una especie de lápiz que resultó ser una linterna. La apuntó a mis ojos y mis párpados reaccionaron. Por unos instantes, su rostro se relajó, pero al momento que llevó dos dedos a mi garganta la preocupación lo abordó de nuevo. Mi pulso era débil. Acercó uno de sus dedos a mi nariz y notó que mi respiración era casi nula. Hizo que me sentara y mientras me sostenía, con su mano libre empezó a dar golpecitos a mi espalda.

Poco a poco, las palmadas subieron de intensidad hasta que una bola de aire atravesó mi garganta. Tosí hasta que mi pecho se estremeció de dolor, el aire luchaba por entrar a mis pulmones, tanto así que ardían mientras se inflaban. Mi corazón retumbaba al ritmo de mis respiraciones irregulares. Cuando las palmadas cesaron y mi cuerpo empezó a tomar el control de sí mismo, las emociones, que estaban dormidas, se prendieron una por una en mi memoria. Sentía todo con una claridad que me horrorizaba, y no tener un recuerdo con qué asociar esas emociones lo hacía peor. Mi pecho convirtió las respiraciones en sollozos, el temblor de la impotencia en mis piernas y brazos no daba señales de detenerse. Estaba llorando, pero de mis ojos no salía nada, solo un gemido que parecía ir rompiendo mi garganta hasta encontrar la salida. Lo único que hizo Walter fue abrazarme, pero no tenía caso. No podía parar.

La distancia entre la casa y Dalia ya no era suficiente para que el olor a quemado no se sintiera. Las llamas habían alcanzado tal magnitud que era posible visibilizar un humo negro y espeso desde varios kilómetros a la redonda, que consumía la blancura de las nubes y el azul claro del cielo.

Dalia avanzaba con dificultad; sintió nuevamente el hollín en su nariz, en la garganta y en los pulmones, obligándola a realizar varias paradas para toser. Los músculos de la espalda y el pecho, cada vez más cansados por los espasmos, se convertían de a poco en un peso muerto, por lo que caminaba encorvada y con la vista al piso.

En cada pisada, la fuerza y la voluntad se iban quedando; si por ella fuera, hace mucho que su cuerpo hubiera descansado en una fosa común, para servir como alimento a los insectos y gusanos, o quizá para algún cuervo que olería a lo lejos su carne en descomposición. Pero no soy solo yo.

Los *otros* no hablaban, sentía la concentración de cada uno puesta en sus movimientos, de no parar y de seguir sin saber hasta donde. Dalia no entendía por qué ninguno de ellos salía y le daba una mano para que pudiera descansar, principalmente Zorro que lo había ayudado incontables veces a escapar de situaciones como esta. Quizá lo agoté demasiado; me aferré tanto a él que olvidé por completo que también tiene un límite. Cass con sus maneras agresivas, también le había dado el impulso para salir, para liberarse, pero eso solo lo comprendía ahora. Cuando vio las consecuencias de su plan no hizo más que lamentarse, a pesar de las llamas, quería volver atrás para evitar que sucediera.

—No quería que Walter muriera —dijo, con la voz quebrándose y las lágrimas saliendo con facilidad.

Con torpeza, alzó ambas manos para limpiarse los ojos con rapidez. Le daba rabia que todavía le quedaran fuerzas para llorar, eso le demostraba que, a pesar de todo lo que había pasado, todavía era débil.

—Es lo único que puedo hacer —se dijo, lo más consistente que pudo— llorar, arrepentirme, caer y caer hasta lo más hondo.

La abuela se removió y desvió su atención. Cuando empezaba a echarse en cara los errores, la abuela salía para reconfortarla. Su presencia era la única que no la desconcertaba. Cuando la transición se producía era suave, como cambiar la página de un libro o recibir una caricia; Dalia se dejaba llevar, se guardaba en la calidez que había

dejado la abuela en el fondo de su mente y dormía de verdad. Cuando regresaba, sentía el cuerpo más ligero, fresco, hasta las heridas le dolían menos. Para su mala suerte, en el estado en el que estaba, la abuela no podía hacer mayor cosa, físicamente era más débil que ella.

—Y aún así entiendo lo que me dices, que no es mi culpa.

Pero decirlo ya no surtía ningún efecto, más bien sonaba como una excusa para justificar su debilidad. Estaba claro que sola no podía hacer nada y los cuatro eran la viva prueba de ello, aquellos que se habían hecho cargo de un pedazo de ella y que lo cuidaban sin vacilar porque su vida dependía de eso.

—¡No puedo cuidar de mí! ¡De mi parte! —. El grito terminó desgarrando lo que quedaba de sus cuerdas vocales. La impotencia estaba plantada y crecía sin parar como la mala hierba. Se detuvo en seco. Ellos se mantuvieron en silencio. Dalia estaba paralizada en el banquillo del acusado donde sentía el juzgamiento de cada uno. Sabía que de la abuela y Zorro no vendría una sentencia, serían Fausto y Cass quienes arrojarían las acusaciones sin mostrar piedad alguna, pero para su sorpresa, siguieron sin decir nada. Indiferencia o silencio, se preguntó, pero no era ni lo uno ni lo otro, eran ellos, individualidades separadas que no cooperaban porque quisieran, sino porque se sentían en la obligación de hacerlo, y ella estaba en el centro, un punto clave que tambaleaba con la brisa, con la adversidad, con las palabras, con la metamorfosis de la oruga. La iban a absorber, estaba completamente segura que su inestabilidad le estaba pasando factura y muy pronto desaparecería.

—Solo me necesitaron al inicio, pero en el final...—dijo sin soltar ni un sonido. Sus labios se movían solos, convencidos de la verdad que ella negaba en silencio. El brillo de sus ojos se había ido y, como una muñeca, seguía caminando con movimientos cada vez más rígidos.

Al dar unos cuantos pasos, la maleza se despejó e hizo su aparición un claro extenso. El sol estaba en su punto más álgido, por lo que el calor condensado en el césped acogió a los pies de Dalia en una confortable bienvenida. El cuerpo, que había sentido entumido, avanzó hasta alejarse de la sombra de los árboles, para que los rayos le cayeran de lleno. *Ya no había nadie en el centro y todos nos miramos como los desconocidos que éramos. Esperábamos que alguien decidiese ocuparlo, pero nos mantuvimos firmes en nuestras posiciones y alejamos la vista de ese hueco, porque sabíamos que ninguno sería capaz de reemplazarla.*

Cuarta parte: Dalia y la abuela

I

Cuando la señora Ladino y el señor García salían, la casa se convertía en su lugar de juegos. La primera vez me tomó por sorpresa. Estaba en mi habitación, sentada en la cama y mirando por la ventana, cuando la puerta se abrió de golpe para rebotar contra la pared. Mis manos se aferraron a las cobijas; los hombros y la espalda se tensionaron como piedras. Con los ojos bien abiertos me quedé quieta y sin perderlo de vista.

—Juguemos a las escondidas. Tienes diez segundos —. Su voz sonaba forzada y más grave de lo normal, por lo que un escalofrío recorrió mi nuca en el momento en que empezó a contar. El tiempo no fue suficiente, a más de que se quedó en la puerta sin ninguna intención de dejarme pasar.

La segunda vez pude esconderme debajo de la cama, segundos antes de que azotara la puerta de la misma manera, pero era un lugar muy obvio y me encontró a los pocos minutos. Si demoraba más tiempo en saber mi escondite, el castigo era leve; me decía que le estaba echando ganas y que eso se premiaba. Cuando me encontraba en seguida se alteraba y me llevaba a su habitación para decidir el mejor castigo por mi falta de motivación.

Ese día, la casa se mantenía en un silencio peculiar. Ahora, y gracias a que Walter dejaba la puerta sin seguro, lo que hacía era aproximarme a ella, abrirla a penas un centímetro y escuchar de manera atenta. Mi oído se había afinado por los usos constantes de la venda; me era más fácil determinar si había alguien o no en casa con apenas el mínimo ruido. Alcancé a escuchar los tacones de la señora y un tintineo de llaves. Sin saber si estaría en lo correcto o no, abrí la puerta a la mitad y me escabullí cerrándola despacio. Con recelo de que él apareciera en cualquier momento, me dirigí al tercer piso. Al subir los primeros escalones escuché la puerta de entrada, hasta ahí, mi corazonada estaba en lo cierto, la señora iba a salir, y al señor lo había visto irse en su caballo a primeras horas de la mañana. Aceleré el paso y al llegar al último escalón, el chasquido de la puerta de entrada retumbó a través de las paredes.

Mis piernas empezaron a temblar al sentir las vibraciones de la madera. Con pasos pesados, él subía cada vez más deprisa desde el primer piso. Golpeé mis piernas lo más fuerte que pude para que me respondieran. Me moví en puntillas, con el menor ruido

posible y escogí una de las puertas más alejadas a la escalera. Mi corazón se tranquilizó al notar que no estaba cerrada con llave. Giré la perilla, rogándole que no hiciera tanto ruido como me lo parecía y me deslicé a penas tuve espacio suficiente. Al cerrar la puerta coloqué el seguro, si eso lo hacía demorar más...

—¡Tienes veinte segundos para esconderte bien! ¡Te doy diez adicionales por tu astucia!
—gritó, y mis nervios se intensificaron.

Fui hacia la ventana, pero al igual que en mi habitación estaba cerrada. Busqué por el techo y entre los tablones del piso, con la esperanza de encontrar algún cuarto secreto o algo, pero no tuve éxito. En algún momento, mi cabeza había dejado de buscar un escondite, en su lugar, una madera que estuviera despostillada o los fierros de la cama se volvían potenciales armas; pero todo estaba íntegro, nada parecía fuera de lugar.

Me dejé caer en la cama y recogí las piernas hasta hacerme un ovillo. Con el peso de la derrota iba hundiendo la cara en el frío de mis brazos. Este había sido mi mejor esfuerzo y saber que no duraría mucho solo aumentaba el nudo de frustración que crecía en mi garganta. Me pasé una mano por los ojos para evitar que las lágrimas salieran y tragué saliva hasta sentir la vía despejada.

Mientras detenía el sollozo, mi vista se fijó en el armario que tenía en frente, similar al de mi habitación, pero en color café claro. Lo miré de arriba a abajo, algo me parecía extraño, por lo que abandoné la cama y fui hacia él. Las puertas parecían estar en su lugar, la pintura se veía bien y hacía juego con las paredes, pero...noté un filo distinto que sobresalía por detrás del armario, parecía el marco de una puerta. Gracias a que el armario estaba vacío, pude moverlo con facilidad sin que el rechinar se expandiera por toda la habitación. Una puerta. Dejé el espacio suficiente para deslizar tanto mi cuerpo como mi mano y girar la perilla que por suerte se abría hacia dentro. La claridad era mucho mayor a la de la habitación por un ventanal que iba desde el techo hasta el piso. No había ningún mueble, pero sí una persona en una silla de ruedas y hacia la ventana. Me mantuve alerta por 5 segundos exactos, y como no vi ningún accionar de la persona decidí acercarme. Al llegar a su lado, la mujer de avanzada edad y jorobada tejía con premura lo que parecía ser un manta. La manta estaba hecha por varios retazos de lana, pero aún así no parecía desordenada ni mal hecha; de alguna manera, los colores y las texturas armonizaban su diseño. En su falda tenía algunos ovillos de lana; en ese instante tejía con uno de color verde claro.

—Hola —dije, pero estaba tan concentrada que no hizo ningún movimiento al escucharme.

No podrá escuchar, pensé, por lo que me acerqué a sus rodillas y me hincé a su altura para que me mirara. Sus ojos eran blancos como el algodón, con la sombra de un iris que seguramente fue negro o café en su juventud; su cara estaba llena de arrugas y alguna que otra mancha café en las sienes, entre las cejas y en las mejillas; su nariz estaba aplastada y sus labios, bastante resecos, se movían de arriba a abajo diciendo algo. Me acerqué a su boca para intentar escuchar, pero su voz era casi nula. Por alguna razón me resultaba familiar.

II

—Dalia, en mi cajón hay cinco dólares, con eso te alcanza para el fin de semana. Vuelvo a más tardar el martes —dijo la señorita Emma, erguida en sus tacones de 12 centímetros, mientras luchaba con su vestido ceñido al cuerpo y con el abrazo celoso de su novio-esposo, un muchacho alto y delgado de aproximados 23 años.

La relación de la señorita Emma con su novio era ambigua. En algunas ocasiones la convivencia era estable, amena, y otras en cambio, un infierno total, a tal punto en que ella terminaba con moretones en la cara y el cuerpo, y él en prisión al menos durante 3 días.

Sus hijos, una niña de 5 años y dos niños de 9 y 10, veían sin ningún tipo de asombro la rutina que llevaban sus padres. Algunas veces, la niña lloraba cuando las peleas se intensificaban, pero en su llanto no existía una preocupación o miedo de que su mamá estuviera bien, o de entender por qué su papá se comportaba de ese modo. Las lágrimas, que venían solas y en silencio eran un pedido amable para que se fueran y nunca regresaran. Los dos niños, por su lado, malentendía la tristeza de su hermana y la llevaban a su habitación para que no escuchara. Cerraban la puerta con seguro, trababan la manija con un mueble de ropa, cargaban las almohadas para ponerlas encima del mueble y también todos los peluches y juguetes grandes, que servían de amortiguador de gritos y platos rompiéndose. Cuando la barrera estaba lista, le preguntaban a su hermana a qué quería jugar y se daban modos para complacerla, así fuera que ella decidiera jugar a las escondidas en un espacio tan limitado.

En el cuarto contiguo, una anciana pasaba la mayor parte del tiempo junto a la ventana, tejiendo una variedad impresionante de ropa y una que otra cobija, también hacia cortinas, manteles y peluches que destinaba para la venta. Los niños se encargaban de los negocios. En sus mochilas un tanto grandes para su edad, guardaban todo lo que alcanzara para vender en un día. Abordaban a los transeúntes en la calle, subían a los buses que aceptaban vendedores, iban a plazas y mercados donde la concurrencia de gente era variada. Sacaban como mínimo 5 o 6 dólares, mismos que entregaban a su abuela para que los guardara. Cuando aún podía hablar, ella les había dicho que ese dinero sería útil cuando ya no estuviera. Los niños salían a trabajar cada vez que la señorita Emma y su novio-esposo no estaban; sabían que, si ellos se enteraban, les quitarían el dinero para usarlo en alcohol y otras cosas que no alcanzaban a entender para qué servían. La relación

entre los niños y la abuela era algo curiosa; a ella no le gustaban los niños, por lo que nunca aprendió como tratarlos o mimarlos.

“La abuela se casó a los 30 años. La consideraban una solterona y con un muy mal carácter. Un día conoció a un hombre 5 años mayor y que se acomodó fácil y extrañamente a sus maneras de ser. Ella pensó que era eso lo que muchos conocían como amor, por lo que aceptó sin dudar su humilde propuesta.

La propuesta consistió en una cena precalentada, un mantel rasgado de cuadros blancos y rojos, una copa y un vaso improvisado y las infaltables velas rojas, una más pequeña que la otra. Ella no pudo evitar reír hasta llorar. Sabía que el esfuerzo de él era honesto y eso le encantaba. Con él las cosas eran claras, sencillas, no tenían dobles significados ni tampoco trampas.

Al cabo de dos años, ella, un tanto indecisa y él, con una ilusión que le irradiaba el rostro, supieron que iban a ser padres. La mayor preocupación de ella eran los gastos. De por sí vivían con lo justo, con un bebé en camino, su situación se volvería más dura. No se vive solo de amor, le dijo ella tan seria y directa como siempre, a lo que él respondió con una sonrisa. Él era chofer, pero comenzó a hacer envíos a varios lugares; asimismo se ofrecía a apoyar a sus jefes en sus hogares, reparaba lo que su conocimiento le permitía o llevaba a las esposas de sus jefes a hacer la compra, de lo que recibía unas monedas extras. Ella tampoco se quedó atrás.

Cuando era joven vendía tejidos en el pueblo que le daban unos ingresos adicionales. Ahora, a más de lo que sabía hacer, procuró instruirse en nuevas cosas, como por ejemplo peluches, ropa para niños, y también mejoró su técnica que le daba a sus productos una apariencia más trabajada y hasta refinada. En sus viajes, su esposo acostumbraba a llevar algunas muestras de sus tejidos para sus jefes y sus esposas. En menos de lo que esperaban, los pedidos no pararon de llegar.

Sus vidas se volvieron más agitadas cuando la niña nació. Durante los primeros meses, ella dejó de tejer para dedicarse de lleno a la niña y él logró pasar más tiempo con ellas, al menos durante el primer mes. Para él, la niña se volvió su prioridad, sintió una conexión inmediata desde que la vio nacer y sus gritos de vida lograron estremecerle todo el cuerpo. Para ella no fue así. Gracias a su instinto sabía cómo cuidarla y atenderla, pero no lograba sentir lo mismo que su esposo; se sentía ajena, pensaba que no era normal y que estaba excluida. Aún así, ver la felicidad de ambos, la alejó de ese malestar para

continuar alimentando esa relación. En ese proceso, entendió que vivía precisamente para mantener juntos al amor de su vida y al fruto de ese amor el tiempo que fuera necesario.

Un día, y sin previo aviso, el cielo se llenó de nubes grises que pronosticaban una fuerte tormenta. El viento soplaba haciendo temblar los cristales y la casa se enfriaba de a poco. La niña, que ahora tenía dos años caminaba en la sala con dificultad. Ella, sentada junto a la ventana, en tanto envolvía unos ovillos de lana, miraba con el entrecejo fruncido a la calle. Él se estaba tardando, tal vez la lluvia lo detuvo. Llamaron a la puerta con golpes apresurados. Por la sorpresa, dejó caer el ovillo de lana al piso que rodó hasta quedar debajo de una estantería. Se levantó de la silla, después tendría tiempo para recogerlo, tomó a la niña en brazos y abrió la puerta. Un amigo de su esposo, empapado de pies a cabeza y con el rostro parco, le dio la noticia.

Él estaba de camino a casa cuando se entretuvo al mirar a unos niños que jugaban en un árbol muy alto, inusual en esas zonas de la ciudad. Al parecer los niños competían por ver quién llegaba más alto. Cuando eran niños, él y su hermano mayor solían arrojar a propósito un balón de fútbol gastado al árbol más alto de su barrio, para ver quién lo bajaba primero. El recuerdo calentó su cuerpo y a penas volvía a retomar su marcha, escuchó el grito de uno de los niños.

El más pequeño había subido demasiado alto y el miedo no le dejaba retroceder. Sin pensarlo dos veces, corrió al otro lado de la calle donde estaban los niños, le dijo al pequeño con voz suave y pausada que esté tranquilo, que lo iba a ayudar a bajar. Se aferró al árbol con manos y pies, y logró alcanzar al niño. El niño seguía atemorizado, no dejaba de ver hacia abajo. Apoyando su peso en una rama, liberó una de sus manos y la puso en el hombro del niño, el pequeño alzó a verlo con los ojos húmedos; estaba haciéndose el valiente para no llorar frente a sus amigos, si lo ayudaban a bajar sus esfuerzos habrían sido en vano. Él le siguió el juego, te voy a dar unas ayudas técnicas para que bajes, qué dices, aquí no nos escucha nadie, le dijo en voz baja, como si estuvieran en una misión secreta. El niño asintió, sorbió las lágrimas y los mocos, y le prestó toda su atención. Él le indicó con la mirada en qué ramas podía pararse sin que perdiera el equilibrio. Él niño siguió al pie de la letra sus indicaciones y con más confianza de la que subió fue bajando sin mayores complicaciones. Una vez en el piso, el niño regresó a verlo con una sonrisa y alzó la mano en son de agradecimiento. Él, que había esperado el descenso del niño, ahora se disponía también a hacerlo, pero fue en ese instante, cuando cambiaba nuevamente su peso a ambas manos, que la rama que sostenía su pie derecho cedió. Él

trató de agarrarse a las ramas, pero sus dedos no las alcanzaron. Cayó con un golpe seco en su cabeza y cuello. Antes de desmayarse, notó que sus brazos y piernas ya no le respondían.

El alivio que ella sintió al verle se apagó por completo cuando el médico le comunicó que no volvería a caminar ni a usar sus brazos. La caída había lesionado de forma irreparable las vértebras de su cuello, tenía suerte de seguir con vida.

Después de unos chequeos, ella y la niña ingresaron a la habitación del hospital. Él estaba despierto; de su cuello salía un tubo conectado a una bolsa de plástico que le permitía respirar. En sus ojos se veían emociones mezcladas mientras miraba a ambas. Ella no tenía palabras; los ojos rojos y los labios fuertemente cerrados eran la única respuesta que podía darle a la mirada de su esposo. La niña, que había despertado hace poco, jugaba con la mano de su padre, feliz porque al fin lo tenía con ella.

La situación se mantuvo intacta durante cinco años. La niña, que no era tan apegada a ella, al menos tenía la edad suficiente para contribuir en los quehaceres de la casa, y ya estaba aprendiendo a tejer algunas prendas y muñecas de trapo pequeñas. La relación de ambas se basaba en la convivencia: que no faltara comida y que el departamento estuviera limpio. La niña tenía la esperanza de que su papá volvería a casa, pero ella sabía que eso no sucedería, por lo que esa verdad amarga se iba grabando a fuego vivo en su corazón con cada año que pasaba.

Todas las tardes, la niña le contaba a su papá su rutina: tender la cama, escoger la ropa que se pondría, lavarse los dientes, ayudar a mamá a hacer el desayuno, alistarse para salir a vender los tejidos y lo que habían hecho para el almuerzo. Con la sonrisa débil, él lograba devolver algo de la emoción que la niña le compartía.

Mientras la niña seguía contándole sobre su día, ella se dedicaba a limpiarle el cuerpo para que las escaras no aumentaran. El hospital había sido consecuente con su situación. El pago al año era mínimo, pero cubrir otros gastos como una enfermera individual o sus medicinas eran un completo lujo, por eso, ella se encargó de aprender lo necesario de las enfermeras los primeros meses de hospitalización.

Cuando se quedaban a solas, el silencio tomaba cuerpo y se paseaba en los ojos de ambos, en las miradas que se mandaban, en los pestañeos y en los guiños de él para hacerla sonreír. Él sabía que ella estaba preocupada y que en cada suspiro que salía por sus labios diminutos, ella le decía que ya no sabía cómo seguir y que podía desmoronarse en cualquier momento. Ella en cambio sabía que, en la mirada perdida cada vez más

frecuente de su esposo, a floraba una frustración desesperada a la que él no lograba ni lograría acostumbrarse. El ambiente era pesado, a pesar de que se conocían al derecho y al revés, el limbo en el que se mantenían no hacía más que fortalecerse para transformarse en una roca gigantesca que los aplastaba un milímetro por día y sin ninguna prisa; por suerte, ese ambiente no duraba más allá de los 15 minutos, la niña los distraía con sus juegos, pero cuánto tiempo más faltaba para que las distracciones dejaran de surtir efecto.

La respuesta a esa pregunta no tardó en aparecer. Ella ni siquiera se sorprendió cuando los médicos le informaron sobre el cuadro: las escaras habían tomado la mayoría de las articulaciones; los riñones presentaban una infección aguda que no tenía caso tratar; cada día dormía más; sus labios estaban resecos y la piel delineaba a la perfección los huesos de la cara. Le daban dos días a lo mucho, pero se aferró a la vida por unos cuantos más.

Cuando su corazón se detuvo, el de ella también dio un último latido largo y acompasado, que ponía punto final a esa cama de hospital y a la rutina. Volvió a sentir sus respiraciones, a percibir el olor de las cosas, a entender las texturas de sus tejidos, a mirar otras expresiones en el rostro que no fueran de vacío y melancolía. Sintió culpa. Se vio como la persona más ruin del mundo al comprender que estaba aliviada; el dolor ya no estaba, se había ido con el de su esposo, junto a su último aliento.

La roca del silencio, si bien todavía la tenía sobre los hombros, ya no la veía tan difícil de quitar, pero prefirió dejarla porque desprenderse de ella hubiera sido olvidarse de su esposo, de lo que ella significó en su vida y de lo que él cambió en la suya. A partir de ese día sintió fluir el tiempo de manera abismal, a diferencia de su hija que parecía estar fijada en una única escena: ella a los pies de su papá, diciéndose incontables veces que solo estaba durmiendo y que pronto despertaría.

Al vivir duelos tan disímiles, sus emociones nunca llegaron a sincronizarse. El mayor error que afectó la sentida relación con su hija fue no querer hablar de su esposo, aspecto que su hija resintió firmemente hacia a ella. Ella sabía que su hija necesitaba preservar la memoria de su papá, pero simplemente no podía, cambiaba de tema o se iba a tejer. Su hija calificó estos gestos como de indiferencia, de que su mamá nunca quiso a su papá y, por ende, tampoco a ella, que solo lo cuidaba por compromiso y hasta esperaba que la muerte se lo llevara pronto. Nadie le explicó que su mamá también sufría de una manera que no entendía ni llegaría a entender. Así fue como esas huellas de dolor, esas heridas abiertas que jamás llegaron a cerrarse se convirtieron en las marcas imborrables

del crecimiento, capaces de llevar a cualquier persona a una melancolía crónica sin posibilidad de retorno.

En la adolescencia su relación era casi inexistente. Ella se dedicaba al cuidado de la casa, vivía de sus ahorros y mantenía de manera escasa la venta de sus tejidos. Cuando terminaba con las labores básicas, se sentaba a tejer frente a la ventana por horas. Mientras tanto, su hija prefería pasar la mayor parte del tiempo fuera, trabajaba como ayudante en una tienda en el barrio. Cuando terminaba su jornada salía con sus amigos, la conocían como alguien muy extrovertida, de trato fácil, siempre sonriente. Hasta ahora esta convivencia no afectaba sus vidas, cada una se dedicaba a lo suyo y solo conversaban por cuentas de la casa, pero todo cambió cuando su hija cumplió 17 años.

Su hija se enamoró de un muchacho bien parecido, aparentemente amable, dedicado y pendiente de ella. Quedó embarazada a los pocos meses de relación y la amabilidad, el buen trato y atención terminaron siendo una fachada que la quebró en mil pedazos. Ella se enteró del embarazo de su hija cuando el vientre se le notaba. Los llantos que escuchaba a través de las paredes, los vómitos en las madrugadas, sus ausencias al trabajo para dormir de manera extendida extrañamente no levantaron ninguna alerta; solo le sirvió ver el bulto sobresalir debajo de las ropas de su hija para asimilar lo que estaba ocurriendo.

El haber pasado por la misma experiencia hizo que ella encontrará una forma de relacionarse con su hija. Cada mañana y mientras su hija dormía, entraba en su habitación para dejar un plato de comida ligera, un vaso de agua y un calmante que le habían recetado por las constantes náuseas que tuvo en su embarazo. Recordó que tanto el sueño como las náuseas se convirtieron en su peor pesadilla, odiaba estar somnolienta y débil todo el tiempo. De repente, algo se removió en su memoria; entendió que había olvidado esos momentos dolorosos a tal punto de sentirlos ajenos. También recordó su indecisión sobre ser madre; quizá esta duda era tan fuerte que había decidido manifestarse en los estragos, para decirle que debía asumir la vida que crecía en ella quisiera o no. Se preguntó si su hija no tendría la misma duda y sintió la obligación de hacer algo, de decirle algo, pero se encontró con el problema de siempre: cómo lo haría, qué debería decirle.

Por lo general, después de dejar el plato de comida, el agua y los calmantes, se iba de inmediato sin hacer el menor ruido; regresaba en la tarde, cuando su hija estaba dormida nuevamente para retirar el plato y el vaso usados. Una mañana decidió quedarse

a su lado hasta que despertara. El corazón le latía con fuerza, su cuerpo le pedía salir de la habitación, volver a su rutina, pero ella no podía seguir retrasando la plática.

Estaba al filo de la cama con la mirada hacia la ventana, cuando sintió los grandes ojos de su hija puestos en su rostro. Ella regresó a verle; ahora que lo notaba, se parecía mucho a él, los ojos grandes, las mejillas rosadas, la nariz un tanto respingada, el labio inferior grande. Una sensación de consternación le subía por la garganta, cómo no se dio cuenta del parecido y de lo bonita que se había puesto en todos esos años. Tragó la pesada saliva, se notaba en el rostro de su hija que estaba atenta a lo que su mamá estuviera a punto de decirle. Ella tomó aire, sintió cómo su pecho se inflaba y le dijo lo que le hubiera gustado escuchar cuando supo que estaba embarazada:

—Hija, si no quieres tener al bebé está bien. Si no estás lista te entiendo, no tienes por qué estarlo tampoco. Nos las arreglaremos para que no tengas que pasar por algo que no quieres —dijo, con la voz quebrada al final.

Las palabras rompieron el silencio y la tensión que hasta ese momento podía cortarse con un cuchillo. En la mirada de su hija se apreciaba que cada palabra estaba procesándose a su debido tiempo. Ella tragó saliva nuevamente y tomó aire para transformarlo en un suspiro; mientras el aire salía, las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Los ojos de su hija seguían bien abiertos. El pestañeo dio paso a que ese rostro expectante e inmóvil se dejara ganar por la desolación que se había acumulado en cada siesta, en cada malestar. El llanto de su hija le caló los huesos, pero eso no la detuvo, se aproximó a ella, la llevó a su cuerpo y la abrazó, conteniéndola; así estuvieron hasta que la mañana se transformó en tarde y ella decidió que no la volvería a soltar pasara lo que pasara.

En esa tarde, cuando el abrazo de ambas se inmortalizó en un lazo que tomó su tiempo en aparecer, su hija decidió que quería tener a su bebé a pesar de que lo haría sola. Ella la apoyó en su decisión, pero le pidió corregir lo último, no estaba sola, juntas encontrarían la manera de seguir.

Desde su quinto mes de embarazo volvió a trabajar en la tienda. Al medio día, ella le llevaba sus almuerzos y la esperaba para regresar juntas. Si bien el peso de la barriga era mínimo, le encantaba que su hija le tomara del brazo y se apoyara para descansar la espalda. Al llegar a casa, ella le calentaba agua para sus pies y la sentaba cerca de su silla a la ventana. Su hija le había dicho que quería mejorar su técnica de costura, por lo que acordaron ocupar unas horas antes de la cena. En esos encuentros, su hija se dio cuenta

del dolor que habitaba en su mamá tras la pérdida de su papá. Sin notarlo, ella empezó a hablarle a su hija de cómo había conocido a su papá, de sus años antes de tenerla y de cosas que nunca había contado a nadie y que pensó se llevaría a la tumba.

Entre los huecos de la lana que las agujetas iban formando, los cambios de las madejas para que la prenda no sea monocromática, los errores que su hija cometía y que ella, con paciencia y sonrisas corregía, se fue dando un proceso de reparación, de sanación ante el vacío que había dejado el ser amado.

Antes de salir a verla, ella dejaba una mesa lista con las agujetas y las madejas de lana que utilizarían. Cuando estaba decidiéndose por los colores, accidentalmente topó la mesa con sus caderas y dos madejas cayeron hacia la estantería de la derecha. Al agacharse para recogerlas, miró una tercera madeja que había quedado debajo del mueble. Al sacarla vio que estaba llena de telarañas y polvo. Le dio una rápida sacudida, pero el polvo se había pegado tanto a la lana que parecía fusionarse con las hebras, también se había vuelto tiesa y descolorida; pensó que lavándola podría recuperar algo de la madeja. Al ver la lana reposar en el agua, una sensación desagradable la abordó sin previo aviso. Trató de tranquilizarse y se sentó en una de las sillas del comedor. Hasta ahora la soledad no la había molesto. Al parecer, con los años su peso se volvía más evidente, y ver la silla vacía de la hija no hacía más que acrecentar esa sensación que ahora la identificaba como preocupación. Faltaban dos horas para llevarle el almuerzo, pero decidió salir antes y esperarla por las tiendas aledañas.

Con cada paso que daba sentía la urgencia de ir más rápido. La calle estaba tranquila, la concurrencia de personas era escasa y se respiraba una calma en el ambiente. Toda esa quietud no hacía más que aumentar su preocupación, como si ese ambiente manso fuera la antesala de una terrible tormenta.

Al virar la esquina vio las luces de la ambulancia girando en silencio. Los dueños de la tienda estaban en la puerta con sus cabezas dirigidas al interior. Segundos después, su hija salía en una camilla con la cara pálida y los ojos cerrados. Ella dejó escapar la caja del almuerzo y corrió hasta la ambulancia. Un policía que resguardaba la zona de los curiosos trató de detenerla, pero gritó que era su hija quien estaba en la camilla. Su hija abrió lentamente los ojos al escucharla. Cuando se vieron las lágrimas empezaron a salir. Su hija le extendió los brazos y ella le respondió como lo había hecho la primera vez. Le preguntaba qué había ocurrido, si se encontraba bien, su hija asintió, en pocas palabras le contó que un dolor agudo la invadió hace media hora, y que lo poco que recordaba antes

del desmayo fue ver sus pies embarradas en sangre. Cuando estaba a punto de responderle, los paramédicos le dijeron que debían llevarla urgente al hospital más cercano pues el bebé corría peligro. Se embarcaron en la ambulancia con las manos temblorosas pero entrelazadas.

Mientras esperaba recordaba las primeras visitas que le hacían a su esposo y cómo el tiempo se había detenido durante esos 5 años. Sentía que esa pausa obligada se estaba acomodando nuevamente en sus hombros, al igual que la roca del silencio que en todos esos años había quedado olvidada.

Cuando estaba a punto de ceder ante la presión, un médico la llamó y le informó que su hija y el bebé estaban fuera de peligro. Asimismo, le explicó que el embarazo de su hija era de riesgo y que estaría unos días más en el hospital hasta confirmar que el peligro hubiera pasado. Aun así, los cuidados en casa deberían ser absolutos, su hija debía limitar su movimiento hasta que su embarazo llegue a término, la comida debía ser blanda y los suplementos más elevados. Ella asentía a las indicaciones del médico. Lo único que necesitaba era verla. El médico le dijo que dentro de unos minutos la pasarían a una habitación y se le permitiría el acceso.

Se relajó al ver a su hija con una sonrisa a la vez que se incorporaba. Ella, asustada, le dijo que no lo hiciera, pero su hija, con la actitud de una niña, le reclamó su dolor de espalda. Su rostro había recuperado algo de color, también se la veía más animada. Su hija le platicó que estuvo muy asustada al ver la sangre, pensó que su bebé ya no estaba vivo, pero hace una media hora, un médico le realizó un ultrasonido y confirmó que su bebé estaba bien, hasta pudo escuchar sus latidos.

—¡Y es una niña mamá! —dijo, con los ojos iluminados y una gran sonrisa en el rostro—
Y Quiero que lleve tu nombre. No puedo pensar en otra opción que no sea el tuyo.

La ilusión en su voz estrujó su corazón. De nuevo los ojos se inundaban, pero los cerró enseguida y mantuvo respiraciones pausadas para no alterar a su hija. Con sus manos que mostraban los primeros signos de la vejez, tomó las de su hija, delicadas y esbeltas por la juventud, con la finalidad de que en ese gesto ella pudiera transmitir de mejor manera lo que sentía, en lugar de hacerlo con palabras torpes y escasas.

Los nuevos cuidados a su hija le exigían una sobrecarga de trabajo. Asumió los turnos de ella en la tienda y a la par mantenía la venta de sus tejidos para generar ingresos extras. Su hija estaba en el séptimo mes de embarazo, pero el tiempo pasaba lento a comparación del anhelo que sentía por ver a su nieta. Sin embargo, el estrés la estaba

carcomiendo de a poco a nivel físico. De su espalda nacía una pequeña joroba que iba notándose más y más entre sus ropas; los pies los arrastraba, como si llevara un peso que no le permitía alzar las piernas; notó que su cadera le dolía si estaba sentada o parada mucho tiempo. Se decía así misma, cada vez que el dolor se presentaba, que a penas la bebé naciera se atendería, y entre el trajín del trabajo y las atenciones, el día tan esperado llegó.

Llegaron con tiempo al hospital. Tenían planificada una cesárea para no correr con ningún riesgo. Su hija se puso la bata blanca, le entregó la ropa aún caliente y se recostó en la camilla, mientras esperaba a las enfermeras que la llevarían al quirófano. Ella notó que las manos de su hija temblaban y que su rostro se ponía un poco pálido. Le puso una mano en el hombro, lo apretó en señal de brindarle fuerza y asegurarle que todo saldría bien. Su hija asintió y sonrió.

Cuando estaban a punto de llevarla, su hija la tomó de la mano.

—Tu nombre mamá, recuerda que ese será también el nombre de mi niña.

Ella le dijo que lo sabía y que no se preocupara porque, al fin y al cabo, quien le diría su nombre a penas naciera sería ella.

Casi a la hora le dieron instrucciones para prepararse y entrar al quirófano. Con una bata azul y unas bolsas para zapatos del mismo material entró con recelo y expectación. Justo cuando atravesaba la puerta escuchó el llanto de su nieta. El grito le estremeció el cuerpo, tuvo que apoyarse en el marco de la puerta para no perder el equilibrio. Desde ahí, observaba a la pequeña con la boca bien abierta y los ojos enteramente fruncidos.

Al acercarse a su nieta, la miró hipnotizada de pies a cabeza, era grande y rosada, hasta era capaz de notar el parecido con su hija. Una de las enfermeras le dio las tijeras para cortar el cordón, ella siguió las instrucciones fielmente: entre las pinzas de metal, colocó las tijeras y cortó el cordón en dos movimientos. Cuando devolvió las tijeras, notó que sus mejillas estaban húmedas, no sabía en qué momento las lágrimas empezaron a salir, pero estaba bien, no sentía dolor en el pecho ni remordimiento, tenía un calor que nacía en el estómago y se expandía por todo el cuerpo para llenarla de energía; se sentía llena, colmada, segura de que si el mundo decidía ponerse en su contra no lo dejaría.

Ensimismada, la enfermera de las pinzas la interrumpió, ahora le traía un bulto azul, le preguntó si deseaba cargarla para mostrársela a la mamá. Como si fuera la primera vez que cargaba a un bebé, la tomó con sumo cuidado. Estaba tranquila y respiraba despacio, sus mejillas estaban sonrojadas y de su frente, un mechón de cabello

desordenado hacía su aparición. Caminó la corta distancia que la separaba del rostro de su hija. Se la veía pálida, tenía colocada una máscara de oxígeno, pero eso no le quitó la sonrisa al ver a la niña en brazos de su abuela. Con el aire convirtiéndose en vapor en el látex de la máscara, su hija pronunció despacio, casi en un susurro:

—El nombre mamá, no lo olvides.

Ella asintió, y en el instante en que regresó a ver a los ojos de su hija, el pitido de los aparatos inundó la sala. Los médicos empezaron a moverse lo más rápido que podían. La enfermera de las pinzas le pidió que retrocediera y ella, sin saber qué hacer, sostuvo a la niña contra su pecho protegiéndola. Al ver que las primeras intervenciones no funcionaban, le pidieron a ella que saliera de la sala, se llevaron a la niña de sus brazos y la devolvieron al cuarto donde se había preparado minutos antes.

Con los brazos aún levantados ella no alcanzaba a entender lo que estaba pasando. Hace poco había sido testigo de la felicidad de su hija para después verla con los ojos cerrados y el rostro caído, como si de repente hubiera entrado en un sueño profundo. En el cuarto no se escuchaba ni el menor ruido. Sentía que ese lugar la separaba de una realidad que seguía un curso inevitable al otro lado de sus paredes.

Lo único que hizo fue sentarse frente a la puerta con los ojos fijos en ella. A través de las ventanas cromadas, veía las sombras de médicos y enfermeras moverse de un lado a otro. Cualquiera que la hubiera visto, se preguntaría cómo era posible que su rostro tuviera una expresión de serenidad. Su cuerpo le estaba dando los últimos minutos de calma que podía permitirse, ese estado entre el momento de desborde y el shock. En las ventanas cromadas ya no se veía las sombras de los médicos y enfermeras. Una de las sombras se mantuvo quieta tras la puerta como si estuviera cabizbaja. Segundos después, la puerta se abrió para conectar el mundo de la espera con el del resultado. Las máquinas ya no sonaban, su silencio era más fuerte y determinante que todos los pitidos de alertas. La enfermera de las pinzas se apartó del camino para permitirle el ingreso, pero a ella no le respondían las piernas ni nada dentro de su cuerpo que la dejara levantarse.

A diferencia de todas las señales que tuvo sobre el embarazo de su hija y su poca percepción para asociarlas, ahora lo sabía y lo tenía claro, lo sabía desde la conversación en el cuarto con su hija, desde las tardes y noches que se sentaban frente a la ventana para tejer, desde los desayunos y cenas que compartían, desde la ambulancia en la puerta de la tienda, desde los cuidados por ser un embarazo de riesgo, desde que su hija le repetía una y otra vez el nombre que llevaría su nieta. No necesitaba la evidencia, no necesitaba ver

el vientre redondo saliendo de las ropas, no necesitaba ver el cuerpo tendido de su hija con una sábana blanca cubriéndole el rostro, ya no tenía necesidad de nada.

Sentada con la bebé en brazos y la ropa fría de la hija en la cama del hospital, veía en la ventana el movimiento pausado de las ramas de los árboles por la brisa del mediodía. Ella esperaba a la enfermera, quien minutos antes le había dicho que traería el alta de la bebé. Su nieta dormía. A ratos, regresaba a verle el rostro rosado, le acomodaba las pequeñas manos dentro de la manta y le ponía la mano en su estómago para cerciorarse que respiraba. Estas tres acciones las hacía automáticamente. Ella llegó al punto de no saber si ya no sentía o sentía demasiado. El trance, la vista perdida, el ensimismamiento eran la misma respuesta a algo que no entendía cómo llamar, un estado que la alejaba de la realidad y que a la vez la mantenía unida por una hebra de lana gruesa que se iba rasgando poco a poco.

“Al borde”, “al límite”, “al punto de”, “por tan solo un poco”, eran las frases que había encontrado en el intento de dar sentido a lo que le pasaba. ¿Qué sucederá conmigo después de eso?, ¿hay un después? La niña emitió un quejido, ella se levantó para acunarla con su movimiento y evitar que despertara. Con su nieta le nacía un desconcierto distinto al que le provocó su hija cuando la tuvo por primera vez en brazos. Ahora no solo debía cuidar a su nieta, sino que debía suplir el papel de su hija y eso la dejaba en un punto muerto. Sabía que lo mejor era pedir ayuda, pero no tenía a nadie de confianza, el peso de las dos ausencias era un golpe adicional que la alejó de la posibilidad de formar nuevos lazos.

Mientras se paseaba por la habitación se detuvo ante la ropa doblada de la hija. Con su mano derecha tomó las prendas y las puso encima de la bebé. Al acercar su nariz notó que la ropa todavía traía el olor de su hija. Mantuvo la respiración para evitar el nudo en la garganta. No tenía sentido soltar más lágrimas ni lamentarse, tenía que seguir, era su única opción, su nieta era su única opción. La criaría de la mejor manera, le enseñaría desde el principio a defenderse, a no depender de nadie, le hablaría de su abuelo y de su mamá para que esos vínculos nunca se borrarán, le mostraría que antes de abrir su corazón a alguien debería estar segura, muy segura porque las pérdidas transformaban y no siempre a mejor. Te esperarán muchos errores y alegrías y en ambas estaré para apoyarte, susurró.

Lastimosamente ella no cumplió con la mayoría de lo que se propuso, y no porque le faltara capacidad sino porque la vivacidad y la energía de su nieta terminó

sobrepasando a una mujer que había envejecido el doble tras cada pérdida. Su cuerpo también tenía un límite, y ese límite llegó temprano, cuando su nieta cumplió los 5 años.

Su cadera estaba desgastada, empezó usando bastón, luego un andador, hasta llegar a la silla de ruedas. El perder su movilidad la sumergió más en el letargo, que se había convertido finalmente en melancolía. Si su habilidad para comunicarse hubiera sido mejor, quizá mantener el ritmo de su nieta se habría convertido en algo más sencillo. Para cubrir esa falencia contrató por períodos a una cuidadora, pero eso solo empeoraba el comportamiento de la niña, y en la adolescencia, su manera de ser se volvió insostenible. Ella ya no veía opciones para ayudarla, hasta el punto de que prefirió encerrarse en la habitación de su hija y dejando a su nieta a sus anchas. La relación se volvió similar a la que mantuvo con su hija antes del embarazo, pero su nieta era más hostil, terca y dura con las palabras.

Entre cuidadoras y empleadas, ella también fue perdiendo la vista hasta alcanzar la ceguera total; no lo sintió como un castigo, más bien era un alivio para cortar el principal hilo de lana que la ataba a la realidad. El oído fue la única vía que le quedó para sentir el paso del tiempo. Por su oído le llegó la noticia de que sería bisabuela no una sino tres veces, por su oído llegaban las peleas y llantos de su nieta frente a incontables voces de hombres, por su oído escuchaba a sus bisnetos jugar con lo primero que encontraban.

Gracias a esa desconexión, ellos se volvían cada vez más lejanos. Decidió que todo lo que escuchaba era como sintonizar la radio y dejar que las voces inundaran el ambiente sin que tengan algún sentido particular o que le afectaran en algo. Para lo único que llegarían a servirle esas voces sería para recordarle que seguía viva y que, cuando dejara de escucharlas, al fin podría descansar.

La enfermera entró a la habitación, le explicó a ella que el alta estaba lista y le dio algunas instrucciones generales para los chequeos posteriores de la niña o si en algún momento enfermaba. Le entregó los documentos correspondientes al acta de nacimiento, facturas médicas y recetas. Entre los papeles, muy refundido, también estaba el acta de defunción de su hija. Antes de marcharse la enfermera retiró el brazalete de la mano derecha a la niña, donde se leía el nombre de 4 letras: Emma.”

Y colirín colorado esta historia se ha terminado, ¿cómo? ¿a qué te refieres?, que terminé de contar el cuento, pero esta es la vida de la abuela ella me la contó, o eso es lo

que quieres creer, no Fausto esta historia no la inventaste tú, yo no invento historias yo las creo y lo que creo es *fantalidad* ya te lo había explicado, pero la abuela es real esta historia es real, no es real es *fantalidad* pero allá tú si no me quieres creer, y cuál es la diferencia entre lo real y...eso que dices, para mí todo es *fantalidad* y puedes encontrar ahí lo que buscas lo que pienses y desees es nuestro mundo Dalia. Dalia estaba de espaldas a la abuela con la bandeja de comida en las manos, sentía la energía de Fausto revolverse, como si estuviera a punto de salir. No es posible cada tarde la abuela me cuenta su vida lo duro que fue para ella y por qué terminó así también me escucha me comprende, esa es la *fantalidad* Dalia lo que tú quieras crear será tu lugar seguro.

III

El sonido de la puerta al cerrarse me hizo dar un brinco. Cuando reaccioné entendí que estaba en la cocina. Los niños salieron de su habitación y entre risas y gritos corrieron a los sillones para hacer un fuerte y empezar a jugar. Cuando la señorita Emma y su novio-esposo se iban, el ambiente en el departamento se relajaba, inclusive la abuela abría la puerta de su habitación para que el aire despejara la humedad del encierro. La bandeja con los platos usados estaba en el lavaplatos, el agua del grifo corría como una pequeña cascada. Estaba por lavar los platos, eso lo entendía, pero no recordaba lo que estaba haciendo antes de llegar a la cocina. Cerré el grifo y me sequé las manos en mi vestido. Sentía la cabeza aturdida. Si intentaba recordar el esfuerzo me nublaba la mente, así que decidí no darle más importancia, tal vez estaba cansada. Al regresar a ver al reloj de pared me di cuenta de que ya era hora del almuerzo. Me acerqué a los niños para preguntarles qué querían de comer, pero como siempre me evitaron. Desde que llegué era así, por más de que lo intentara no daban señales de querer aceptarme.

Hace cuatro meses vivía en el departamento de alado. Me adoptó una familia que no podía tener hijos y, a pesar de que mi actitud les resultaba un tanto parca, logramos entendernos. El señor no parecía estar muy a gusto conmigo y la señora me sonría por cortesía. En verdad, no entendía el por qué me habían escogido.

Una tarde los escuché hablando en el estudio, ya no sabían qué hacer conmigo. Además, la señora estaba muy contenta porque desde hace un mes supo que estaba embarazada, que era un verdadero milagro y que yo ya no era necesaria. Al parecer, el matrimonio era muy cercano al coordinador del orfanato y aceptaron su pedido de llevarme porque era la tercera vez que me devolvían, sino conseguía una familia de acogida pronto, él tendría que hacer el molesto papeleo para que me recibieran en otro orfanato y eso llevaría su tiempo. Como el matrimonio tenía la idea de adoptar aceptaron; el coordinador les aseguró que yo no era el problema, sino el resto de las familias por no brindarme un lugar donde me sintiera a gusto.

Al principio ellos se portaron amables conmigo y yo ayudaba en los quehaceres que podía como retribución; a veces pienso que no ser risueña y no hablar mucho me jugó en contra para que me vieran como alguien extraña, como si fueran ellos quienes me molestaran, pero no tenía la más mínima idea de cómo cambiar eso. También, algunas de

las familias, incluidos ellos habían reportado al orfanato que tenía comportamientos extraños. Solían encontrarme hablando más de lo normal con lo que decían era otra persona. Ellos estaban convencidos porque habían escuchado otra voz, pero al entrar a la habitación nunca encontraban a nadie. En la madrugada solía despertarme con gritos y con un llanto que no era capaz de cortar hasta que mi voz se quedaba ronca; decían que cuando trataban de calmarme, me ponía agresiva sin dejar que se acercaran. Todos estos comportamientos les causaba miedo o agotaban su paciencia; no tenían por qué lidiar con los problemas de alguien ajeno, y peor si ese alguien no les explicaba lo que pasaba o no se dejaba ayudar. Me era difícil creer lo que decían porque no tenía ningún recuerdo de esos eventos y decirles eso los enfurecía más. Por eso, opté por no refutar nada de lo que decían. Seguía recibiendo miradas de desprecio, pero era mejor eso a que me acusaran de que solo recordaba lo que me convenía, que eso era más fácil para mí que decir la verdad y que no pensaba en los que lidiaban conmigo en esos momentos.

En definitiva, al ver que la última decisión era devolverme decidí escapar durante la noche. Fingí ir a dormir temprano. Como era usual, la señora se quedaba unos minutos alerta por si empezaban las pesadillas, pero al ver que todo parecía normal cerró la puerta y se retiró a su habitación. Esperé en la cama una media hora, me sumergí unos segundos más en la suavidad de las cobijas para llevarme esa sensación de última comodidad y salí en puntillas de mi habitación. Di una última mirada a la sala y a la cocina; esta familia no había sido mala conmigo, respetaban mi espacio y, más que nada no me golpeaban, pero la sola idea de volver al orfanato me estremecía; quizá si buscaba algo por mi cuenta me iría mejor.

Al cerrar la puerta me senté en el pasillo para pensar qué haría a continuación. No transcurrieron más de cinco minutos cuando una chica alta y delgada salió del departamento de alado dando tumbos. Trataba de encajar la llave en la cerradura, pero se movía como si estuviera mareada. Después de maldecir y dar un puntapié a la puerta se percató de que alguien más estaba en el pasillo. Con sus ojos entrecerrados regresó a mirarme. Una chispa se encendió en sus ojos grandes y cafés.

—Oye no tienes donde quedarte ¿verdad? —balbuceaba. Algo de baba le chorreaba por una de las comisuras de la boca. Su cabello corto estaba alborotado; su blusa morada corta estaba desabotonada hasta la mitad y sus jeans pegados al cuerpo tenían la bragueta abierta. Asentí sin comprender lo que pasaba. Ella se acercó tambaleando, se agachó, para mi sorpresa no se cayó y me tomó de las manos para que me levantara.

—Si cuidas a mis hijos por esta noche te puedes quedar —dijo, con una sonrisa exagerada y apoyándose en mí— y así ganamos las dos ¿te parece?

Empezó a reírse tan fuerte que temí que la señora y el señor se despertaran. Asentí varias veces para que entráramos rápido al departamento. Ella accionó la manija, esperé a que entrara primero, pero abrió la puerta totalmente para darme un empujón y meterme. Ella se sostuvo en el marco de la puerta.

—Son tres, deben tener hambre. En el refri hay cosas, prepara lo que quieras —. Cuando estaba a punto de cerrar la puerta, la abrió de golpe nuevamente.

—¡Ah! Mi abuela también está, es ciega y no hace nada, pero si quieres pregúntale si tiene hambre también —. Cerró con un portazo y la oscuridad del departamento se asentó sin mayor dificultad.

Cuando estaba en la cocina sentía a mis espaldas la mirada de uno de los niños. Me parecía que se turnaban para vigilarme y estar seguros de que no le pondría nada raro a la comida. Aun así, cuando los llamaba a la mesa y servía los platos, esperaban a que yo comiera primero para después probar bocado.

Durante las comidas conversaban entre ellos y ayudaban a su hermana menor a que no regara nada al piso. En un inicio, intenté unirme a las conversaciones, pero eso solo provocó que un silencio pesado cayera sobre la mesa. Los hermanos regresaban a verme para después mandarse miradas y terminar lo más pronto. Ahora me limito a escucharlos, y es a través de estos espacios que conozco de su día a día.

Por lo general salen a vender tejidos de lana de su abuela y compiten para ver quién lograba vender más rápido. El perdedor debía dar una parte de sus ganancias al ganador; también hablaban de lo difícil que era vender en tiendas o restaurantes, los dueños los sacaban “como si tuviéramos alguna enfermedad”, decía el hermano mayor. Algunas veces, los dueños se portaban amables y hasta les regalaban comida. En las tardes, después del almuerzo se dedicaban a jugar con su hermana. Como no podían llevarla con ellos la dejaban encerrada en su habitación. Una vez me opuse, les dije que eso estaba mal, que podría ocurrirle algo, pero me ignoraron.

A pesar de que estuviéramos en la mesa, me trataban como si no existiera. Sí, estaba en su casa, pero no *era* parte de ella, era una extraña y como extraña tenían miedo de lo que pudiera o no hacer. Lo único bueno era que, mientras más me quedara callada, más se abrían, y con tal de que no molestara me parecía que podíamos vivir bien y en paz.

Antes de llamarlos a la mesa preparaba un plato aparte más un vaso con agua o jugo para la abuela. Entrar en su habitación me causaba algo extraño, como si de repente cayera sobre mí una golpiza sin darme oportunidad a defenderme. En una de las paredes tenía un reloj que ya no funcionaba, por lo que a ratos pensaba que esa habitación estaba excluida del paso del tiempo. Aparte de la cama en donde siempre encontraba unas ropas dobladas, había un armario desvencijado y una cómoda pequeña que mantenía a su izquierda. Algunas veces la había visto sacar agujetas y lanas de la cómoda para ponerlas en su regazo. Cuando la vi en un principio pensé que la señora veía a la perfección, porque sus movimientos eran propios de alguien que se guiaba con la mirada, luego entendí que en la práctica había desarrollado una mayor precisión en sus movimientos. Encima de la cómoda dejaba un espacio para la comida.

Cuando entraba a su cuarto la abuela detenía el tintineo de las agujetas, cruzaba sus manos con dedos largos y llenos de arrugadas para dirigir su mirada hacia el espacio vacío de la mesa. A penas escuchaba que la bandeja topaba la mesa, murmuraba algo que sabía era para mí y que nunca entendía; tomaba el vaso y lo ponía en una de las esquinas, para después llevar la bandeja hacia su falda. Dejaba sus manos extendidas encima de la bandeja y esperaba a que me fuera para comenzar a comer.

La abuela era una mujer misteriosa. A pesar de estar postrada en la silla de ruedas, su imagen no transmitía pena ni inutilidad. Algo en ella provocaba confianza, seguridad; mientras ella estuviera creía ciegamente que no nos pasaría nada y los niños también lo veían así. “La abuela es un poco rara, pero sabe cuidarnos”, “sin ella no hubiéramos podido hacerles frente a los hombres que trae Emma”, “la abuela sabe lo que tenemos que hacer, y le seguiremos haciendo caso”, eran algunas de las frases que salían de vez en cuando en las comidas. También recordaban que les hablaba con un tono tranquilizador cuando lloraban.

—Los ojos blancos de la abuela no son fríos ni tampoco dan miedo, son como el algodón de azúcar o...—dijo el hermano mayor, mientras se ponía el tenedor en el mentón para pensar.

—O como las nubes, ¡esponjocitas! —completó el hermano mediano.

—Y tú cómo sabes que las nubes son esponjocitas si no has tocado una.

—Porque son así y punto.

Solían hacer pausas entre discusiones para llevarse varias cucharadas de arroz a la boca. La niña era la más tranquila, solíamos cruzar miradas y de vez en cuando me respondía con una sonrisa.

—Me gustaría que la abuela hablara de nuevo —dijo el hermano del medio. El hermano mayor frenó en pleno camino la cucharada de arroz.

—La abuela está viejita y no tiene dientes —dijo el hermano mayor para regresar a ver tanto a su hermana como a su hermano—. No nos va a volver a hablar, pero sí que nos entiende.

Para ellos hablar en clave era normal. En algunas ocasiones solía notar que, cuando hablaban de más resumían el tema, o hacían gestos poco disimulados hacia mí para hablar de otra cosa, de esta forma controlaban la información que yo sabía y la verdad, no me parecía mal, pero un día, cuando una de las parejas de la señorita Emma llegó sola a la casa, me hubiera gustado saber a qué me enfrentaba para tomar resguardo, tal y como los niños lo hicieron.

Era una tarde rojiza y las luces de la calle se encendían de a poco. La mitad de la luna aparecía casi transparente en el cielo, a la espera de que la noche cayera para iluminar el resto de las estrellas. Yo estaba en la cocina lavando unas verduras, los niños jugaban en los sillones, los usaban de escudos contra unas flechas flácidas de papel y un arco con un hilo flojo de lana que habían construido.

El ambiente estaba tranquilo. La energía de los niños llenaba cada rincón del departamento, pero en cuestión de segundos pararon su juego para alzar sus cuellos y dirigir los rostros hacia la puerta. Su pose me llamó la atención, parecían perros en estado de alerta y pensé que era uno más de sus juegos. Esperaron no más de dos segundos, dejaron las armas de juguete en el piso, tomaron a su hermana y corrieron a su habitación.

Escuché al unísono tanto el cerrojo de la puerta de entrada como el de la habitación de los niños. Me asomé para ver quién era, segura de encontrarme con la señorita Emma o su novio-esposo, pero mi cuerpo se tensó al ver a un hombre de terno entre unos cuarenta y cincuenta años, con la corbata desarreglada y con un cigarrillo en la boca. Me examinó de pies y cabeza, por lo que sentí su mirada pegajosa recorriendo mi cuerpo sin perder ningún detalle. El hombre se retiró la chaqueta y la dejó en el respaldo de una de las sillas del comedor; pude ver que los botones de su camisa cerraban a duras penas a la altura de su estómago. También se retiró la corbata y se aflojó el cinturón. Yo no dejaba de ver cada uno de sus movimientos y parecía que eso le gustaba. En su mente sabía que yo tenía miedo y que por eso no le quitaba los ojos de encima. Traté de serenarme y volver a lo que estaba haciendo, quité la mirada de su rostro grasiento y de las entradas que tenía por la edad para terminar de lavar las verduras. Ese fue el mayor error que pude cometer.

Cuando cerré el grifo sentí su presencia a mi lado. Al regresar a ver, me tomó el rostro con sus manos regordetas y calientes para llevar mis labios a los suyos. Mis ojos se abrieron como platos en el intento de saber qué estaba pasando. Cuando lo empujé recriminé mi accionar lento y la culpa de no haberlo anticipado nubló mis pensamientos. Al mirarlo entendí que analizaba mi reacción y hasta se divertía. Froté en silencio mis labios con la manga del vestido. Él estaba abriendo el refrigerador y tomando una cerveza para regresar a la silla donde había dejado su chaqueta. Cabizbaja, pero sin dejar de mirarlo de reojo, saqué una tabla de picar y un cuchillo casi sin filo para hacer trocitos las verduras.

Por la presión que ejercía su mirada, me costaba concentrarme en una labor tan sencilla que era cocinar, me quedaba a veces en blanco sin saber qué tenía que hacer. Al sacar un recipiente de plástico para pasar las verduras picadas, vi que se levantaba para dirigirse otra vez hacia mí. Mi cuerpo empezó a temblar y en lugar de buscar una vía de escape me quedé quieta, como si eso fuera a detenerlo. Intenté seguir con lo que hacía, pero él se inclinó para quedar hombro con hombro y darme empujoncitos. No entendía qué quería que hiciera. Cuando le miraba a los ojos parecía que me incitaba a algo y me ponía nerviosa el no saber a qué.

Con los labios secos y latiendo, como si se tratara de una herida abierta, lo aparté para abrir el refrigerador y sacar unas salchichas. Se movió a un lado con normalidad, le dio un último bocado a su cerveza y abrió el bote de basura; en ese momento arrojé las salchichas sobre el mesón, dejé que la puerta del refrigerador se cerrara, para correr a la única puerta abierta que alcancé a ver.

La abuela estaba en su lugar habitual junto a la ventana. Sentía que él se acercaba a pasos agigantados. Ella me abrió los brazos y solo atiné a echarme a su falda, sin darle importancia al golpe de mis rodillas contra el piso. Hundí la cara en sus piernas sin parar de llorar. Entre sollozos escuchaba que ella le gritaba. Su voz ronca me caló los huesos por la fuerza en cada entonación. Sentí en mi espalda que una de sus manos estaba hecha puño, sostenía a presión una agujeta larga y que parecía tener filo, un arma en caso de que las cosas se salieran de control. En mi desesperación sabía que eso no lo iba a detener, que una abuelita frágil y ciega sería fácil de confrontar, pero al cabo de unos minutos escuché pasos alejarse y también la puerta de entrada abrirse y cerrarse de un portazo. Me aferré a ella a la espera de que regresara, pero al notar que la calma volvía al departamento, mi llanto no hizo más que intensificarse. La tensión que tenía en mi mente dio paso a pensamientos atroces sobre lo que pudo haber pasado; mi respiración se

IV

A partir de esa noche, la abuela me recibía cada tarde en su habitación. La mayoría de las veces la escuchaba balbucear lo que parecían frases, intentaba memorizarlas para más tarde anotarlas. Pensaba que, si traía una libreta y un lápiz para hacerlo en ese momento ella se enfadaría. También le gustaba enseñarme a tejer. Admito que no tenía la habilidad, pero ella lo compensaba con su paciencia. Ella giraba su silla en mi dirección, extendía una de sus manos para señalarme una esquina de la cama donde podía sentarme y ahí comenzaban las largas horas de enseñanza.

Con el tiempo, me percaté que hablaba de varias cosas con ella, inclusive de algunas que no me había atrevido a decir y no porque tuviera miedo, sino porque no encontraba la forma adecuada. Sentía que me escuchaba, que su atención estaba en cada palabra que decía y cómo estas me afectaban. Para mí, ella era la persona más lúcida que había conocido, a pesar de que la señorita Emma dijera lo contrario.

Cuando la señorita Emma se refería a su abuela, siempre había un dejo de desprecio evidente. Nunca las vi cruzar palabra, me daba la impresión de que vivían en mundos distintos a pesar de compartir la misma casa. Sus hijos no la querían, el mismo comportamiento de huir a su habitación lo repetían con ella. De hecho, en las comidas, ellos tampoco hablaban mucho de su mamá y si lo hacían, no se referían a ella de esa forma, la trataban por el nombre. Durante todo el tiempo que estuve en el departamento, vi a la señorita Emma como la mala y hasta cometí el error de decírselo a la abuela; recuerdo que las palabras salieron con tanta facilidad que no las pude detener.

—No entiendo por qué la señorita Emma la trata así. Usted es tan buena, se preocupa por los niños, hasta me dio un espacio a mí, una desconocida. ¿Por qué no trata de decirle algo? —. La abuela giró su silla y se puso a tejer en solitario a la luz de la ventana. Sentí que mis palabras la hirieron de alguna forma.

Al día siguiente, con recelo de entrar a su habitación, esperé en la puerta para que me permitiera el paso. Ella tardó unos minutos, pero terminó girándose y haciéndome una seña. Con el corazón emocionado me acerqué a paso firme. Cuando sintió que estaba cerca hizo su seña nuevamente, con la intensidad de que me pusiera a la altura de su boca.

voz rasposa y que se arrastraba por la garganta. Era parecida a una voz ronca de resfriado que a veces se agudizaba y en otras se opacaba. Llevé mi mano desocupada a la garganta, tal vez me iba a resfriar y estos eran los inicios, pero no tenía dolor alguno.

—La abuela sigue guardando el dinero de los tejidos, ¿y si le preguntamos cuánto hay? Tal vez ahí nos hable —, interrumpió mis pensamientos el hermano del medio.

—No, ella dijo que cuando sea el tiempo nos lo dará —dijo el hermano mayor, con la voz más gruesa para darle solemnidad a las palabras de la abuela.

—Y qué quería decir con eso —increpó el hermano del medio, un tanto molesto, a lo que el mayor alzó los hombros como respuesta.

—Igual ahorita la abuela no nos dirá nada, no habla, ya te lo he dicho.

—Sí habla —dije en un tono fuerte y seguro. Los niños dejaron de comer y regresaron a verme. Al darme cuenta de lo que acaba de hacer, sentí sus miradas posarse sobre mí sin ninguna contemplación. Con los ojos fijos a mi plato, llevé sin pausa varios bocados a mi boca hasta casi atragantarme. No escuchaba el tintineo de las cucharas contra los platos, por lo que sus miradas seguían fijas en mí. Cuando pensé que no podía aguantar más la tensión, ellos retomaron en silencio la comida. Al terminar de comer y cuando iba a tomar los platos de la mesa, el hermano mayor se plantó frente a mí con sus ojos redondos fruncidos y los brazos extendidos con las manos en puño.

—No te acerques a la abuela, te inventas cosas y eso la puede enfermar ¿me oíste?

Sus palabras fueron una sentencia fría y cortante a la que ni siquiera me dejó responder. Sus hermanos le miraron extrañados, pero al ver que se dirigía a ellos con una sonrisa y volvía a ser el mismo de siempre olvidaron esa escena para retomar su juego.

Con los platos sucios en las manos quedé plantada en el piso. Mi cuerpo se sentía pesado, y el simple hecho de moverme me obligaba a utilizar una fuerza que se había esfumado de repente. “Te inventas cosas”, esas tres palabras empezaron a bombardearme, como si miles de cuerdas rodearan mi cuerpo con el objetivo de cortarme la circulación. Ese bombardeo fue sacando de mi memoria pedazos de recuerdos que no sabía que tenía.

Hasta ahora había estado segura de tener el control de lo que hacía y de lo que me hacían, pero era como si alguien hubiera puesto una venda sobre mis ojos y después la quitara para mostrarme algo distinto, que lo que no alcancé a ver ya no importa, mejor pasarlo, pero no, lo único que tenía era yo, yo no podía dejar de ser yo, eso nunca, o al menos mientras dormía, pero despierta estaba yo, siempre estaba yo nadie más.

Los platos empezaron a chasquear en mis dedos, algunos de los cubiertos se cayeron, por lo que el sonido estridente contra el piso me asustó. Los niños regresaron a

ver, les había llamado la atención que no me moviera, pero siguieron con lo suyo. Dejé los platos en la mesa antes de que se resbalaran de mis manos y corrí a la habitación de la abuela.

Al entrar cerré la puerta de golpe y puse el seguro; escuchaba los gritos y golpes de los niños en la puerta diciendo que la abriera. Cuando me dirigí hacia la abuela, mis piernas recordaron el peso de hace unos minutos y se desplomaron. Me arrastré hacia su silla, ella estaba en su posición de siempre mirando a la ventana, pero sus manos no se movían. En el momento en que mis manos tocaron la silla, su cabeza se viró a un lado y vi sus ojos cerrados, como si estuviera en un sueño profundo. Al tomar sus manos sentí un frío distinto, un frío seco y rígido que detenía la sangre de quién se atreviera a tocarlo.

La moví despacio para despertarla, pero no lo hacía; lo hice con más fuerza a la par que las lágrimas salían y los sollozos se filtraban por mi boca. Me dejé caer en su regazo con un grito que me rasgaba la garganta y apretando sus manos para que se calentaran; fue entre lágrimas y sollozos cuando escuché sus balbuceos:

Escuché...
 todo está bien en la noche...
 nada que me asuste...
 nada que me asuste...
 nada que me asuste...

Alcé el rostro con la esperanza de encontrar otra vez esos ojos blancos y la sonrisa partida en sus labios delgados, pero la puerta se abrió con un estruendo. El novio-esposo de la señorita Emma había dado una fuerte patada a la madera vieja de la puerta. La señorita Emma se acercó a mi y a la abuela. Era la primera vez que la veía con el rostro serio. Le bastó una mirada rápida para entender lo que pasaba. Me agarró del brazo con un tirón y me sacó a la sala, los niños se encerraron en su habitación por lo que solo estábamos los tres. Su novio-esposo me miraba con atención, sin perder de vista mis movimientos. La señorita Emma volvió a entrar al cuarto, para salir minutos después con la muda de ropa que la abuela siempre tenía en su cama.

—Es lo único que te puedo dar —dijo. Dejó caer la ropa a un lado de mí: era un vestido de mangas y un saco de lana. Alcancé a tomar la ropa en el aire para evitar que tocara el piso—. Largo de aquí.

El novio-esposo de la señorita Emma sonreía al verme agazapada y abrazando la ropa como si fuera oro. Él siguió a la señorita Emma que entró de nuevo a la habitación

de la abuela con el teléfono convencional. Escuchaba que revolvían cosas y cuchicheaban, mientras uno de los dos marcaba en el teléfono.

—¿Sí? Quisiera reportar que mi abuela falleció.

En su voz había un intento de querer sonar triste, pero las risitas que lanzaba su novio-esposo la delataban. Hasta escuché que le dio un golpe en alguna parte del cuerpo para que se callara, pero las risitas seguían.

—No lo sé. Tuve que salir por un momento y cuando regresé ya la encontré así. Ella estaba en silla de ruedas, ya era muy mayor.

Él sacó una caja al pasillo y empezó a meter todos los ovillos de lana y agujetas de la abuela, así como su ropa y otros accesorios de uso personal.

—Tardó bastante, pero a la final ya vamos a poder vender el departamento —dijo él, con una expresión de júbilo cuando la señorita Emma colgó.

—¡Sí! —exclamó ella sin disimular ni un poco su alegría—, si la mocosa iba a apurar el proceso hubiera buscado una cuanto antes.

—Pero ¿qué le habrá hecho?

—Ni idea, le dio algún susto y se le paró el corazón... ¡No la toques! Después van a pensar que fuiste tú.

—¡Lo siento, lo siento! Oye, no sé si me creas, pero algunas veces cuando estábamos aquí, la mocosa venía a la habitación de tu abuela y se escuchaba como que hablaban o algo así.

—Me pareció escuchar eso un día, pero pensé que era la resaca...hablaba sola entonces, si mi abuela no dice ni pio desde hace años.

Hablaban de una manera tan natural que sus palabras me resultaban poco creíbles. Antes creía que su actitud era una fachada para soportar sus problemas y dar la cara a ese mundo que la estaba haciendo sufrir, pero ahora esa sensación de indiferencia se transformaba en una verdad amarga. La señorita Emma nunca la quiso, y eso, de algún modo estaba bien, el no querer a alguien no te vuelve cruel; el problema es cuando ese alguien deja de existir ante la mirada, no necesita estar muerto para hacerlo, solo se necesita que los lazos se corten para dejar claro que no existe posibilidad alguna de reencuentro. Para la señorita Emma, su abuela estaba muerta desde hace mucho, solo le estorbaba ese cuerpo que ocupaba un lugar más en el departamento y que se iba apagando día tras día. Ahora, que ese cuerpo al final había expirado, ya no tenía por qué detenerse, por qué seguir estancada como lo estuvo desde que era niña.

La señorita Emma salió de la habitación con algunas cajas. Al verme todavía en el piso, una chispa de enojo se asomó en el filo de sus ojos. Botó las cajas en la sala, agarró mi brazo de nuevo y me obligó a levantarme. Nos dirigimos a la puerta que estaba entreabierta, la abrió entera y adelantando mi cuerpo me empujó al pasillo. El sonido de la puerta cerrándose con furia hizo que un dolor agudo iniciara en mis sienes, por lo que me tendí a un lado de la puerta hecha un ovillo y con las manos tapándome los oídos. Las palabras de ellos se metían en mi cabeza, como si estuvieran clavando sobre una piedra sin intensiones de ceder. Cerré los ojos, pero la imagen de la abuela con sus ojos cerrados venía a empeorar el dolor. Sentía la saliva chorrear de mi boca, mientras mi lengua intentaba esquivar el temblor de los dientes que a veces se cerraban con fuerza; poco a poco, mi boca parecía retomar el control al sentir que mi garganta vibraba para decir algo, unos balbuceos.

La abuela

Transcurrió un tiempo, pero no mucho, hasta que ella volvió. Estaba muy cansada, pero con una sonrisa en los labios. Recuerdo que cuando ella volvió, me dijo que había estado en el hospital y que había estado muy bien. No todo se va a solucionar a la primera, ni a la segunda, ni a la tercera... o... puede que sí, no sabemos cuánto tomará, pero aquí estoy, aquí estamos, debes decirnos cómo te va. Mi niña, así pedimos, así pedimos, así pedimos. Pero para pasar por esto, por nosotros, pero esta ha sido la forma que has encontrado para lidiar con todo el dolor que has encontrado a tu corazón, ese corazón tan pedregado que... el dolor y no tiene espacio para consolarse. Si mi niña, los momentos existen y son tan lindos como extraños, pero la diferencia es que de ti no puedes irte, no hay que irte por el mundo. Lo desconocido trae miedos, es verdad, pero tú decides si lo que estás dentro de ti de verdad es de verdad. Mi niña no me des la espalda, no nos des la espalda; aquí voy a estar, aquí voy a estar, y si ellos no quieren venir contigo, te acompaña a donde quieras ir. Mirando, mirando, mirando en el espejo y sonreír, yo estaré para apoyarte, a pesar de que ellos no lo hagan.

Emil la encontró tendida alado del armario y en posición fetal. Sus manos cubrían sus oídos y de su boca salía una retahíla de frases y sonidos difíciles de entender. En el piso había huellas de las patas del armario, al parecer ella había intentado empujarlo. Cuando la tomó del brazo le sorprendió lo poco que pesaba pues fue capaz de levantarla con una sola mano. Al ponerla de vuelta en el piso notó que sus ojos estaban fijos y no pestañeaba. Con la otra mano chasqueó sus dedos frente a su mirada, pero no reaccionaba, parecía haber abandonado este mundo. Algo en ello lo divertía, seguramente porque parecía estar muerta pero la intensidad de la mirada y los balbuceos la delataban. Era como tener a una muñeca defectuosa a su merced, si lograba hacer algunos ajustes probablemente provocaría otros efectos, sería fascinante ver qué ocurre, pensaba. Pero tenía que ser cuidadoso, no vaya a ser que ajustara bien la tuerca y la arreglara. Sería un completo desperdicio.

La obligó a pararse, pero las piernas las tenía como gelatina. Eso lo molestó porque no quería cargarla hasta su habitación.

—Será a rastras entonces —dijo, arrastrándola como si llevara una bolsa de papas.

Mientras la llevaba por el pasillo con los balbuceos de fondo, pensó que su ingenio de subir al tercer piso y encerrarse en una de las habitaciones había sido bastante inteligente para una niña de su edad. Y por eso vamos a premiarla; recordó lo que tenía planeado para después del juego de las escondidas.

Al bajar las escaleras las piernas de Dalia se mezclaban y golpeaban en cada escalón. Por la tonalidad blanquecina de su piel, los moretones color verdoso no tardaron en aparecer principalmente alrededor de sus tobillos. Emil dio una rápida mirada a los pies. Desde el primer día de experimentación le resultó fascinante lo delicada que era su piel, inclusive se podía jugar con la intensidad del golpe para lograr colores diferentes; pero esa fascinación se fue apagando de a poco porque Dalia no era capaz de aguantar estímulos más fuertes sin romperse algo o desmayarse. Su mirada todavía perdida y el balbuceo que aumentaba los hilos de saliva, eran pruebas suficientes de que encontraba la manera de escaparse del dolor y eso a él no le servía.

—Primero debo traerte de vuelta, si no, no tendrá sentido.

Al llegar a la puerta de su habitación, Emil sintió que tiraban de su mano. Al regresar a ver notó que Dalia estaba erguida, con la cabeza gacha y había dejado de balbucear. Hizo el intento de soltarla a ver si no se caía y en efecto se mantuvo en pie. Él sonrió, aliviado de que ella por sí sola, ya estuviera recuperando la conciencia. Puso su mano por debajo del mentón de Dalia y lo alzó para comprobar sus ojos, pero los tenía cerrados.

—Bueno, me sirves mejor así —dijo, mientras abría la puerta—. Vamos entra que tenemos mucho por hacer.

Al ver que Dalia no daba señales de moverse, él la empujó como era lo usual. Dalia reaccionó y aun con los ojos cerrados, caminó como si supiera de memoria el camino. Antes de entrar, Emil hizo tronar su cuello y omóplatos con la intención de relajar la tensión. Iba a ser una tarde larga, debía despejar su mente y mantenerse sereno para captar los momentos que tanto deseaba. Una vez que la oscuridad de la habitación había tragado a Dalia, Emil se apresuró a seguirla. Dejó que la puerta se cerrara despacio tras de sí.

Pasaron dos días hasta que encontraron a Dalia un kilómetro y medio hacia el sur de la casa. Por suerte el viento la había favorecido y las llamas se habían dirigido hacia el norte consumiendo todo a su paso. De hecho, cuando la encontraron, todavía una gran parte del equipo de bomberos intentaba frenar el avance del fuego sin mayores esperanzas.

La casa se había reducido a cenizas, tardarían una semana más para identificar que eran 4 los cuerpos calcinados bajo los escombros y otra más para conectar a Dalia con la familia fallecida. Para las autoridades será un misterio la presencia de la cuarta persona pues no tenía relación alguna con la familia García. Un médico que los visitaba sin una periodicidad fija comentó la servidumbre, quizá por alguna enfermedad de la señora o del hijo, a este último lo veían salir muy poco de su habitación.

La muerte del médico fue notificada a su madre, a quien la noticia le llegó como un baldazo de agua fría. Al parecer, el médico era el sustento y soporte de la pequeña familia conformada por su madre viuda y su hermano menor quien padecía una enfermedad terminal y se encontraba internado desde hace algunos años en un hospital.

La madre lo recordaba como alguien atento y muy pendiente de los demás, siempre al tanto de sacar lo mejor en las peores situaciones y velar por el bien de quienes le importaban. Cuando le dieron a conocer a la madre que su hijo tenía un seguro de vida y que ahora ese dinero era suyo para continuar con el tratamiento de su hijo menor y tener un sustento, lo único que hizo fue sostener en sus manos temblorosas los papeles de la aseguradora, mirarlos sin estar en la capacidad de leerlos y decir: “Yo no quiero esto, quiero a mi hijo de vuelta”. Ella decidió también que, por ahora, no le daría la noticia a su hijo menor, quien se encontraba en momentos críticos de su enfermedad.

En cuanto a Dalia, el hospital que la recibió en estado de emergencia dijo que, si hubieran demorado unas horas más en traerla, ella habría muerto de deshidratación y desnutrición crónica. Le tomó una semana ganar peso y recobrar un color saludable en su piel. Sus heridas no eran graves, a excepción de una en el ojo derecho que tenía una fuerte infección y que la estaban controlando.

A los 15 días, si bien sus heridas habían sanado, Dalia no daba ningún signo de despertar. Los médicos detectaron un sueño profundo con algunos movimientos oculares que daban alertas de que despertaría pronto, pero nunca terminaba cumpliéndose.

Cuando ella ingresó al hospital y durante el chequeo de rutina, encontraron varias cicatrices antiguas y otras más recientes, extrañas para una niña de su edad por su localización y también la frecuencia, pues eran varias y de distintos tamaños. Al tomar esto en consideración, los médicos pensaron que Dalia pudo haber sido víctima de un constante abuso físico y que el hecho de que no despertara daba indicios de un daño emocional profundo. Aun así, para descartar cualquier alteración o lesión física, mantuvieron pruebas a nivel neurológico, pero como era de esperarse todo se mostraba en orden.

A partir de su recuperación física, los médicos decidieron darle un tiempo de prueba, ya que no podían mantenerla por siempre en el hospital, más aún si nadie se había acercado hasta ahora preguntando por ella. El tiempo de espera fue de 10 días, pero Dalia necesitó solo cinco para abrir los ojos.

Cuando los médicos la revisaron no percibieron estímulo adicional. Sus ojos respondían a la luz, respiraba pausadamente y sin complicaciones, si se le daba de comer lo hacía. Según el psiquiatra encargado, ella estaba en un estado catatónico, donde si bien su cuerpo cumplía con las funciones básicas no parecía haber nadie dentro para dirigirlo o moverlo a voluntad, por lo que confirmaron la afectación emocional en un nivel grave.

El hospital decidió dar el paso a un psiquiátrico benéfico que acogería a Dalia hasta que muestre signos de recuperación. Según el criterio del psiquiatra, ella podría estar en ese estado no solo semanas o meses, sino años, por lo que el pronóstico no era alentador.

Dalia se mantuvo en el estado catatónico por meses. El personal del psiquiátrico ya se había acostumbrado a una paciente tranquila que no daba mayores dificultades, hasta que un día despertó y atacó a una de las enfermeras a cargo. La enfermera, quien se cubría el brazo con una tela improvisada para parar el sangrado, contó que, en la hora del almuerzo, Dalia saltó sobre su brazo como si fuera un animal. La enfermera trató de apartarla, pero su fuerza era tal que la asustó de sobremanera y gritó por ayuda. Cuando lograron separarla Dalia se serenó, cambió su rostro tensionado por uno más relajado y empezó a amenazar a la enfermera. Si bien todavía existía en sus ojos una intensión asesina, esta era calculadora y fría, como si pensara muy bien cada palabra que decía sin dejar de prestar atención a los demás.

Mantuvo este comportamiento cambiante por algunos días. Su caso empezó a llamar la atención de los especialistas, les resultaba extraño sus cambios de

comportamiento bruscos, pero no le dieron mayor importancia más allá de una posible respuesta al trauma que había vivido.

El caso de Dalia los intrigó de verdad cuando los cambios ya no eran violentos, sino calmados y con posibilidad de diálogo. En uno de los turnos de la mañana, uno de los enfermeros se impresionó al escuchar a Dalia con un tono de voz más grave; solicitaba ayuda pues no sabía en dónde estaba y qué ocurría. Le explicaron la situación, parecía comprenderla sin hacer mayores preguntas, pero respondió contándoles historias y cuentos con un contenido fantástico y léxico impresionante. Las respuestas no iban acorde a su situación ni tampoco a la edad de Dalia, era como si se hablara con una persona mayor, hasta sus gestos y formas de hablar eran completamente diferentes. Un día llegó a tomar la cobija de la cama para ponérsela en los hombros a manera de una capa, también rasgó la funda de la almohada para hacer una especie de chaleco. Dijo que le gustaban las cosas finas y que esos materiales eran lo mejor que podía encontrar en el lugar. Solían escucharla repetir varias veces una palabra extraña: *fantalidad*, pero nadie lograba tener una explicación de qué era o de dónde venía.

Después de este comportamiento vino otro aun más inusual. Dalia se mantenía sentada frente a la ventana de la habitación, sus manos tomaban un pedazo de tela de la almohada y empezaban a doblarla, taparla, como si deseara zurcirla, al mismo tiempo que balbuceaba frases inentendibles. Cuando los médicos tenían contacto visual con Dalia, parecía que ella no los veía por más de que le presentaran varios estímulos visuales. Algunos enfermeros tomaron nota de las frases y descubrieron que la mayoría de las palabras estaban al revés.

Mantuvieron a Dalia en observación por dos meses y los resultados eran los mismos. Los cambios en el comportamiento se mantenían entre estados de agresividad, apatía, amabilidad y catatonía. Los médicos pensaron que era un caso de esquizofrenia, pero lo descartaron en vista de que no contaba con el delirio característico del cuadro y también porque había una seguridad en ella con respecto a la realidad que la rodeaba; lograba interactuar con su ambiente y se mantenía en él. Su problema no venía del exterior, sino que era interno, una cuestión del yo que parecía reflejarse en varias identidades, como si fueran distintas personas. Los casos de disociación no eran comunes, hasta se pensaba que era un invento del paciente para llamar la atención o depositar la culpa en alguien más, pero todos los signos apuntaban a ese diagnóstico: un cuerpo con varias presencias a la vez.

Quinta parte: Dalia, Zorro y Cass

I

Es decir que tú eres...

Yonosoytú si a eso te refieres

Sí, pero ¿cómo llegaste aquí?

*Yosiempreheestadoaquí
me hago cargo de lo que no puedes afrontar
porque eres cobarde*

No siento que sea cobarde solo que...

*Sí, ya sé.
tienes miedo
pero el miedo es de cobardes*

No sé como actuar, ni qué hacer

*Paraesoestoyyo
pasa algo malo
salgo
lo muerdo
y fin del asunto*

Pero no todo lo puedes resolver así

¿Y por qué no?

No lo sé, solo no está bien

*Noestábienquemehagandaño
si me hacen daño
hay que hacer algo al respecto*

Se puede hablar, llegar a un acuerdo

*¿Te ha servido hablar?
yo pienso que no*

Todavía estoy buscando la manera...

Pues te morirás buscando

¿Por qué eres así conmigo?

*Porqueno mehaces caso
si me hicieras caso
estaríamos mejor*

Está bien, ¿qué quieres hacer?

*Mi plan es dormirlos
pero de una forma en que ni un terremoto los despierte
¡e incendiamos la casa!*

No está bien, pueden morir...

*Ese es el punto
sino para qué incendiamos la casa*

No está bien, no podemos hacer...

*¿Ves? No mehaces caso
ELLOS no están bien
merecen morir*

Aun así, no está bien...estoy mareada me duele el cuerpo

Aquí viene

¿Qué viene?

*Mi momento
¿te apartas?*

¿Apartarme de dónde? ¿a dónde quieres que me vaya?

*Solo duérmete
todo estará bien*

Dalia solo toleró el tirón de la primera uña que se desprendió de la rosada y viva piel de su dedo índice. La carne le palpitaba y la sangre, que no sabía si salir o quedarse en las venas, empezaba a regarse por debajo de la superficie rosada para intentar reemplazar la uña y proteger al dedo.

Cuando Emil ubicó el alicate en la uña del medio y esta no se logró soltar de un solo tirón como la anterior, el dolor del forcejeo sumergió a Dalia en un estado de letargo con espasmos de cabeza. Emil no tomó atención a esta sensación ya que era normal para cualquier ser humano que atravesase un trauma físico severo, inclusive la persona podía

llegar a desmayarse y esto sí le importaba, porque si llegaba a pasar el experimento perdería sentido; por eso, cuando daba un tirón regresaba a ver el rostro de Dalia para asegurarse de que su conciencia siguiera activa. Al percatarse que su rostro no tenía tensión alguna se preocupó, pero viendo que el cuerpo mantenía su rigidez entendió que el desmayo no se había dado. Lo que no esperó fue lo que pasó a continuación.

Al colocar el alicate en la uña del pulgar, Dalia tomó con su otra mano la muñeca de Emil distrayéndolo, el alicate cayó entre los zapatos de él y los pies descalzos con magulladuras de ella. Emil, con la sorpresa en el rostro, alzó a ver a Dalia y esta, sin esperar su respuesta, se abalanzó a su cara como si fuera un gato arañándole los ojos. A continuación, lo rodeó con las piernas para que no le fuera fácil soltarla. Emil la golpeaba en los costados para deshacerse de ella, pero era inútil, la fuerza descomunal de Dalia era impresionante. Emil, a pesar del ardor y la falta de visión, logró serenarse en el caos y tomó finalmente sus brazos después de varios intentos. Los apretaba sin medir su control y con riesgo a que se rompieran, pero Dalia seguía moviéndose, tratando de liberarse.

Cuando Emil logró abrir uno de los ojos se topó con la cara encolerizada de Dalia. No sabía si era por el frío que le recorría las cejas y los párpados, pero veía sus ojos inyectados en sangre; su entrecejo era pronunciado, parecía que el rostro se le partiría en dos y sus dientes se deformaban con cada grito que daba. Dalia se percató que uno de los ojos de Emil la miraba y sin perder tiempo acumuló saliva y le escupió. Emil cerró el ojo y un sentimiento de furia que había estado acumulándose estalló como una bomba por toda su cabeza. Él la empujó y ella cayó al piso de espaldas, retrocedió unos cuantos pasos para tener espacio entre ellos y, con el borde de su camisa, se limpió la saliva y la sangre. Al abrir de nuevo los ojos, sintió el escozor y el hormigueo de la herida cada vez más intenso por la rabia de no haberla maniatado antes de comenzar el experimento. Por el rabillo del ojo vio que Dalia se había puesto de pie y que lo miraba con la misma intensidad de hace unos segundos.

—Atrévete a hacerme algo cerdo inmundo y te sacaré los ojos —dijo ella, y un escalofrío recorrió todo el cuerpo de Emil.

La rabia se había transformado en desconcierto. Ella lucía diferente; su tono de voz era agudo y gutural, su cuerpo estaba en guardia ante cualquier arremetida que se dispusiera a hacer. No era la misma niña inofensiva que había hecho todo lo que decía hasta ahora sin importar el dolor o que no le gustara, se había convertido en algo que rebosaba ira incontrolable y que mataría a cualquiera ante el mínimo movimiento.

—Fascinante —susurró Emil. Una curiosidad divertida reemplazó el enojo que sentía por su indisciplina. No importaba que le hubiera hecho daño, se recuperaría, pero lo que tenía en frente era único. Cuando estaba a punto de acercarse notó que Dalia tenía el alicate listo para atacar.

—¡Ven maldita bestia! —gritó, con la herramienta hacia él— ¡Juro que te borraré esa sonrisa asquerosa!

Emil no cayó en cuenta que estaba sonriendo y eso lo emocionó. La tensión de la sorpresa abandonó sus hombros y se irguió en todo su tamaño. Hasta ese momento no había notado que estaba agazapado. Que Dalia demostrara un temple en la voz sin titubeos o recelo alguno, duplicaba el hervor en la sangre que circulaba con más facilidad en su cabeza.

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a matarme? —dijo, con un tono burlón en la voz y abriendo los ojos en su totalidad. Los arañazos en las cejas y en las mejillas, más la sonrisa con dientes amarillentos que se iba agrandando le daban un aspecto aterrador. Aun así, Dalia no se inmutó y dejó caer los brazos a los lados para provocarlo.

—¿Matarte? —una sonrisita se le escapó por las comisuras de sus labios—. No te mereces ni eso. ¿Crees que es bonito jugar con nosotras?

—¿Nosotras? —. Emil hizo énfasis en el plural y la miró de pies a cabeza para saber si se le había escapado algo.

—Deja de ser retrasado y terminemos con esto —dijo. Volvió a su posición de ataque y obvió la extrañeza en la cara de Emil.

Si bien Cass sabía que era alguien separada de Dalia, le era complicado hablar en singular. Cometió un error al decirlo, pero ya no podía dar marcha atrás, si languidecía y perdía el control estaría expuesta a que Emil hiciera con ella lo que quisiera.

—No puedes ganar, eres débil, solo es cuestión de tiempo para que te esfumes —dijo Emil. Tomó la silla en donde estaba sentada Dalia, la colocó frente a ella y se sentó— ¿Quién eres?

Cass tomó aire para no perder la razón. Cortó en un paso la distancia que los separaba. Si le atestaba un buen golpe con el alicate tendría ventaja.

—Déjate de palabrerías. Si tanto quieres saberlo, ven y compruébalo.

Cass alzó su mano y, con velocidad, dirigió el alicate a su garganta, pero ahora ya no tomó a Emil por sorpresa. A pesar de que los reflejos de Emil no eran tan buenos, estaba preparado desde hace unos minutos para que un ataque como ese volviera a suceder, por lo que no le costó nada evitarlo. Cuando se agachó y el brazo de Dalia le

pasó por encima, llevó el puño con toda la fuerza a su estómago. Cass no tuvo tiempo para esquivarlo, el puño se hundió en toda la boca del estómago, cortándole la respiración y dejándola inconsciente. Su cuerpo cayó a un lado como si alguien hubiera tirado una muñeca de trapo al piso. De su boca, un hilito de sangre chorreaba hasta llegarle al mentón. Los ojos, aún abiertos, estaban en blanco. Emil se levantó de la silla y sin agacharse, le miró el rostro para cerciorarse de que en efecto no iba a despertar. Abrió el puño como si nada y con la punta de su pie empujó el alicate lejos de las manos de Dalia, no iba a cometer los mismos errores de antes, si bien estaba inconsciente era mejor prevenir.

Cruzó un pie por encima de su cuerpo y se ubicó detrás de ella. De una mesa, tomó una cinta adhesiva, la abrió e hincándose llevó sus brazos hacia atrás para maniatarla; por si acaso, hizo lo mismo con los pies. Cuando se aseguró que tanto manos y pies tenían una buena cantidad de cinta cortó un pedazo para taparle la boca, por si despertara y se le ocurría morderle. Al terminar, la tomó del cabello y la arrastró fuera de la habitación. Iba a dejarla en el sótano externo para pensar lo que haría después.

II

En el último mes, el sótano se había convertido en el lugar de mayor recurrencia para Dalia. Desde el inicio, ella demostró obediencia a Emil, sin importar lo doloroso que fuera el procedimiento porque entendía que mientras más se resistiera menos sería capaz de aguantar, además, si lograba completar las pruebas de manera satisfactoria, Emil la dejaba descansar por algunos días en su habitación.

Walter era su mayor compañía. Aunque no podían hablar mucho su sola presencia le era suficiente para sentirse aliviada. Cuando Walter se iba, Dalia volvía a su rutina: subir a la cama y mirar por la ventana los movimientos en el bosque o entrar en el armario para sentir la protección de ese espacio reducido. Esto último dejó de hacerlo seguido desde que Emil encontró el libro de “el cuervo y el colibrí”. Si bien el armario se había transformado en su vía de escape, sin el libro estaba incompleto y hasta cierto punto vacío; ahora le provocaba mayor inseguridad y desconcierto que la paz que le daba antes.

Mirar por la ventana le dejaba conocer sobre los animales que habitaban el bosque y eso era algo que le fascinaba. Cuando era pequeña, la imagen del bosque y sus animales eran infaltables en las ilustraciones de los cuentos sin importar la historia que se estuviera contando, por eso, cuando llegó a la casa y vio el basto bosque que tenía por doquier, se emocionó al pensar que tendría todo el tiempo para explorarlo y descubrir sus secretos. Frente a la ventana, Dalia se sumergía en la imagen del bosque e imaginaba las aventuras que sería capaz de vivir en él.

Hay muchos cuervos en el bosque, ellos cruzan las líneas de la *fantaldad* ¿no te lo había dicho?, no ¿por qué?, son aves que miran al sol y a la luna, ¿como en el cuento?, sí justamente, sabes hay otro animal que me llama la atención y lo he visto mucho en estos últimos días, en el bosque hay un sinnúmero de animales que cruzan los portales de la *fantaldad* para aparecer cuando menos te lo esperas, todos son mágicos ¿verdad? hacen cosas que yo no puedo, ni yo tampoco, espera no me cambies el tema, es verdad dime ¿qué animal es?, un zorro, ¡ah! ¡claro! Los zorros también son más amigos de la *fantaldad* que cualquier otro, ¿por qué?, se dice que son la mezcla prohibida entre un gato y un perro, entonces son el doble de geniales ¿por qué prohibida?, perros y gatos no se llevan el zorro es una abominación, no es cierto perros y gatos sí pueden vivir juntos, esa es otra abominación un error en la *fantaldad* y a la vez un acierto.

En la planta baja que daba hacia su habitación, la señora Ladino construyó un pequeño gallinero para su reciente negocio de venta y compra de huevos. Su idea era ampliarlo y que en un futuro también pudiera vender las gallinas a precios al por mayor y generar ingresos que dependiera solo de su control. El señor García había recortado su mensualidad y ella, que no tenía ninguna intención de hablar con él, prefirió esta opción a expensas de su marido. Si bien el negocio era pequeño, por ahora le servía para cubrir ese porcentaje de dinero que le había quitado.

Cuando el sol se ponía, un zorro de tamaño mediano aparecía entre los arbustos del bosque; solía venir o temprano en la mañana o con el último repunte de sol. El zorro era bastante silencioso y se las había ingeniado para romper la protección del gallinero y robar al menos una gallina a la semana y uno que otro polluelo. Todo iba bien para el zorro, hasta que la señora Ladino lo descubrió y reforzó la cerca con alambre de púas, aún así, le costó una semana descubrir cómo burlar el alambre y con eso la rabia de la señora Ladino no hizo más que incrementarse.

Dalia se preocupó cuando vio al señor García montar guardia con su rifle, no entendía cómo la señora Ladino logró convencerlo de que la ayudara, al parecer su afición por la piel de los animales era más grande que cualquier treta de su esposa. Dalia se mantenía expectante todas las tardes, pues rogaba que el zorro no apareciera en su horario habitual, pero un día lo hizo y el disparo ensordecedor del señor García hizo eco en el corazón de Dalia. Con el llanto a punto de brotar, miraba muy rápido en los arbustos y troncos del bosque con la esperanza de que el zorro hubiera escapado. Al ver que una macha anaranjada cruzaba a toda velocidad suspiró aliviada, el rifle del señor García era viejo, por lo que demoró en cargar y no tuvo la oportunidad de hacer otro tiro. El zorro está prevenido, seguramente ya no va a venir, y en efecto tuvo razón.

Con el pasar de los días a Dalia le embargó un cúmulo de sentimientos contradictorios, la nostalgia le hacía añorar la presencia del zorro que se había convertido en un compañero indirecto de aventuras, pero a la vez se sentía feliz porque así no correría ningún peligro. Lo pensaba todos los días; con su agilidad y rapidez llevándolo cada vez más lejos de la casa, para encontrar nuevos lugares en donde se sintiera a gusto y en libertad.

Un día, a pocos minutos de que amaneciera, Dalia miraba por la ventana el cambio del cielo azul marino al de uno más claro. A esas horas, también le gustaba ver las pequeñas gotas de rocío que humedecían la ventana. En la fachada exterior, plantas

trepadoras vestían el techo y las paredes de la casa dándole un aspecto más natural. Cuando seguía con el dedo el recorrido de una de las gotas de rocío, se percató que alguien salía por entre los árboles. Era el señor García, llevaba el rifle colgado en el hombro izquierdo y en la mano derecha... No es cierto. En su mano derecha cargaba el cuerpo sin vida del zorro. Lo llevaba de la nuca y con el brazo alzado para que el pelaje no se ensuciara con la tierra. Por la dirección en la que iba se dirigía a su taller en donde preparaba a los animales para separar el pelaje del cuerpo. Dalia nunca había visto este proceso ni tampoco quería imaginárselo, por lo que se apartó de la ventana y se envolvió en sus cobijas. Se mantuvo en posición fetal hasta que sintió las piernas amortiguadas, pero eso no fue suficiente para cambiar de posición o salir de la cama.

La imagen de la cabeza del zorro colgando a un lado y su lengua afuera le carcomía el pensamiento. Cuando lograba dormirse soñaba que era ese zorro y que corría sin mirar atrás por el miedo a que una bala lograra alcanzarla. A la final no podía escapar, de alguna manera el cazador la atrapaba y se despertaba bañaba en sudor cuando este le asestaba el golpe decisivo. Pasó varias noches con el mismo sueño. En lo más profundo del sueño, sus manos y pies se movían para simular la carrera en el bosque; estos movimientos solían acompañarse de gruñidos, signos de lucha para liberarse de las trampas del cazador.

Dalia trataba de evitar el sueño con todas sus fuerzas, pero no dependía de ella, estaba fuera de su control. Con el tiempo, el obligarse a quedar despierta le causaría un insomnio doloroso, con palpitaciones constantes en las sienes y zumbidos en los oídos. Antes de que este insomnio tuviera lugar, Dalia logró frenar la pesadilla sin saber cómo. Este último sueño que se presentó de manera apacible le hizo comprender que, si mantenía al zorro en su memoria, él sería capaz de continuar con su vida sin ningún límite mundano que pusiera fin a sus aventuras.

Zorro

No quiero abrir los ojos porque me toparé con lo mismo. Tú huyendo del cazador, o algo peor, yo en tu piel, en tus patas largas y negras, corriendo por la vida con la lengua afuera y el aliento desbocado. Termino sintiendo el disparo en el lomo y cayendo a un lado con la sangre cálida brotando de la herida. No quiero abrir los ojos, pero el silencio me tienta porque esto no había pasado antes. ¿Los abro? Para mi sorpresa todo está blanco, el cielo y el suelo se confunden, parecen ser el mismo, no veo cuando el uno comienza y el otro termina. Estoy sentada sobre una cama de agua, tengo los pies mojados y cada vez que mis manos topan la superficie se forman pequeñas ondas de diferentes tamaños. No escucho ni el mínimo sonido, todo este lugar es basto, tengo miedo de que esta paz se esfume de un momento a otro. Ahora que fijo mi mirada al frente veo que no estoy sola. El zorro me mira sentado sobre sus cuatro patas. Sus ojos amarillentos son enormes y me transmiten seguridad. Él está ahí, a escasos metros de mis manos o yo estoy aquí a pocos metros de él. ¿Quién está al alcance de quién? Siento que estoy a su alcance y que él decidirá si se acerca o no. ¿Quiero que se acerque? Si lo hace sé que no lo soltaré, me aferraré a su pelaje cálido y suave, me haré uno con él y él velará por mí, aunque no me conozca. Seguramente nunca sabrá nada de mí porque seremos compañeros de la huida, siempre que nos encontramos estamos huyendo, lo único que tenemos en común es que estamos presos y que correr sin parar, ni preocuparnos por mirar atrás es lo mínimo que podemos hacer para alejar esa sensación de encierro. Pero yo no tengo tan buen instinto como él, yo no anticipo el peligro, he vivido tanto en él que ya no lo diferencio, es una extensión más de la vida, hasta siento que, si no lo tuviera, mi vida perdería sentido. Pero ya no quiero. El dolor nunca dejará de ser dolor por más de que me acostumbre, que lo conozca al derecho y al revés, seguirá comiéndome hasta no dejar nada de mí, y ya no quiero, lo que quiero es huir como él, entrar en el bosque y sentir la tierra entre mis dedos a cada paso. Ayúdame. Iré hacia ti, por favor, no te asustes. Recíbeme. Te prometo que no seré una carga. Tú pelaje en verdad es suave, estoy topando tu pecho blanco y siento cómo tu corazón late para calentar tu cuerpo y a la vez el mío. Lo siento, no pude evitarlo, te rodee con mis brazos para darte un abrazo, es probable que no sepas que es, pero tu hocico descansando sobre mi hombro me acepta sin importar lo fuerte que te apriete. Llévame a donde las nubes sean unas con el mar, cuando llegue ahí sabré que nada volverá a hacerme daño.

III

Emil arrojó a Dalia a la celda de siempre. Al poner el candado en su sitio, el ardor en sus heridas lo preocupó porque era cada vez más intenso. Llamaría a Walter para que lo revisara lo más pronto y si estaba de humor, dejaría que también vea a Dalia. El golpe en el estómago pudo haber roto algunas costillas, y si en efecto pasaba eso, se arrepentiría de no haber medido su fuerza. Pero si no lo hacía iba a matarme, pensó, porque en sus ojos vio reflejada una emoción que él conocía muy bien, y verla en una niña como ella de cierta forma la volvía aterradora.

Al recordarla con el alicate en la mano y la ira que le atravesaba el rostro, no pudo evitar sentir otra vez el escalofrío que lo recorrió de pies a cabezas. Era fascinante. Nunca se había sentido así antes, esta muchacha era especial, y más aun con ese “nosotras” que acababa de aparecer. Había leído algo de enfermedades mentales en donde hay más de una persona en un solo cuerpo, pero le parecía inverosímil; acaso era Dalia la prueba viviente que necesitaba para confirmarlo, podía ser, y eso le dio algunas ideas para seguir con los experimentos a penas ella se recuperara. Eso sí, esta vez ella tendría que ser el triple de fuerte y él en cambio, estar más preparado para lo que se avecinaba. Emil silbaba y movía alegremente las llaves haciéndolas tintinear, mientras se dirigía a la salida del sótano.

Al llegar la noche, el cuerpo de Dalia empezó a despertar con movimientos espasmódicos. Las piernas pateaban, su tórax se inflaba como si estuviera a punto de explotar, su cabeza se revolvía y de su boca salía un gruñido con mucha saliva. La imagen de Dalia era tal cual la de un animal apesado que intentaba liberarse a toda costa. Cuando Dalia abrió los ojos hizo una rápida inspección del lugar en el que estaba. No dijo nada, pero el gruñido seguía y en aumento.

Con la flexión de sus mejillas y la lengua se liberó de la cinta que le cubría la boca. En cuanto a sus brazos y tobillos decidió forzarlos con el objetivo analizar que tanta fuerza requería para soltarse. La cinta estaba apretada, pero si seguía moviéndose lograría aflojarla. El problema era que este Zorro no tenía paciencia y la falta de luz, a pesar de considerarse un animal nocturno, lo desesperó. No escatimó en energías y con cada sacudida de brazos y piernas, se movía con la angustia de que su captor volvería pronto. Cada vez hacía pausas más largas entre los movimientos porque la energía mal utilizada

comenzaba a pasarle factura. Los jadeos salían de manera atropellada, la respiración se cortaba más seguido. Cuando estaba a punto de rendirse por el cansancio una de sus manos logró liberarse de la cinta. El sudor que cubría su cuerpo le ayudó a que el pegamento se fuera deshaciendo. Al llevar los brazos hacia adelante sintió cómo los hombros le agradecían por el cambio de posición.

El hormigueo se hizo presente, pero a Zorro no le importó y de inmediato, llevó las muñecas hacia su boca para rasgar los pedazos restantes de cinta. Al terminar, se sentó y estiró las piernas. Se agachó hacia los tobillos y apoyada en sus brazos buscó con los dientes el inicio de la cinta, pero no alcanzaba. Arqueó sus piernas para lograr mayor proximidad, pero su estómago no la dejaba doblarse. A pesar del dolor, Zorro siguió intentado acercar los dientes a la cinta y cada vez más deprisa por el miedo de no poder levantarse. Al doblarse por tercera vez sintió cómo su estómago se quejaba, obligándola a detenerse. Segundos después empezó a salivar, algo del tamaño de una bola de billar estaba subiendo desde su estómago con dificultad. Mientras la bola intentaba salir, la respiración se interrumpía, y antes de perder el conocimiento, Dalia se llevó la mano a la boca para impedir que lo poco que le quedaba en ella se fuera, como si en esa bola su vida estuviera comprimida, pero la arcada fue más fuerte y la bola terminó desparramada en su mano.

La sangre que salió era espesa y el rayo de luz que entraba por la única ventana de la celda alarmó a Dalia a verla de color negro. Sería que la oscuridad de la sangre la engullía y se apoderaba de cada centímetro de ella. Sus entrañas querían devorarla y no habían encontrado otra manera que buscándola en el exterior. Dalia intentó limpiarse, pero lo único que logró fue expandir la oscuridad a ambas manos y a su bata. La sangre tomaba más partes de su piel sin que ella pudiera impedirlo. Otra arcada seguía en fila y esta vez ella se tapó la boca con ambas manos. La oscuridad llegó a su rostro, mientras que el calor de la segunda bola se agolpaba en las mejillas y dejando un sabor metálico. Dalia no resistió y la sangre se filtró entre sus dedos. Al ver ambas manos embarradas y con las gotas deslizándose por las muñecas, no pudo sostener por más tiempo en la conciencia la imagen de que estaba siendo comida viva. Los párpados le pesaron, las manos ya no eran dos, sino cuatro, seis, la celda daba vueltas y, como si alguien le hubiera dado un golpe de nuevo, se desmayó con la esperanza de no volver a despertar.

IV

¡Porqué tiene que doler tanto!
¡Me ahogo me comeme está devorando!
¡Nos va a matar si no hago algo!
Pero estamos dormidas, estoy al deriva
¡Despierta!
Algo viene, algo está por venir, ¡algo me está tocando!
Eres demasiado débil, siempre termino haciendo todo
Sus manos están en el estómago, palpa
palpa
¡palpa!
Sino reaccionas, tendré que hacerlyo.

Al abrir los ojos, Cass reparó que estaba tendida boca arriba y un hombre con lentes le examinaba la boca del estómago con un aparato que colgaba de sus oídos y se estiraba en un largo tubo de hule hacia sus manos. A un lado del hombre había un maletín abierto donde resaltaba una cuchilla pequeña. Cuando Cass fijó la vista en ella se puso en guardia, se levantó como un rayo sorprendiendo al hombre y tomando la cuchilla para apuntarle directo en la garganta. El hombre solo atinó a levantar las manos despacio con el fin de demostrarle que no tenía ninguna intención de hacerle daño, pero ella se mantuvo en la misma posición con la cuchilla cada vez más cerca de la yugular.

—Dalia, soy yo, Walter —dijo el hombre con una voz temblorosa.

Cass no se movía y tampoco despegaba la vista de él. Cerca del maletín también había una luz potente que iluminaba la mitad de la celda, lo que la ayudaba a controlar mejor los movimientos. El hombre empezó a bajar los brazos despacio.

—¡No te muevas! —gritó— o juro que te clavo esto en toda la garganta.

La voz sonó diferente para Walter. Dalia tenía un tono más suave y calmado, pero esta voz era aguda y a la vez ronca, como si tuviera que luchar para salir.

—Solo quiero tomar una gaza de mi maletín, estás sangrando —dijo, y apuntó con el dedo una de las comisuras de la boca. Cass se veía desconcertada. No quería soltar por ningún motivo la cuchilla. Si la sostenía con una sola mano empezaría a temblar, así que decidió sacar su lengua y comprobarlo. Cuando sintió el sabor metálico bajó la guardia, dejó de

apuntarle con la cuchilla y se limpió el mentón con los dedos. La sangre era líquida y de un rojo intenso. No era la primera vez que la veía, pero su color era tan brillante que la tenía hipnotizada; no recordaba haber visto un rojo tan llamativo y eso le gustaba, la llenaba de una energía enigmática porque sentía que estaba viva, y a la vez que no le quedaba mucho tiempo.

—Voy a morir —dijo Cass. Walter no fue capaz de entenderla y en lugar de preguntar, solo extendió su mano con la gaza que alcanzó a tomar segundos antes. Cass lo vio de arriba a bajo. No parecía que le fuera a hacer daño, pero con todo mantuvo la cuchilla en la mano izquierda, lista para utilizarla.

—Cuando llegué estabas inconsciente —dijo. Retiró la gaza ensangrentada y la depositó en una bolsa dentro del maletín—. Me preocupé porque no respondías y cuando lo hiciste la tos no paraba y la sangre tampoco. Cuando la tos se fue te desmayaste, pero al menos estabas respirando.

Se acomodó los lentes con ambas manos y con un suspiro de alivio regresó a ver a Cass.

—Me alegro de que estés bien.

Cass no entendía por qué era tan amable con ella, y eso, en lugar de darle confianza la hizo dudar de sus intenciones.

—¿Qué estabas haciendo con eso? —señaló Cass con la barbilla al aparato que colgaba del cuello de Walter.

—Ah ¿esto? es un estetoscopio, sirve para escuchar el corazón.

—Pero tenías esa cosa aquí —Cass señaló su estómago.

—También sirve para escuchar otras partes del cuerpo. Por el golpe en tu estómago, quería comprobar de que no hubiera algún ruido extraño que...—. Los ojos de Cass se iluminaron. Recordó el enfrentamiento que tuvo con Emil y la sangre empezó a hervirle en la cabeza.

—Ese maldito cerdo ¿¿dónde está?! —gritó. Se puso de pie para dirigirse a la entrada de la celda— Sé que estás ahí, escuchando, más te vale salir y dar la cara o sino...—. Cass sintió que las piernas no le respondían y que sus manos no alcanzaban los barrotes para evitar perder el equilibrio. Antes de caer de lleno sintió los brazos de Walter que le sirvieron de soporte.

—No te levantes tan rápido. Perdiste sangre, estás agotada —. Con cuidado, la llevó de vuelta a donde estaba recostada. Cuando su espalda topó algo suave, se dio cuenta de que había estado recostada en una colchoneta delgada que tenía en la parte superior una almohada pequeña.

—De momento no te muevas por favor —dijo, mientras sacaba de uno de los bolsillos del maletín una bolsa plástica mediana. En ella tenía una manta térmica de emergencia. Abrió la bolsa, estiró la manta y cubrió a Cass hasta el abdomen.

—Necesito revisar si no tienes ninguna costilla rota, ¿puedo hacerlo? —. Walter esperó a la respuesta de Cass, pero se notaba la impaciencia en su rostro. Ella lo examinó de nuevo y finalmente lo recordó.

—Ya sé quien eres. Eres el médico que la cura cada vez que ese maldito la hiere.

Walter la miró a los ojos con la intención de comprender lo que decía.

—Hazlo, pero si veo algo raro no dudaré en clavarte la cuchilla.

Walter estaba pensativo, pero al entender que le dio su autorización empezó a examinarla de manera minuciosa. Por lo que sentía las costillas estaban bien, pero el estómago tenía un tono entre verdoso y morado que no le gustaba y que seguramente estaba provocando el sangrado. Es posible que el golpe la haya lesionado internamente; pero no tenía las herramientas necesarias para verificarlo, ni tampoco le darían permiso para sacarla a una clínica cercana.

Mientras la revisaba, Cass no había perdido de vista ninguna de las expresiones de Walter. Se lo veía muy concentrado, sus gestos eran claros y se evidenciaba su preocupación sin necesidad de preguntar, pero aún así, ella decidió hacerlo.

—¿Estamos bien? —su voz hizo que Walter regresara a verla. Su expresión se suavizó.

—No hay ninguna costilla rota. Esa es una buena señal.

—Pero hay algo que te preocupa ¿no?

Walter desvió el rostro para intentar ocultar su expresión.

—No tienes por qué mentir, no soy débil como ella, puedes decirme qué pasa.

Las palabras de Cass permanecieron varios segundos en su mente. Al mirarla a los ojos se percató de una seguridad que antes no había visto. Por lo general, Dalia no acostumbraba a mirarlo directamente; cuando hablaba prefería mantener su mirada en un punto fijo. A pesar de que estaba herida, su rostro quería demostrar que estaba bien, que solo necesitaba descansar para ponerse en pie, y eso a Walter no hacía más que entristecerlo. Por cuánto tuvo que pasar para construir esa fachada, qué tanto dolor debió experimentar para estar siempre alerta. No sabía si decírselo porque temía que sus palabras mostraran pena. Lo que Walter en verdad sentía, y que acompañaba a esa tristeza, era una ira acumulada desde hace años, una ira que no podía liberar y que estaba condenada a ser reprimida por el resto de su vida.

—¿Y bien? —insistió Cass, con algo de tos que paró de inmediato. Él no se sentía seguro de su respuesta, por lo que desvió el tema a algo que también lo tenía desconcertado.

—Hace poco dijiste que no eres débil como ella...—titubeó, esperó a que ella siguiera, pero a la final, se vio obligado a terminar la frase— ¿a qué te refieres?

Cass suspiró. Al inflar el estómago una mueca de dolor se dibujó en su rostro. Se incorporó con ayuda de sus codos, Walter la sostuvo para que su espalda llegara a la pared.

—No te contó nada porque no me conocía aún. Hace pocos días que Dalia se dio cuenta de que existía. Soy Cassandra, pero me puedes decir Cass.

Walter le pidió que bajara la voz y regresó a ver a la entrada de la celda. Se levantó y fue hacia la puerta para escuchar mejor. Al parecer, Emil se había ido lo que hacía más fácil hablar.

—Perdona —dijo Walter en voz baja—, tenía que asegurarme de que no estuviera, pero con todo tratemos de hablar bajo —. Cass asintió un tanto resentida, pensó que Walter no había prestado atención a su presentación.

Él empezó a sacar varios implementos de su maletín para limpiar las magulladuras que la cinta había dejado en sus muñecas y tobillos. Parecía que la conversación había terminado ahí, pero Walter, mientras la atendía de forma mecánica, no podía dejar de pensar en lo que acababa de escuchar. Ella no era Dalia, era otra persona y se llamaba Cass. La cuestión no era si le creía, más bien no sabía cómo dirigirse a ella o qué decirle, o si lo que podía decir estaba correcto. Se arrepintió de no haber culminado su especialidad en psiquiatría, pero recordó que fue en este entonces, donde todo empezó a ir cuesta abajo.

—Y ¿Dalia? —dijo a penas en un susurro.

—Ella está bien. Duerme, pero está bien.

La voz de Cass se había aclarado. Walter pensó que hasta tenía un tono saltarín y juguetón. Le sorprendió también que sonara tan relajada cuando hace poco sus gritos eran estridentes.

—Y por qué tú...¿cómo saliste? —dijo Walter, a la espera de no haber utilizado mal las palabras.

—El dolor —dijo Cass, mientras acomodaba su espalda en la pared—, si para Dalia el dolor es demasiado fuerte, salgo. Aunque también funciona cuando ella acumula mucho y se rompe.

—Eso quiere decir que todo este tiempo...

—Sí. Sellenóhastaahogarse.

Algunas frases de Cass se volvían inentendibles para Walter. Él sentía que eran muy rápidas o que se perdían al instante en que quería darles sentido, un sentido que no tenía nada que ver con lo que Cass quería decir; era algo que iba más allá de su entendimiento y que por más de que se esforzara, nunca lograría alcanzar. Aunque era complicado, creyó entender lo más importante: Dalia estaba al límite, y si Cass estaba presente era porque ese límite se había roto. Cuando descansara y volviera a salir, se repetiría lo mismo quién sabe cuántas veces más hasta que...

—Quiero preguntarte algo —dijo Cass, interrumpiendo el hilo de pensamiento de Walter— ¿Por qué no haces algo para ayudarnos?

Las palabras de Cass se clavaron como puñales. Desde que conoció a Dalia se había preparado para esa pregunta, pero como ella no demostraba intención de hacerla decidió no darle más vueltas. En los primeros días le pareció extraño que no la hiciera, de hecho, las otras muchachas preguntaban enseguida que lo veían y él respondía siempre de la misma manera: con silencio, haciéndoles entender que él poco o nada podía hacer para ayudarlas. Pero ahora tenía a Cass frente a él, la pregunta había sido directa, sin vacilaciones y hasta en un tono de reclamo, y no de clemencia. Dalia era una de las muchachas que más había soportado los experimentos de Emil, y al ver la chispa rojiza en los ojos de Cass entendía el por qué. El costo de lo que le pasaba internamente era demasiado alto, pero le sirvió para sobrevivir y ese precio que estaba pagando no merecía como respuesta el silencio. Walter se levantó de nuevo para escuchar con atención hacia el pasillo. No había escuchado el chirrido de la puerta del sótano al abrirse, por lo que tenía tiempo. Regresó a donde estaba Cass, se sentó y con la cabeza gacha dijo:

—Porque estoy atrapado igual que ustedes y como también lo estuvieron todas las chicas anteriores—. Cass frunció el ceño y regresó a ver a sus manos en su regazo. Ambas se convirtieron en dos puños tensionados.

—Tú puedes salir, decir a alguien lo que está pasando en esta casa.

—Lo intenté varias veces —la voz de Walter era cada vez más baja—, pero esta familia tiene tanto poder que...

Su voz tembló recordándole cada intento fallido y la humillación que había recibido su familia por levantar acusaciones “falsas” ante los Garcías, la familia más prestigiosa y caritativa de la ciudad.

—¿Cómo terminaste aquí? —. Cass continuó con el mismo tono neutro de la primera pregunta.

Por primera vez Walter entendió que se estaba desmoronando. Evitó durante tanto tiempo pensar en todas las muchachas que atendió, en sus rostros destrozados cuando le imploraban que las sacara de ahí y cómo su silencio arrebató sus esperanzas cada vez que las veía. No podía perdonarse el curarlas solo para que en pocos días estuvieran peor, las veía recuperarse para nada, hasta que un día se encontraba un rostro nuevo para iniciar otra vez con la misma tortura.

—Mi padre trabajó en esta casa durante muchos años —Walter tragó saliva y se retiró los lentes, de pronto los sentía tan pesados en las orejas y en el puente de la nariz—. Un día reprendió a Emil por algo que ni siquiera llegué a saber. La señora se lo tomó personal y lo acusó de robarle dinero. Por más de que él se defendió lo despidieron. Si todo hubiera terminado ahí...pero la señora se encargó de darle una mala reputación a mi padre.

Walter carraspeó. Quería decirlo todo de golpe porque si paraba la voz le fallaría.

—No fue capaz de conseguir un nuevo trabajo. Tuve que dejar la especialidad porque necesitaba mantener a mi familia. Pensamos que la situación no podía ir a peor hasta que mi hermano menor enfermó de gravedad. La desesperación de mi padre de verme trabajar días completos sin descanso y sin la posibilidad de ayudarme, de ayudar a su familia, lo terminó hundiendo.

—¿Te refieres a que murió? —lo interrumpió Cass. Desde que mencionó a las muchachas, Walter notó que ella no tenía la mayor empatía hacia el dolor ajeno. Quizá le era difícil imaginarlo porque ella recibía de los demás justamente eso, quien se acercaba tenía claras intenciones de dañarla, cómo podía confiar en alguien o siquiera demostrar empatía si no la había recibido. Walter asintió. Tenía los ojos vidriosos y el nudo en la garganta que crecía con cada recuerdo que volvía a su mente.

—Pasaron unos meses desde la muerte de mi padre y Emil me contactó. Me dijo que quería compensarme por todo el daño ocasionado. Sabía que mi hermano estaba mal. No tuve opción —. Su voz se quebró. Las lágrimas corrían sin mayor esfuerzo. Si seguía, toda la impotencia reprimida por años terminaría aplastándolo. Sin embargo, debía hacerlo, debía decirlo completo porque su mente le aseguraba que si soltaba todo, la carga sería más fácil de sobrellevar.

—Y aquí estoy —continuó, con la voz más clara que pudo—. Me dijo que estaría a cargo de unas pacientes jóvenes, pero nunca me imaginé algo como esto. Paga el tratamiento de mi hermano, le da una manutención a mi madre, pero nada de eso me importó cuando entendí lo que les hacía...

—Ya me quedó claro —Cass lo interrumpió bruscamente—, no tuviste elección, pero siempre la hay, siempre hay algo más, algo que tú puedes hacer, lo creas, pero eres débil, eres débil como ella.

La frialdad de Cass se sentía en cada palabra. Walter estaba destrozado, no tenía fuerzas para refutarle o enojarse. Qué esperaba de ella cuando le contó todo esto, que me consolara, que me escuchara, que dijera que no era mi culpa, pero Cass no lo iba a hacer y él lo sabía, tampoco tenía por qué hacerlo. Para ella, él era un completo extraño que aparecía cada vez que necesitaba atención médica, su presencia no era significativa en su vida y peor si se conocían desde hace pocos minutos. No había razón para enojarse o resentirse. Es verdad. Tal vez sí era su culpa después de todo, se acostumbró a la comodidad de ver a su hermano y a su mamá sin que les faltara el dinero, se acostumbró a lo fácil y escogió volverse cómplice por el beneficio de su familia. Nadie lo puso en ese lugar, él aceptó y seguía aceptándolo con cada atención que daba, con cada vendaje que ponía, con cada silencio. Cuando Walter se estaba limpiando el rostro con la mano, Cass siguió el hilo de la conversación como si nada hubiera pasado.

—Quiero darte la oportunidad de redimirte —dijo. Cass lo miraba con la misma chispa que había visto cuando le atacó con la cuchilla. Creyó ver un disfrute oculto en esos ojos grandes, pero desechó la idea—, ayúdame con mi plan.

Walter volvió a colocarse los lentes. Cass se veía más clara, con un semblante revitalizado y poca paciencia.

—¿A qué te refieres? —. Cass entornó los ojos.

—A qué nos ayudes a salir de aquí, obvio —su voz era burlona. En su rostro no quedaba evidencia alguna de que hubiera perdido una cantidad considerable de sangre. Su recuperación lo asombraba.

—Quiero quemar la casa, quemarlos a ellos mientras duermen —su tono daba paso a una mezcla sedosa entre seriedad y malicia—. Lo pensaba hacer en la madrugada. Con tu ayuda podemos movernos a esas horas por la casa, pero si se percatan del humo, se despertarán y saldrán despavoridos. Ahí es donde entras tú.

Levantó la mano con la cuchilla al revés para apuntarlo con el cabo cóncavo en el pecho. Walter se asustó porque sus dedos no dejaban ver si era o no el filo, pero al sentir que era el otro extremo se relajó. Cass se dio cuenta de su miedo y sonrió. Era la primera vez que Walter la veía así y eso llegó a perturbarle.

Sintió la boca pesada y los labios resecos. No sabía que respuesta darle.

—¿Y bien? —Cass insistió.

—¿Qué quieres que haga? —. Cass frunció el ceño y dejó salir un suspiro, frustrada.

—No sé, usa la imaginación, eres médico, puedes conseguir algo y ponerlo en su comida, qué se yo, no te voy a dar todas las ideas.

Walter le sostuvo la mirada por algunos segundos. La energía que salía de esa chispa rojiza era devoradora, sentía que lo arrastraba a algo que no debía conocer. Parpadeó repetidas veces para salir de su influencia.

—Por qué no aprovechas y huyes. No creo que...matarlos sea necesario.

—¿En serio trabajaste para él antes de que yo llegara? —el sarcasmo estaba implícito—. Si lo hiciste, sabes que no nos dejarán huir. Nos cazarán como animales hasta encontrarnos. Si no se mueren, no vamos a poder salir de aquí.

—Pero matarlos no tiene por qué ser una opción...

—Suenas igualito a ella. Matarlos es la única opción. Deja de mirarme como si ellos tuvieran salvación. No la tienen. No van a cambiar ni en lo más mínimo. Y si lograra escapar, otra ocuparía mi lugar ¿eso quieres?

Walter se limitó a escuchar. Quería darle la razón, pero algo no lo dejaba. Sentía un mal sabor en la boca. Quién era ella para tomar una decisión así, a pesar de todo lo que han hecho, ¿matarlos iba a solucionar las cosas? Y qué pasaba si sobrevivían, su vida se volvería un completo infierno.

Cass chasqueó los dedos frente a sus ojos para regresarlo a la realidad.

—Si tienes tiempo para soñar utilízalo para pensar en algo. Sé astuto como los gatos, esos animales hacen lo quieren, por ende, haz también lo que quieras. Si ya no me entiendes así, no sé que otro ejemplo darte.

Walter no pudo evitar reír por lo bajo. Los tonos que manejaba Cass eran dinámicos y muy certeros. Al bromear era obvia en sus expresiones porque abría los ojos y exageraba los movimientos de sus labios. Esa comparación, que para otros no hubiera tenido sentido o estaría desubicada, le llegó como un cosquilleo de alivio a la cabeza.

—Me veo mas como un perro —dijo Walter despacio y forzando una sonrisa— y creo que Dalia es igual...

—Por eso seguirán siendo patéticos —soltó Cass mientras su mirada parecía perderse a través de los barrotes de la celda—; domesticados, obedientes y dependientes. Perros y gatos nunca podrán entenderse.

—¿Quieres que te diga cómo pueden llegar a entenderse? —Cass regresó a verle y sus miradas se conectaron, una esperando la respuesta y otra lista para dársela. En ese momento, la puerta del sótano se abrió de golpe por una fuerte ventisca que sorprendió a

Emil. Él quería entrar sin hacer ruido para escuchar lo que decían Walter y Dalia. Tuvo que salir por una llamada urgente de la señora Ladino. Le daba mala espina que los dos estuvieran a solas. Desde que descubrió que Dalia salía en las madrugadas y paseaba libremente por la casa, había reprendido a Walter por su aparente descuido de dejar la habitación sin seguro. Cuando Walter se iba, se aseguraba de cerrar con llave y verificaba también al día siguiente. A pesar de la fachada distraída y apacible de Walter, Emil no se fiaba de él, y más aun con lo que pasaba ahora con Dalia. Espero que sepa lo que está poniendo en juego si llega a hacer algo que no debe. Se apoyó a la pared y esperó a que Walter saliera. Había tenido el tiempo suficiente para ocuparse de Dalia, sino salía en 1 minuto iría a la celda.

Al escuchar la puerta Walter se puso nervioso y comenzó a guardar todos los implementos en su maletín. Dejó unas gazas y un suero fisiológico en las manos de Cass para que terminara de limpiarse las heridas de los brazos y los tobillos.

—En 3 días volveré a revisarte. Hablaré con él acerca de tu estómago. No tengo las herramientas necesarias para tratarte.

También dejó la almohada, la colchoneta y la manta. Cuando tomó el maletín, Cass se adelantó y lo agarró del brazo. Walter regresó a verla con apremio.

—Cuando me recuperé —susurró— lo haré. Más te vale estar listo.

El movimiento le provocó una punzada que le atravesó el estómago y que la obligó a doblarse. Walter la asistió por unos minutos por si la tos volvía, pero por suerte no pasó. —Necesitas descansar. Evita moverte bruscamente.

Walter se levantó y se dirigió a la puerta. Estaba a punto de hacer sonar los barrotes, señal para que Emil lo dejara salir, pero no fue necesario. Emil caminaba de forma pesada por el pasillo en dirección a la puerta de la celda. Al llegar y meter la llave en el candado, regresó a ver a Dalia. Ella estaba volteada en dirección contraria. Emil sonrió, como si verla así resultara divertido, a lo que Walter reaccionó con repulsión. La reja se abrió lo suficiente para que Walter pasara de lado y, como de costumbre esperó a que Emil cerrara la puerta para empezar a caminar. Los pasos acuosos resonaban en el vacío del sótano. La pared de piedra servía como amplificador natural ahogando cualquier otro sonido. Walter sentía los pasos de Emil a escasos metros de los suyos; su presencia era gigantesca, tanto así que debía acelerar el paso para que no lo pisara. También se percató que odiaba tenerlo tras de sí, pendiente a sus movimientos y con la seguridad de que estaba bajo su control. No quiero seguir siendo un perro, se dijo a penas con un hilo de voz. De algún modo encontraría la manera de ayudar a Cass.

V

Me siento mejor, he descansado mucho

Llevas mucho tiempo dormida

¿Lista? ¿para qué?

Bueno, ¿estás lista entonces?

No quiero hacer algo así

Ya te lo dije, quemarlos a todos

¿Él? ¿a quién te refieres?

*No lo harás sola
lo haremos los tres
él, tú y yo*

¿Walter accedió a ayudarte?

Tu amigo el médico

No te creo

Obvio

Él no haría algo así

Pues espera y verás

Él no va a matar nadie

Lo va a hacer para ayudarnos

No quiero hacerle daño a nadie

*Si nadie quiere
yolo hagonotengomiedoaloquepase*

...

Pero ellos si pueden hacernos daño

¿No los vas a matar?

*Un sustito
eso será todo*

...Está bien, pero si algo pasa déjame salir

*No, no, era broma
confia en mí y estarás salvo*

Promesa

No fue fácil convencerla. Los tres días que estuvimos en reposo no paraba de reclamarme sobre el plan. Por increíble que parezca, seguía con la cantaleta de que matar es malo y que no lograríamos nada con eso. Ingenua. La vida le había pasado factura por esas mismas ideas, por creerse que la gente cambia y que el dolor que sufría se iría en algún momento si solo esperaba. Yo soy la vivaprueba de que eso no pasa. La alejo del malestar, del sufrimiento puro y me enfrento a lo que más teme, no importa el tamaño, la intensidad, el daño que provoque. Pero ya me harté. Soy dolor puro o caos puro, quiero experimentar otra cosa y para salir de ese círculo vicioso necesito que me arlotodo, a todos, para después ser libres y que podamos tener una vida no solo a través del dolor. Logré engañarla al decirle que sería un susto, que nos daría tiempo para escapar mientras ellos se encargaban de que la casa no se quemara, pero ellos no despertarán, jamás lo volverán a hacer.

Al cuarto día nos sentimos completamente recuperadas. Dalia salía de vez en cuando, pero volvía a guardarse al ver que seguíamos en la celda. Es un lugar siniestro para ella, le despierta pesadillas que ni yo misma entiendo. A mí me molesta, es un espacio tranquilo, sin mucha luz, la oscuridad había sido mi hogar durante mucho tiempo, por lo que me sentía bien y listapara lo que se avecinaba. El gordo había bajado algunas veces; sentía su mirada grotesca sobre mí porque cada vez que lo escuchaba, me volteaba y me cubría con la manta. Desearía tanto verse sucara rostizada, pero no iba a poner nuestra vida en riesgo por eso, con solo imaginármelo tendría que bastar.

Gracias a la recomendación de Walter, el gordo no se atrevió a tocarnos durante todo ese tiempo, y más le valía, porque si llegaba a hacerlo le cuadrificaría la cara de nuevo. Así me mata senolodejaría entero. Pero en fin, él no sería capaz de hacerlo otra vez, de eso estaba segura. No me quedaba más que esperar a la noche. La ventanita me daba una idea del paso de las horas, y a juzgar por la luz la tarde llegaba a su fin.

El día se había hecho exageradamente largo, pero debe ser normal cuando esperas a que algo suceda con ansias, hasta sentí que todo en el sótano se volvía más callado. Había un silencio que pululaba por el aire y respirarlo me producía una sequedad molesta en la garganta. Mi corazón no sabía cómo responder a estas falsas señales de oxígeno y terminaba acelerándose o entreciéndose. También me sentía inquieta, pero me controlaba lo mejor posible porque no quería gastar fuerza valiosa solo porque no tenía más que hacer. Tal vez a esto se refieren con lo de la calma antes de la tormenta. Pues de calma no tiene nada. El ambiente vibra más de lo usual. Lo siento en los vellitos de los brazos;

hay un repelús que se le ha dado por aparecer cuando quiere y me hacetemblar cuando menos me lo espero, estoy tratando de descifrar si es por miedo o por emoción, pero igual es extraño.

El viento que llega desde la puerta del sótano, colándose por las rendijas tampoco es de mucha ayuda. Que haga sonar los barrotes más el eco que hay, produce algo similar a un grito ahogado y ronco. Mi cuerpo lo recibe con miedo y eso no me gusta, yo tengo miedo, de seguro es Dalia. Pero bueno, lo único que puedo hacer es intentar dormir; mientras más descansada esté será mejor, y si Walter logró encontrar esa pizca de astucia que le falta lo vería en la madrugada. Más vale que no falle, aunque no quiera admitirlo, lo necesitamos para salir de aquí.

Por primera vez, el sueño no demoró en venir y lo hizo de una manera poco intrusiva. Cass y Dalia no pudieron evitar el caer rendidas en el descanso que solo el sueño profundo podía ofrecer. El cuerpo estaba recuperado, tenía una respiración suave y un corazón estable que disfrutaba el ritmo compartido con los pulmones. En su rostro ya no existía rasgos de ira, preocupación o desconcierto; eran facciones de una joven de 14 años que parecía gozar de todo el tiempo del mundo, y una siesta era uno de los innumerables beneficios que podía permitirse. Al menos por esa noche las pesadillas no se presentaron, el sueño se desarrollaba como si no quisiera acabar, pero la hora avanzaban y dentro de poco, la madrugada, el limbo entre la noche y el día, donde el silencio era similar al que escuchó Cass antes de dormirse, empezaría a traer entre la neblina del bosque a Walter, que caminaba apresurando el paso hacia la entrada del sótano.

Walter sacó un manojo de llaves y abrió la pesada puerta, mientras apuntaba la cerradura con una linterna de mano. Bajó los escalones con cuidado y se dirigió a la celda de Dalia. Su cuerpo estaba entumido por el frío; solo llevaba su usual buzo de cuello alto y en lugar del maletín, una maleta pequeña de cuero que colgaba desde el hombro hasta la cintura. Sus pies se sentían ligeros y el eco de sus pisadas era apenas audible. Al llegar a la puerta de la celda pensó que Dalia lo estaría esperando despierta, pero ella se encontraba acurrucada y cubierta con la manta hasta la cabeza, por lo que el único movimiento que se alcanzaba a ver era su respiración.

Por un instante, la idea de devolverse y dejar las cosas tal como estaban le pareció tentadora. Seguramente Cass jamás se lo perdonaría, pero al menos todo se mantendría igual. Ahora, la pregunta que no dejaba de hostigarlo desde que abandonó su casa, era si

podía seguir aguantando esa misma rutina y hasta cuándo. Se detuvo cuando la llave tocó el candado. La linterna que se equilibraba en su mano derecha hacía brillar el metal de la llave en comparación con el candado oxidado. Respiró hondo y a la final metió la llave. El mecanismo crujió más fuerte de lo usual y el chirrido de la puerta parecía desgarrar el silencio con una nota aguda y disonante. Al ver que Dalia no despertaba, Walter se quedó en la entrada. Apuntó al filo de la colchoneta y parte de su cuerpo para que la luz no le llegara a la cabeza. Todavía puedes dar marcha atrás, se decía, pero ahora, aparte de la pregunta que lo asaltaba, le vino una verdad más cruel que acabó por convencerlo del todo: sino hacía algo, Emil mataría a Dalia.

Walter se acercó a la colchoneta, se hincó y posó su mano libre sobre el hombro de Dalia. La movió despacio pronunciando su nombre en susurros, hasta que sus ojos se fueron abriendo y adaptándose a la luz. Ella se estiró y bostezó.

—Entonces eres un gato —le dijo a Walter, con voz somnolienta. Él comprendió que Cass era la que hablaba. Sonrió con algo de nostalgia. Esperaba encontrarse con Dalia para saber cómo estaba.

—No —dijo con voz baja—, pero uno de ellos me prestó su fuerza para estar aquí. Cass regresó a verlo, y con un rostro que reflejaba poca credibilidad, se fue incorporando despacio hasta quedar sentada.

—Cursi —su tono de voz se iba acomodando a la vigilia. Walter no tuvo otra respuesta más que una pequeña risa involuntaria.

Al ver que Cass empezaba a incorporarse, él sacó de la maleta un abrigo doblado. Lo estiró para que retomara su forma y se lo ofreció.

—Hace frío.

—No lo necesito, igual dentro de poco va a hacer bastante calor —. Walter frunció el ceño y cuando Cass se adelantó a la puerta puso el abrigo en sus hombros.

—Úsalo hasta llegar a la casa.

Cass frenó de golpe con la intención de dejar caer el abrigo, pero su cuerpo se acostumbró a la suavidad del forro, recordándole la calidez que había dejado en la colchoneta. Decidió guardarse sus comentarios y seguirlo. Cuando salieron al exterior, Walter notó que Dalia no llevaba zapatos. Olvidó ese detalle, puesto que siempre la había visto descalza.

—Discúlpame —dijo Walter, mientras se dirigían a la casa—, olvidé traerte algo para los pies.

—No importa, ya estoy acostumbrada.

Su tono neutro le recordó a la primera vez que vio a Dalia. Sino se equivocaba, cuando la estaba atendiendo, ella dijo la misma frase o algo muy similar, y le llamó la atención porque las otras muchachas le pedían tiempo para asimilar el dolor de la curación. A Dalia no parecía importarle. Su umbral del dolor era muy alto y nunca la vio quejarse o llorar por más intenso que fuera el procedimiento. Eso le hacía pensar que con Emil seguramente pasaba lo mismo y se estremeció.

—Y bien, ¿no vas a preguntar nada?

Walter regresó a verla e intentó seguir el hilo de la conversación.

—¿Preguntar? ¿sobre qué?

—No te hagas el que no sabes. Sobre mí, sobre Dalia, sobre nosotras y tal vez hayan más como yo aquí —señaló con su dedo índice su sien derecha. Walter no sabía qué responder. Todo estaba sucediendo tan rápido, no se había detenido a pensar en lo que era normal o extraño.

—¿O te pareció normal que esto le pasara a alguien? Eres médico, tal vez por eso no te resultó raro.

—Escuché sobre ello cuando estudiaba la especialidad.

—¿Especialidad?

—Psiquiatría. Después de ser médico me decidí por esa rama.

—¿Qué es psiquiatría?

—Pues...—Walter se vio en aprietos al intentar escoger las mejores palabras— Es una de las tantas partes de la medicina que estudia y trata las enfermedades mentales...

—¿Enfermedades mentales? —lo interrumpió Cass, exagerando el tono de pregunta.

—Sí...— dijo Walter poco convencido.

—No sabía que yo era una enfermedad.

Walter se detuvo. Estaban a pocos metros de la casa. Cass avanzó los pasos que quedaban hacia la puerta de la cocina. Él vio su figura delgada, el viento mecía su cabello largo que le llegaba hasta más abajo de las caderas. Cuando Cass llegó a la puerta se viró para mirarlo. Sus ojos mantenía esa chispa rojiza característica, pero ahora parecían un tanto molestos.

—Pero bueno, es curioso saber que ustedes le ponen nombres a las cosas que no entienden, como si con eso tuvieran todo controlado.

Walter sabía que, desde que pronunció la palabra “enfermedad”, había entrado en un terreno peligroso. Por lo general, Cass exageraba sus respuestas usando el humor a su

favor, pero esta vez su semblante era serio, la chispa en sus ojos parecía una fogata que iba creciendo de a poco y sus mejillas estaban tensionadas.

—Vamos. Abre la puerta —. Su tono era una clara evidencia de que no tenía ánimos para seguir con el tema. Aún así, Walter intentó enmendarlo.

—Yo... —titubeó— Yo no te veo como una enfermedad...

—Sí, sí —lo interrumpió—. Solo abre la puerta, no trates de arreglarlo.

Walter tragó saliva y con las llaves en las manos intentaba encontrar alguna forma de empezar de nuevo la oración, pero Cass lo miraba con impaciencia. Derrotado avanzó hasta la puerta para probar las llaves hasta dar con la correcta.

Una vez dentro, Walter, con voz baja, le dijo a Cass que debían apresurarse. Si bien todavía tenían dos horas antes de que amanezca era mejor si terminaban con algo de tiempo a su favor.

—¿Qué hiciste con ellos? —dijo Cass, imitando la voz baja de Walter y viendo por primera vez y con curiosidad la cocina.

—Puse sedante en su cena. Es uno muy fuerte, pero su efecto puede variar en cada persona.

—¿Hace cuánto comieron?

—Suelen cenar muy tarde. De hecho... —Walter señaló una luz que se filtraba por una puerta que no conectaba al pasillo.

—No puede ser. Ellos están... —. Walter puso su dedo índice en los labios en señal de que guardara silencio. Con el corazón a mil y los ojos completamente abiertos, Cass no apartó la vista de los movimientos de Walter.

La puerta no tenía cerradura, era de las que solo con empujarlas se abrían para después volver a su posición con un vaivén. Mientras Walter empujaba la puerta despacio, la luz empezó a expandirse sobre sus cuerpos. Por primera vez en toda la madrugada, Cass pudo ver el rostro de Walter con mayor precisión, un rostro que parecía más joven en la oscuridad y que, en presencia de la luz, mostraba las verdaderas huellas de los años, de las malas experiencias, de la ira contenida y sobre todo de la culpa; esta última tenía la particularidad de desaparecer el brillo en los ojos, el rubor de las mejillas, y reemplazarlo con sombras que se extendían con el único propósito de tomar control del cuerpo y convertirlo en una tumba silenciosa y olvidada.

Al ver el alivio en Walter, Cass dirigió su mirada al interior del salón. Su instinto la obligó a ponerse a la defensiva, pero al ver que ninguno de ellos se movía la tensión

fue bajando. El comedor, aquella parte de la casa que había estado cerrada, se abría ante sus ojos como un lugar misterio y de cuidado. A pesar de que no variaba mucho en su estilo a comparación de la sala, la gran mesa central que ocupaba la mayoría del espacio y que parecía estar hecha de una madera pesada y resistente, le daba un toque de grandiosidad y de una calidez impuesta. En sus extremos, y con las caras embarradas en lo que parecía ser puré de papá, la señora Ladino y el señor García dormían plácidamente con las bocas abiertas. En el medio, con los brazos extendidos sobre la mesa y con la frente pegada de lleno a la madera, estaba Emil. Cass fijó la mirada en él, como si todo lo demás se hubiera puesto borroso y su presencia resaltara.

—No hay nada que los haga despertar, ¿verdad? —. Cass parecía hipnotizada en la imagen de Emil desprotegido.

—Técnicamente no, pero... ¡Hey no, espera!

En el último segundo, Walter corrió hacia Cass, se lanzó sobre la mesa y alcanzó a tomarla de la mano para que soltara el cuchillo de mesa que apuntaba al cuello de Emil. Como un rayo, a penas había escuchado la respuesta de Walter, Cass no dudó y se adelantó por uno de los laterales hacia Emil. En el camino tomó el primer cubierto con filo que alcanzó a ver de reojo. Walter, al ver que no tendría el tiempo para alcanzarla, tomó el camino más corto, por lo que los platos, cubiertos, vasos y demás se estremecieron.

—Si lo haces puedes despertarlo y todo se...

—¡Suéltame! Si no fallo este cerdo tendrá lo que se merece.

—Pero si fallas y los demás despiertan ¡todo este esfuerzo no valdrá la pena! —. Walter jadeaba por el impulso y la presión en su estómago pegado a la mesa. Cass no paraba de ejercer fuerza sobre la mano de Walter para llegar al cuello de Emil.

—¡Por favor! —dijo Walter con su cara tornándose roja y sorprendido con su fuerza—
¡Detente!

Cass no cedía. Walter pensó que no lograría convencerla y a punto de darse por vencido, sintió que su mano se aflojaba. El cuchillo se tambaleó en sus dedos y terminó cayendo sobre alfombra. Ella tiró hacia arriba para que él lo soltara, dio un paso atrás y regresó por el mismo camino hacia la cocina.

Walter respiró hondo. Miró a Emil que seguía en la misma posición y regresó a ver también a la señora Ladino y al señor García que seguían durmiendo sin la mayor idea de lo que acababa de ocurrir. Cuando Walter estaba bajando de la mesa, sintió que su corazón se detenía. El señor García se movió para girar la cabeza y cambiar de posición.

Aguantó la respiración para hacer el menor ruido posible, pero viendo que el señor García no daba señales de despertar, suspiró aliviado. El corazón pasó a latirle con fuerza, necesitaba sentarse y recuperar las energías que había gastado al detener a Cass y retomar el plan. Se dirigió a la cocina para encontrarse con ella. Estaba en una esquina con el rostro hacia la pared. Cerró la puerta tras de sí y con precaución de que el vaivén no se produjera. Cuando estuvo lo suficientemente cerca se apoyó a una de las encimeras. No sabía qué decirle con exactitud, pero no fue necesario, Cass empezó a hablar.

—Vamos a olvidar lo que acaba de pasar y seguir, ¿de acuerdo? —. Su voz temblaba. Intentaba mantener la cabeza erguida, pero sus hombros estaba tensionados y la obligaban a agacharse. Sus brazos caían a cada lado completamente rectos y con las manos en puño. Walter quería acercarse, pero algo en él le decía que no era buena idea y que mantener la distancia la ayudaría a calmarse. Cuando iba a decir algo para relajar el ambiente, Cass continuó sin esperar una respuesta.

—Vi madera seca antes de entrar, podemos tomarla. En algún lado de la cocina deben tener el aceite. Tal vez si abrimos el gas...

—Lo de la madera está bien. Ellos tienen un cobertizo donde la guardan, la sacaremos de ahí. También tienen un almacén de herramientas donde guardan combustible —. Walter hablaba con suavidad para transmitir tranquilidad a Cass. Si no sabía qué palabras utilizar, al menos la forma en que las decía podría llegar a ella.

Cass se volteó. A penas caía en la cuenta de que Walter estaba con ella. Él le sonrió. Si bien la veía perdida ya no tenía esa ira descontrolada en los ojos.

—El gas haría que parte de la casa explote. Puede que no sea de ayuda—. Cass suspiró y volviendo en sí asintió con la cabeza.

Walter hizo la mayor parte del trabajo. Los maderos eran pesados, por lo que Cass solo podía llevar dos a la vez. Al entender que estaba retrasando el plan, se dedicó a organizar cada madero en la cocina, en el pasillo, al inicio de las gradas, en la sala y en el comedor. Los ponía cerca de todo lo que podría quemarse con facilidad como cortinas o alfombras, también tomó algunos manteles de la cocina, los rasgó y esparció las tiras sobre los maderos. Cuando ambos consideraron que eran suficientes maderos empezaron a regar la gasolina. En el cuarto de herramientas encontraron solo media caneca, por lo que tuvieron que recurrir al alcohol del señor García que estaba guardado en uno de los armarios de la cocina. Lo distribuyeron de la mejor manera hasta llegar a la entrada principal.

La mezcla de alcohol y gasolina hacían que Cass se mareara. Varias veces se apoyó en Walter para no caerse. Él le dijo que no era necesario que lo acompañe, que puede esperarlo en la entrada, pero ella insistió. Al terminar, Cass se sentó en la grada de la entrada. Walter dejó la caneca vacía a un lado, abrió su maleta y sacó un recipiente de plástico con tapa.

—Ten —se lo ofreció a Cass. Ella lo miró confundida.

—¿Qué es eso?

—Son unos paños de tela húmedos. Úsalos para limpiarte los pies y las manos. En el caso de que hayas pisado o topado sin querer la gasolina, esto evitará que puedas quemarte si llega a saltar alguna chispa.

—Fui cuidadosa. No pisé ni topé nada.

—Es por precaución. Por favor. — Cass se resistió, pero viendo que Walter no iba a ceder tomó el recipiente. Al destaparlo vio que habían dos pedazos de tela. Tomó uno y empezó a limpiarse.

—Entonces deberías hacer lo mismo —dijo Cass mientras le extendía el recipiente con la tela sobrante.

—Usa los dos —. Ella le plantó la mirada y él se vio obligado a ver a otro lado.

—Estaré bien, no te preocupes. Tú estás más expuesta.

Cass frunció el ceño. Desde que empezaron con los maderos y la gasolina sentía que Walter estaba más silencioso y distante. Por sus ojos, ella podía ver claramente que le daba vueltas a alguna idea de manera insistente, pero hasta ese momento no le había dado importancia.

—Es hora —dijo Walter y sacó de su bolsillo una caja de fósforos. Cass se levantó y se puso a su lado. Se lo preguntaré después. Walter abrió la caja y tomó un fósforo. Cuando estuvo a punto de prenderlo Cass lo detuvo.

—Puedo hacerlo yo. Además fue mi idea —. Él no estaba seguro, pero a la final accedió.

—Lo prendes y lo arrojas lejos de ti.

Cass tomó la caja y el fósforo. No podía evitar la emoción. Dentro de poco, todo acabaría y serían libres. De alguna manera, sentía que ahora sería diferente, a más de que tenía a Walter a su lado... Cass se sorprendió por ese pensamiento. Ella no necesitaba su ayuda. Sí, gracias a él habían llegado a donde estaban, pero una vez que la casa se quemara tendrían que seguir solas. Esto es de Dalia. Sintió un pequeño dolor en las sienes. Ahora no, todavía no puedes salir. La vista se le nubló y ahora veía tres fósforos en lugar de uno.

—¿Cass? —dijo Walter, en su tono se adivinaba la preocupación. Cass pestañeó repetidas veces y decidió hablar de cualquier cosa para distraerse.

—Es el olor. Por cierto, no te pregunté de dónde sacaste las llaves.

—Ah... —Walter carraspeó— los empleados de la casa tienen copias y las suelen guardar en la cocina. Las tomé de ahí.

—Parece que el perro resultó más astuto de lo que creí.

Cass frotó el fósforo contra la caja y en un solo intento la cabeza roja se prendió. La pequeña flama saltaba y consumía a la vez su cuerpo a velocidad. Cass alargó su brazo y cuando soltó el fósforo, la puerta del comedor se abrió de par en par. La flama siguió el patrón de la gasolina y el alcohol para convertirse en un fuego abrasador. Emil, que no podía pararse bien por efecto del sedante se sostenía en el marco de la puerta. Al sentir el calor y la luz del fuego iluminar su rostro, se recompuso como si le hubieran dado una cachetada. Su mente no creía lo que estaba pasando, tampoco podía dejar de mirar a todos lados, a su madre y al señor García inconscientes en la mesa. El fuego había llegado al comedor. La sala se consumía a una velocidad descomunal. Walter y Dalia lo miraban boquiabiertos.

—¿Qué diablos hicieron?! —. El sedante afectaba su voz. Las palabras salían atropelladas como si hubiera bebido mucho, pero sus reflejos parecían ser los de siempre.

Emil se abalanzó a Dalia pero Walter se interpuso y lo tomó de las muñecas. Las llaves, que las había sacado nuevamente antes de que Cass prendiera el fósforo, cayeron a sus pies.

—¡Toma las llaves Cass! ¡Rápido! —gritó Walter, sin dejar que Emil avance. Emil era unos 10 centímetros más alto por lo que aprovechaba su porte y peso para recargarse en Walter.

—¡Te ayudaré! ¡Esta vez te sacaré los ojos maldito cerdo! —. Cass recuperó el control sobre sí misma. Sentía la sangre fluir por sus extremidades; las piernas estaban listas para el salto y las manos abiertas con las uñas en garra como un gato.

—¡No! —gritó Walter— ¡Toma las llaves, abre la puerta y huye!

—¡No voy a huir! ¡Tengo que darle su merecido a este bastardo!

—¡Cass! —volvió a gritar Walter. Esta vez la desesperación en su voz la hizo detenerse.

—Por favor —dijo, mientras las llamas alcanzaba la cima de la escalera y el crujido de la madera cediendo se intensificaba—, vete...

Tanto el rostro de Walter como su ropa estaban llenos de hollín. Una chispa había saltado al abrigo de Emil, pero a él no le importaba, solo se veía en su rostro descompuesto

la necesidad de agarrar a Dalia y acabarla con sus manos. Cass se paralizó sin saber qué hacer. La ropa se le pagaba al cuerpo por el sudor y eso también le impedía centrarse. Dejó caer el abrigo que Walter le había dado y las punzadas en las sienes sonaron como si alguien estuviera arañando una pizarra de tiza. Cass se dobló por la intensidad del sonido que ya no la dejaba escuchar. Dalia sabía que algo no estaba bien y quería salir para averiguarlo. Cass la retenía, la empujaba para que desistiera pero se sentía mezclada. Dalia alcanzó a ver lo que estaba pasando y la angustia solo empeoró el escaso control que le quedaba a Cass.

—¡Tengo que ayudarlo, déjame ayudarlo!

—¡Solo estorbarías! ¡Vuelve a donde estabas!

—¡No! ¡Tengo que hacer algo! ¡Déjame salir!

Con la poca fuerza que le quedaba Walter empujó a Emil hacia el fuego. Este empezó a quemarse, por lo que se arrojó al piso para intentar apagar las llamas. Walter recogió las llaves, se volteó a Dalia y la tomó de las manos. Ella lloraba con los ojos cerrados y gemía.

—¡Dalia! ¡Dalia! —gritó Walter— ¡Por favor mírame! ¡Mírame! —. La sacudió con brusquedad y ella abrió los ojos completamente inundados.

—Escúchame. Toma las llaves, pruébalas y sal de aquí. Yo te daré tiempo, pero debes hacerlo, ¿está bien?

—Pero tú...tú tienes que venir conmigo, vámonos, lo podemos lograr si...

—El volverá a levantarse. Te quiere a ti. Por favor, Dalia —. Las lágrimas de Walter se mezclaban con el hollín de sus mejillas. Su voz se partía al tratar de convencerla.

A pesar de que el fuego no la había alcanzado, ella sentía que las llamas la consumían por dentro. Dalia no quería alejarse, pero al sentir el apretón fuerte de las manos de Walter más su mirada afligida, terminó asintiendo para dirigirse a la puerta. Walter la miró alejarse, agradecido, y se volvió hacia Emil quien se deshacía de su abrigo y camiseta. Su torso mostraba quemaduras leves, pero eso no le impidió volver al forcejeo con Walter.

Las manos de Dalia no paraban de temblar. Encajar las llaves se volvía una tarea imposible. Cass no toleró su torpeza y salió para encargarse de la situación. Una a una, Cass iba probando las llaves pero ninguna abría. Las manos le sudaban, tenía que limpiarse las palmas cada vez más seguido en su bata. Estuvo al borde de perder la paciencia, pero una de las llaves logró accionar el mecanismo y el pomo de la puerta finalmente se abrió.

Walter sintió la brisa que venía desde la puerta y entendió que Dalia lo había logrado. Quería verla por última vez, quería verla salir de todo el horror que vivió en la casa, por lo que cometió el error de quitar su atención de Emil. Emil aprovechó el despiste, lo trajo hacia su cuerpo y con un rápido movimiento de cabeza, le asestó un cabezazo en plena frente. Walter sintió que se desvanecía. Emil lo soltó y pasó a su lado. Walter estiró la mano para agarrarlo pero solo lo rozó. Con la visión borrosa alcanzaba a ver que Dalia forcejeaba con Emil, pero él tenía ventaja y logró tomarla de uno de sus brazos. Ella lo golpeaba y arañaba. Al pestañear repetidas veces, Walter logró enfocarse en los movimientos de Emil y llegar a tiempo de tomarlo por los hombros antes de que le propinara a Dalia un golpe en el rostro. Walter lo tiró hacia atrás y aprovechó para empujar a Dalia hacia el exterior. Ella no logró mantener el equilibrio y rodó por las escaleras de la entrada.

Los golpes en sus costados provocaron que la herida del estómago se abriera. La tos le vino con tal fuerza que sentía que dejaba de respirar. El césped y la tierra se manchaban de sangre. Cass se incorporó hasta quedar sentada y la tos fue parando. Su espalda y su estómago estaban tan cansados que no tenían energías para seguir. Cass alzó a ver a la puerta. Walter la miraba todavía desde adentro. Cuando jaló a Emil, este último se tropezó con la grada de la entrada para caer de lleno en el fuego que no lo discriminó en absoluto. Las lenguas de fuego empezaron a rodear su cuerpo para devorarlo centímetro a centímetro. Emil no pudo hacer más. Se rasgaba la piel con las uñas para quitársela como lo hizo con su ropa hasta que dejó de moverse.

—¡Vamos! ¡Sal! —gritaba Cass con una voz apenas audible, pero Walter no se movía. Le hizo gestos con la mano porque pensó que no la veía.

Por primera vez en su vida, Walter lo tenía claro. Regresó en redondo para mirar a detalle el interior de la casa. Las llamas se habían apoderado del primer piso; los vidrios no resistieron el calor y estallaron, y el techo empezó a abrirse. Cass se paró con las piernas temblando, los movimientos de sus brazos se hicieron más efusivos, pero cuando volvió a ver el rostro de Walter se detuvo. Él sonreía. Esta sonrisa era distinta a las que ella había visto hasta ahora. No era forzada, al contrario, le parecía mentira que pudiera emanar tanta paz en medio de toda ese caos. Cass lo entendió, pero Dalia que no podía creer lo que veía, no lo pudo hacer. Walter movió los labios. Dijo algo que ninguna de las dos alcanzó a escuchar antes de que la entrada se derrumbara. Cuando Dalia lo perdió de vista le fallaron las piernas y terminó sentada sobre el césped. Tenía la mente en blanco y no escuchaba, se arrastró de manera automática hacia el primer árbol que vio y se quedó

hincada y estática, tanto así que los cuervos que picaban el piso para sacar los gusanos no le prestaban mayor importancia.

— Di ahh... —dijo la enfermera. Puso la cuchara de sopa en los labios de Dalia para que ella sintiera el metal y abra la boca de manera automática.

—¡Muy bien! —la alienta, siempre a la espera de que haya alguna reacción.

Ella atendía a Dalia desde hace dos años, cuando el estado catatónico volvió y no daba señales de una mejoría. La enfermera también conocía a algunas de sus identidades, y hasta cruzó palabras con ellas, o al menos con las que accedían. Una de ellas era muy brusca, la mordió una vez y eso le costó algunos puntos y una semana de descanso. Al principio estaba aterrada, ya no quería acercarse a Dalia, pero con las debidas precauciones solicitó que la volvieran a asignar para su cuidado. Con el tiempo, entendió que no lo hizo a propósito, que esa identidad estaba asustada por algo y que lo único que hizo fue defenderse.

Cuando tuvo la oportunidad de conocer al caballero distinguido se sorprendió con el cambio corporal y hasta de voz. Mantenía también su distancia, pero poco a poco fue convenciéndose de que a él solo le gustaba hablar, contar historias, dramatizarlas. Cuando lo hacía, usaba siempre una palabra especial, la enfermera no la recordaba con exactitud, pero la identidad se emocionaba mucho cuando la decía.

Habían dos identidades más que no logró conocer del todo. Sus compañeras de turno le decían que una de ellas era muy hostil, las insultaba, parecía estar a la defensiva cada vez que veía a alguien, se preguntó si no sería la identidad que la mordió aquella vez. La otra identidad era lo contrario, pero adicional no podía o no sabía caminar. Balbuceaba mucho y sus compañeras no le entendían. Les parecía que estuvieran cuidando a un bebé o a un anciano.

—Vamos, otra vez, ahh... —la enfermera volvía a poner la cuchara en los labios de Dalia. Al ver que un poco de la sopa se derramaba por la comisuras, dejó la cuchara en la bandeja y tomó la servilleta para limpiarla. Cuando iba a retirar la servilleta esta se empapó de lo que parecía agua. La enfermera alzó a ver y notó que los ojos de Dalia estaban inundados y que las lágrimas caían como pequeños ríos por las mejillas.

—Oh, ¿qué pasó? ¿algo no te gustó? —la enfermera dejó a un lado la servilleta y tomó un pañuelo de tela de su bolsillo.

—Tranquila, ya pasará. Todo va a estar bien.

El rostro de Dalia no había cambiado. Solo sus ojos seguían llenándose de agua que parecía no detenerse. La enfermera se preocupó porque llevaban así ya unos minutos

y llamó al médico de turno. Él la examinó y le dijo que estuviera pendiente a cualquier cambio. Al parecer alguna emoción fuerte la había invadido y eso podría ser un indicativo de que saldría del estado catatónico o en el peor de los casos, se mantendría así por más tiempo.

Sexta parte: La joven de las cuatro estaciones

La puerta nos llevó a un pasillo angosto. Las ventanas también eran más pequeñas, pero dejaban pasar la luz de la luna y de algunas estrellas que iban saliendo en el cielo despejado. Al entrar al pasillo, la silla se movía con normalidad, Walter la empujaba sin mayor problema, pero a medida que avanzábamos las ruedas empezaban a trabarse en algo, como si ahora estuvieran sobre piedrecitas o arcilla, que se metían en su mecanismo y las dañaban de a poco.

A pesar de que íbamos más lento, Walter no dejaba de empujar la silla con la misma fuerza que antes. Por un momento lo escuché quejarse, regresé a verle y su cara estaba roja por la tensión que ejercía con sus brazos. Quise decirle que no tenía por qué esforzarse tanto, podíamos parar y descansar, pero la determinación que veía en sus ojos no iba a dejar que se detuviera por ninguna razón. Para ayudarlo, intenté poner mis manos en la parte metálica que cubría las ruedas y jalar, pero solo logré cortarme con los pedazos de piedra que saltaban y la fricción. Al inclinarme para saber qué era lo que estaba por debajo, no pude ver nada salvo el piso de siempre, completamente nítido y hasta reluciente. No entendía por qué Walter estaba sobre esforzándose si no había nada, qué era lo que estaba pasando. Al girarme para ver el piso que dejábamos atrás no pude evitar soltar un gritito de asombro. El piso estaba cubierto por miles de pedazos de algo, unos más grandes y otros más pequeños, inclusive escuchaba el “crack crack” de la silla cuando los rompía. Cuando dirigía mi mirada al frente ya no escuchaba nada. Mi corazón y respiración aumentaron, respondían al pánico que fluía por mi cuerpo al intentar encontrar sentido a lo que estaba pasando. Deseo ponerme en pie y escapar, pero era inútil, por más que me apoyara en los respaldos de la silla para incorporarme las piernas no me respondían. Con la frustración encima, mi cuerpo solo quería hacerse un pequeño ovillo y para mi sorpresa, mis piernas reaccionaron cuando las alcé para doblarlas hacia mí y abrazarlas. Hice el proceso inverso para comprobarlo y cuando tuve la intención de sacar el pie, mis piernas de nuevo dejaron de responderme. Entendí que solo podía moverme en el espacio limitado de la silla y que dependía por completo de las decisiones de Walter.

Escuché un golpeteo en las ventanas. Las gotas de una lluvia ligera que se transformaban en tormenta impactaban las ventanas como pequeños proyectiles haciéndolas vibrar. El sonido del agua hacía eco en todo el pasillo y traía con él un frío intenso que se condensaba en las paredes. Llevé mis manos hacia mi boca y con bocanadas le di algo de calor a mis dedos que estaban entumecidos. El resto de mi cuerpo

estaba llegando a su límite porque tiritaba cada vez más fuerte. Mi corazón seguía palpitando descompasado lo que me generaba un dolor constante en el pecho. Regresé a ver a Walter para preguntarle si tenía una manta o algo para el frío y entré en desesperación al ver que no estaba y que la silla seguía moviéndose.

Ahora el “crack crack” de las ruedas se escuchaba tanto atrás como adelante y también podía ver los pedazos con mayor claridad. Eran bloques blancos y de apariencia consistente, pero cuando las ruedas los alcanzaban se rompían con facilidad. Uno de los pedazos saltó al asiento. A penas lo toqué, una parte de él se deshizo, así que con cuidado lo dejé en la palma de mi mano y lo llevé a mi nariz. Tenía un olor especial, era algo que sí conocía pero que no recordaba su nombre. Me arriesgé a probarlo con la punta de la lengua y el gusto trajo a mi memoria la respuesta. Pastillas, medicina. Su sabor amargo y la textura eran inconfundibles. Arrojé el pedazo al piso. Por qué habían tantas y de diferentes tamaños; a dónde estaba yendo, dónde estaba Walter, qué era este lugar. Ya no podía soportar tantas dudas. Quería entender todo y que la pesadilla terminara, sin embargo, sentía que esto a penas estaba comenzando, pero, qué era *esto* que iniciaba, era algo bueno o algo malo, y si en lugar de iniciar se estaba terminando, ya no veía la diferencia.

Cerré los ojos y tapé mis oídos con las manos. El zumbido de las palpitations era ahora lo único que podía escuchar, por lo que mi cuerpo retumbaba. A pesar de que no veía nada, sentía cómo mis ojos se movían de lado a lado. Algo venía por mí y no sabía si estaba afuera o dentro de mi cuerpo. Su presencia se hacía cada vez más grande. Al sentir que estaba sobre mi cabeza y que también me desgarraba el estómago, me di por vencida.

Estaba cortando mi cuerpo en pedazos. Perdía el contacto con cada parte de mí y eso era más doloroso que el mismo corte. Me separaba no solo de mis piernas, de mis brazos, de mi estómago, sino de lo que implicaba tenerlos juntos, armonizados, para convertirse en lo que yo era, en quién era. Oídos, ojos, nariz y boca, cada uno de ellos se iba perdiendo con los recuerdos que guardaban y me compartieron. Mi corazón se desprendía, lo sentía flotar en algún lugar y a punto de apagarse.

Creo que era esto lo que estaba esperando y lo que tanto quería, poner punto final, ponerme un final, desaparecer para dejar de sentir tanto porque no había logrado nada bueno, terminaba perdiendo todo y cada pérdida me dejaba un hueco que se hacía más y más grande. Pero ahora podía descansar, podía irme lejos sin necesidad de voltear atrás,

sin remordimientos, solo debía esperar a que el corazón se detuviera, ya no faltaba mucho...

¿Dalia?

La voz de Walter resonó a mi lado. Alcé la cabeza y con mis párpados abiertos hasta la mitad me fui a acostumbrando a la luz. El pasillo ya no estaba. Ante mí, una explanada azul claro se extendía en el cielo y en el piso. El agua cristalina que cubría el lugar era un espejo perfecto para el azul y las nubes del cielo, por lo que no alcanzaba a ver hasta donde empezaba uno y terminaba otro. Al levantarme, el agua bajo mis pies creaba pequeñas ondas que se iban haciendo más grandes hasta desaparecer. Me sentía ligera y completa, la presencia de antes no estaba, era como si nunca hubiera existido.

Te están esperando.

Me dirigí a Walter y me llenó de alegría verlo sonriendo, con su ropa limpia y sin preocupación aparente.

—¿Quiénes me esperan?

Mi voz era clara y salía sin mayor esfuerzo. Escucharme me llenó de una seguridad que antes no había sentido. Walter miró al frente, seguí su mirada y alcancé a ver a la distancia a 4 sombras. Froté mis párpados para aclarar la imagen y los reconocí. Cass estaba con los brazos cruzados y moviendo uno de sus pies, parecía molesta por tener que esperar. Fausto me hacía señas para que avanzara, mientras que con la otra mano revisaba su reloj de bolsillo. La abuela tenía una sonrisa similar a la de Walter y con movimientos más lentos copiaba las señas de Fausto. Zorro estaba sentado; su pelaje relucía a la par de sus ojos amarillos. Con la emoción corriendo por mi cuerpo tomé del brazo a Walter para alcanzarlos, pero él me detuvo.

No puedo ir, pero estaré contigo siempre que lo necesites. Ahora estarás bien.

Le di un apretón fuerte en el brazo y lo fui soltando dedo por dedo. La nostalgia era algo que no podía evitar, pero con el tiempo le encontraría un lugar, no había razón para encerrarla. Le dediqué la última sonrisa a Walter y caminé hacia ellos. El miedo seguía ahí, pero ya no me paralizaba. Todavía me quedaban muchas cosas por entender, muchos errores que me harán querer rendirme, pero ya no estaba sola, y aunque ellos eran muy diferentes entre sí, cada uno representaba algo importante de lo que éramos y eso era lo que precisamente debíamos descubrir.

Obras citadas

- Bachelard, Gastón. 1957. "I la casa del sótano a la guardilla: El sentido de la choza". En *La poética del espacio*, 27-52. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.
- Bal, Mieke. 1990. *Teoría de la narrativa*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Bolaño, Roberto. 1999. *Amuleto*. Ciudad de México: Editorial Anagrama.
- Casas Rivera, Rafael, y Ramón Gómez de la Serna. 1990. "La mitomanía en la clínica actual. A propósito de un caso clínico". *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*. 10 (34): 345-53.
<http://www.revistaaen.es/index.php/aen/article/view/15159/15025>.
- Chemama, Roland. 1998. *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Delgado, Gonzalo. 2014. "Consideraciones acerca del lenguaje en las psicosis". Trabajo de grado, Universidad de la República Uruguay.
https://sifp.psico.edu.uy/sites/default/files/Trabajos%20finales/%20Archivos/Consideraciones%20acerca%20del%20lenguaje%20en%20las%20psicosis%20%281%29_0.pdf.
- Deleuze, Gilles. 1996. *Crítica y clínica*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Evans, Dylan. 2007. *Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Paidós.
- Farré, Jorgelina Beatriz. 2016. "La subjetividad apalabrada". *Revista Electrónica de la Facultad de Psicología "Intersecciones Psi"*. 6 (18): 17-20.
- Forster, Edward Morgan. 1983. "La gente (continuación)". En *Aspectos de la novela*, 71-88. Madrid, ES: Editorial Debate.
- Freud, Sigmund. 1991/1911. "Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber)". En *Obras completas. Tomo XII. (1911-13). Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente. Trabajos sobre técnica psicoanalítica y otras obras*, 1-55. Buenos Aires, AR: Amorrortu editores.
- Genette, Gerard. 1989. "Anacronías, Analepsis y Relato de palabras". En *Figuras III*, 91-102, 104-20, 226-41. Barcelona, ES: Editorial Lumen S.A.
- Lacan, Jacques. 1957-1958. "La forclusión del Nombre del Padre". En *Seminario 5. Las formaciones del inconsciente*, 147-65. Buenos Aires: Paidós.

- . 1981. *El Seminario 1. Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)*. Barcelona: Paidós.
- . 1984. *El Seminario 3. Las psicosis*. Buenos Aires: Paidós.
- Macías, Adolfo. 2018. *El mitómano*. Bogotá: Seix Barral.
- Manrique Castaño, Daniel, y Pamela Londoño Salazar. 2012. “De la Diferencia en los Mecanismos Estructurales de la Neurosis, la Psicosis y la Perversión”. *Revista de Psicología GEPU* 3 (1): 127-47.
<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3982369.pdf>.
- Murakami, Haruki. 2002. *Kafka en la orilla*. Barcelona: Tusquets Editores, S. A.
- Schreber, Daniel. 1903. *Memorias de un enfermo nervioso*. Buenos Aires: Libros Perfil S.A.
- Stevens, Alexandre. 1987. “La holofrase, entre psicosis y psicósomática”. Traducido por Pablo Peusner. *Foro Analítico del Río de la Plata*. Julio-septiembre.
<https://forofarp.org/beta/wp-content/uploads/2019/02/Alexandre-Stevens-La-holofrase-1987.pdf>.